Mujeres solas

Takako Takahashi

Traducción de Kaoru Togaki y Suso Mourelo

HERMIDA EDITORES

MUJERES SOLAS

El Jardín de Epicuro
¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!
FICCIÓN

TAKAKO TAKAHASHI

MUJERES SOLAS

Traducción de
Suso Mourelo y Kaoru Togaki

HERMIDA EDITORES

Primera edición en Hermida Editores: abril del 2022
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas

Hermida Editores SL
Calle Antonio Alonso Martín, 10
28860 Paracuellos de Jarama, Madrid
Tel. 916584193
e-mail: hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com
Título original: *Ronrii ûman*
© Cubierta: fotografía de Monika Mogi
© Del texto original y de la imagen de la autora: The Museum of Modern Japanese Literature
© De la presente edición: Hermida Editores, 2022
© De la traducción: Suso Mourelo y Kaoru Togaki
Revisión y correcciones: Germán Molero y Hermida Editores

Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín

ISBN: 978-84-124554-4-1

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la *e-newsletter* para estar al tanto de nuestras actividades.

ÍNDICE

Portada
Título
Créditos

Nota de los traductores
Mujer solitaria
Augurio
Fuegos fatuos
Puente colgante
Lazos enigmáticos

NOTA DE LOS TRADUCTORES

La prosa de Takako Takahashi posee una serie de rasgos poco habituales. Así, la repetición de verbos, sustantivos y adjetivos en un mismo párrafo, el uso continuado de los nombres propios o la utilización redundante de frases similares. En algunas traducciones, estos rasgos se han eliminado o atenuado, por ejemplo, con la utilización de sinónimos para evitar las redundancias y de formas verbales en lugar de las onomatopeyas. En esta traducción hemos tratado de respetar, en lo posible, el estilo y la intención de la autora, para reflejar el mundo repetitivo, u obsesivo, en el que discurren las existencias de *Mujeres solas.*

En medio del sueño, Sakiko fue vagamente consciente de emitir un gemido prolongado. Un gemido que parecía surgir de algo que se comprimiera en un lugar recóndito de su cuerpo. Surgía y de pronto, cuando iba a alcanzar la boca para salir, quedaba paralizado, lo que provocaba la inquietud de Sakiko. Los gemidos brotaban una y otra vez, en una cadencia regular y, aunque no llegaran a traspasar la frontera de sus labios, podía percibir con claridad su sonido. El sonido se iba ampliando a cada nueva acometida y alcanzó tal intensidad que Sakiko sintió una presión angustiosa en el pecho y despertó.

El ruido de una sirena sonaba una y otra vez. Daba la impresión de que se acercaban unos camiones de bomberos.

Tirada en la cama, incapaz de distinguir el sonido de la sirena de sus propios gemidos, Sakiko continuó tumbada boca arriba, acechando en la oscuridad. Debido al diseño enmarañado del vecindario, con frecuencia se oían sirenas que se aproximaban, pero de pronto, cuando el vehículo que las emitía se desviaba por una calle trazada en diagonal, éstas se alejaban. Como en las cercanías de la casa se elevaba una pequeña cadena de montañas, a veces se oía una sirena angustiosamente próxima, como si el camión de bomberos estuviera justo enfrente, cuando en realidad se encontraba lejano y lo que llegaba era la reverberación del sonido a través de los montes.

La sirena del primer vehículo dejó de sonar. Sakiko, cuyos sentidos se le habían diluido para poder concentrarse únicamente en lo que sonaba, calculó en qué lugar del otro lado de la montaña se había detenido el camión.

La casa en la que Sakiko alquilaba una habitación de la planta de arriba estaba enclavada en una pendiente de la montaña, y la carretera que pasaba por delante la rodeaba describiendo un semicírculo. En parte, si Sakiko imaginó el camión de bomberos al otro lado de la montaña, se debía a que allí había un edificio extraño, un lugar que le llamaba la atención cada vez que salía de paseo. Debido a su diseño anticuado daba la impresión de que fuera la antigua residencia de empleados de alguna empresa, pero ahora estaba hueca y abandonada. Sin meditarlo demasiado, Sakiko pensó que lo que ardía, devorado por unas llamas inmensas, era ese edificio con tejado de cobre teñido de cardenillo.

De repente escuchó una serie de estallidos, pom, pom, pom, como si reventaran las cañas de bambú. Saltó de la cama inmediatamente; seguramente se trataba de un incendio forestal. Llevaba ya cincuenta y un días seguidos sin llover y el monte estaba totalmente seco.

Cuando corrió las contraventanas, toda su mirada se precipitó en un

mar de lenguas de fuego carmesí que detonaban y se evaporaban con estruendo. No se trataba de un incendio forestal, lo que ardía era la casa contigua.

Pom, pom, pom. La misteriosa secuencia de sonidos continuaba. Sakiko había supuesto que se trataba de las pequeñas explosiones que se producían cuando ardían los árboles resecos, pero cuando se asomó por la ventana y miró hacia abajo descubrió que los ruidos surgían cuando se desenrollaba la manguera del coche de bomberos.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó Sakiko. Los caseros, el matrimonio propietario de la casa, estarían ausentes dos semanas. Si las llamas se extendían y alcanzaban la vivienda, Sakiko sería parcialmente responsable.

—¿Qué debo hacer? —murmuró, aunque ese susurro que se oyó pronunciar había brotado como una reacción automática al incendio, pues no tenía ninguna intención de moverse de allí.

Los objetos que había en ese cuarto de alquiler representaban todas las pertenencias de Sakiko, pero no sintió el menor deseo de protegerlas. Permaneció ante la ventana abierta y se quedó extasiada contemplando las llamas que se aproximaban.

Sin nada de viento, la columna de fuego se erguía y subía al cielo con decisión hasta convertirse en una inmensa cortina; de pronto, ese telón se hizo añicos y destelleó en miles de chispas de fuego que ascendían aún más alto.

Sakiko sintió que contemplaba un espectáculo presidido por un ruido atronador y, simultáneamente, un drama mudo protagonizado por formas y colores. Sakiko observaba esa representación que tenía lugar ante sus ojos con una sensación de urgencia, pero había una contradicción entre esa inquietud y su deseo de permanencia.

El tono brillante de la columna de fuego se fue extendiendo por todo el cielo y cubrió de bermellón la totalidad del campo visual de Sakiko. De ese fondo emergía, vagamente, la silueta de la casa de al lado.

«Ah, no, no es la casa de al lado lo que está ardiendo». Cuando Sakiko se dio cuenta, se estiró lo que pudo para asomarse lo máximo posible por la ventana.

La gente pasaba sin cesar entre las tinieblas negras y rojizas.

«¿Por qué están aquí a estas horas de la noche?».

Una marea de gente llenaba la calle. No caminaban en grupos, sino que, inexplicablemente, todos iban solos; tenían rostros inexpresivos, como de desamparados. Aparecían un instante, iluminados por la luz del fuego que convertía la oscuridad en un telón apagado y, de nuevo, se desvanecían tragados por las tinieblas.

«Eso es —pensó Sakiko—, son sólo curiosos que han venido a ver el incendio como papamoscas». Pero, aun al descubrir la razón que los

había llevado allí, no conseguía entender por qué todos caminaban solos, sin acompañantes. Quizá todos habían salido a contemplar el fuego, simplemente, y ahora, al caminar en soledad a altas horas de la madrugada, se sentían desorientados.

«Si el fuego no viene de la casa de al lado, ¿de dónde sale entonces? Detrás, en la calle, hay un colegio de primaria. Pero a esta hora los colegios están vacíos y cerrados, así que, ¿cómo podría originarse un incendio en un centro escolar?». Cuando Sakiko comprobó que no soplaba el viento y que habían llegado numerosos camiones de bomberos, se acurrucó de nuevo en la cama e, inmediatamente, se olvidó del incendio y de todo lo demás y cayó en un sueño espeso. En alguna capa de la conciencia podía percibir el sonido de las sirenas de los coches de bomberos y sus propios gemidos, pero al final el sueño profundo absorbió también esos sonidos y los hizo desaparecer.

—Ay, qué horrible ha sido. Estaba preocupadísima por lo que pudiera pasar. Y yo fui la primera, la que descubrió el incendio. ¿Te diste cuenta de que era yo quien iba golpeando las puertas de las casas, la tuya y todas las demás, gritando: ¡fuego!, ¡fuego!?

Nada más ver a Sakiko, la anciana solitaria de la casa contigua la asaltó con ansiedad. Debido a su estado emocional, su voz, ya de por sí aguda, chirriaba nerviosa en un tono aún más alto.

—¿Qué está haciendo aquí esta muchedumbre? —preguntó Sakiko, deteniéndose nada más sobrepasar la cancela.

Ahora, en todo el espacio que abarcaba la vista de Sakiko, al contrario que en la noche previa, en la que la gente deambulaba como fantasmas en la niebla, las personas permanecían quietas y curioseaban en la carretera. Habitualmente, unos minutos después de las siete de la mañana, cuando Sakiko traspasaba esa cancela para acudir al trabajo, sólo se encontraba con trabajadores que encaraban el aire duro de la mañana con rostro de resolución para afrontar la jornada.

—¿Puedes imaginar cómo me sentía? Había un fuego enorme justo enfrente de mi casa. Y mi jardín es muy extenso. Eso sí, no había viento. Pero el riesgo estaba en las montañas. Si las llamas hubieran saltado a las montañas, no sólo mi casa, sino también la tuya y todas las de los alrededores habrían quedado sin duda reducidas a cenizas, ¿lo comprendes? —La anciana vecina acomodó las variaciones del tono de voz a su discurso y pronunció las últimas palabras con una entonación dramática.

—¿Qué está haciendo aquí esta muchedumbre? —preguntó Sakiko de nuevo a la anciana, que había ignorado sus palabras y contado sólo lo que le interesaba. Podría entender que hubieran acudido los vecinos a mirar, pero había numerosos desconocidos agrupados en círculos como si estuvieran participando en alguna reunión.

—Sí, sí, por supuesto que están aquí. El pabellón deportivo y de actos de la escuela ha ardido totalmente. Seguro que los padres de los alumnos están muy preocupados —dijo caprichosamente la anciana, atenta sólo a sus preocupaciones. De pronto emitió un gritito, como si estuviera fuera de sí—: Ayyy, señora. —Y se acercó a la mujer que vivía enfrente. Junto a ella había otras dos amas de casa que Sakiko conocía.

—Se han cumplido cincuenta y un días sin llover ni una sola gota. Eso es como apilar leña y prepararla para una pira. Así se explica cómo todo ha podido arder tan rápidamente.

—No, disculpe, hoy se cumplen cincuenta y dos —corrigió la vecina anciana con su voz chillona.

—Pero ¿qué estará sucediendo? Día tras día continúa este sol, el buen tiempo.

—Pues dicen que todavía se espera sol para los próximos días. La predicción del tiempo no anuncia lluvias a lo largo de todo el mes.

—Con una simple colilla que se tire en la montaña puede comenzar a arder todo el monte. Demos gracias porque anoche las chispas no saltaron al otro lado.

—¿Recuerda el incendio forestal de hace cinco años? —Los ojos de la anciana se abrieron tras las gafas de montura plateada.

—Eso tiene que haber sido antes de que nos mudáramos aquí.

—Aquello sí que fue una verdadera pesadilla. ¿Ven aquella montaña? No hay ni un solo árbol crecido en ella. Todos se quemaron entonces. ¿Y aquella casa de labranza solitaria a la orilla del río? Entonces desmontaron la cabaña, ya inservible, de la casa de labranza para quemarla, y una hoja ardiendo de un periódico voló por el aire, el viento la llevó flotando y la arrastró, a pesar de la enorme distancia, a lo alto de aquella montaña. Eso sucedió al atardecer. La montaña se tiñó de rojo vivo y continuó ardiendo toda la noche. ¡No sé cuántos camiones de bomberos vinieron! Se oían sirenas por todas partes, sonaban sin interrupción; yo entraba y salía, preocupada por el fuego y las sirenas; yo entraba y salía, y no pude dormir nada. Como ven, vivo sola, y es complicado vivir sola. Aunque no había riesgo de que el fuego alcanzara mi casa, estaba sola. Ah, y acabo de acordarme de algo; en aquella ocasión también yo fui por el vecindario, casa por casa, dando la voz de alarma: ¡fuego!, ¡fuego!

La anciana hizo un gesto exagerado para indicar cómo había golpeado la puerta de cada casa. Su tono excitado contrastaba de forma extraña con la elegancia que transmitían el cabello canoso, cuidadosamente recogido, y el kimono inmaculado.

—¿Cuál ha sido la causa del incendio de anoche?

—No ha caído ni una gota a lo largo de cincuenta y dos días. Si el aire se vuelve tan seco que nos deja la garganta así de áspera, no es de

extrañar que una llama pueda encenderse de forma espontánea.

—Qué idea más extraña.

—Si no llueve hasta final de este mes, las llamas empezarán a salir de nuestras bocas. Recuérdenlo. Yo, al menos, siento que me he quedado seca hasta las entrañas.

—Dicen que, si no llueve en los próximos diez días, se alcanzaría el récord desde que empezaron a tomarse registros.

—Mi sexto sentido me dice que no serán sólo diez días, sino que tendremos tiempo soleado veinte o treinta días más. Ya verán. Lo malo atrae lo peor, y jamás lloverá.

Sakiko sentía curiosidad por la forma peculiar en que la anciana contaba las cosas y por eso se había quedado un rato, pero finalmente decidió marcharse y se alejó a paso rápido.

Al sobrepasar la valla de la casa contigua y continuar camino hacia el terreno de la escuela de primaria, vio grupos de personas, probablemente padres de alumnos del centro, reunidos en grupos que llenaban la calle de murmullos.

La lluvia que no ha caído en cincuenta y dos días…, la continuación de días de sol sin un solo día nublado…, las casas y las montañas totalmente secas… Esas lamentaciones, las mismas palabras repetidas una y otra vez, cosquilleaban incesantes en el oído de Sakiko.

Al lado de la carretera, sobre el jardín del colegio, se erguían los restos del pabellón de deportes y actos; del edificio sólo quedaban las vigas y las columnas ennegrecidas. Del esqueleto de madera de la estructura, calcinado y mojado, subía un vapor blanco al aire frío. Los bomberos, con botas de goma, trajinaban y pisoteaban el jardín, que se llenaba de barro. Sakiko continuó andando, imantada por la súbita transformación que había sufrido en sólo una noche el pabellón, un lugar que veía cada día en sus idas y venidas, en sus paseos y en su camino al trabajo, sin prestarle ninguna atención. Resultaba asombroso que, en poco más de una hora, algo pudiera quemarse y quedar devastado de aquella manera. Si alguien hubiese estado allí, seguramente se habría convertido en un pedazo de carbón, del mismo modo que le había sucedido al edificio calcinado. Detrás de las ruinas se asomaba el cielo de la mañana como el anuncio de un día soleado bajo un firmamento azul.

Las montañas que se alzaban tras la escuela parecían moverse al compás de los pasos de Sakiko.

Las ramas de los olmos, de los robles y los cerezos, que se habían quedado desnudas, semejaban el atrezo falso de un decorado de teatro, y los matorrales que crecían bajo los árboles estaban marchitos, como si los hubieran rociado con polvo blanco. ¿Qué habría sucedido si la noche anterior hubiera soplado el viento? Sakiko podía imaginar la voz aguda de la anciana pregonando el incendio,

«Fuego en el monte, fuego en el monte», chirriar y resonar a través de la inmensidad de ese cielo cruelmente azul.

Esa noche Sakiko regresó penosamente por la calle oscura moviendo su cuerpo despacio, acarreándolo como si fuera un pesado equipaje. Desde que se había graduado en la universidad, hacía ya seis años, trabajaba en una empresa. El entusiasmo por el trabajo se había ido desvaneciendo de forma natural, como si hubiera bajado la marea, hasta sentir de pronto que se había quedado varada, sola, en la bajamar de una playa al atardecer. Un lamento semejante a un bostezo, algo así como un «ay, qué aburrimiento» apenas perceptible, se le escapaba de la boca de vez en cuando. Entonces recordó el largo gemido de la noche anterior, que, de forma insistente, había surgido en mitad del sueño, una y otra vez, desde algún lugar en las profundidades de su cuerpo. Un gemido que no identificaba como suyo, sino como procedente de un monstruo negro que viviera dentro de ella. Pero al despertar, bajo la luz del día no había monstruos en ningún lado, sólo estaba ella, la persona que se aburría hiciera lo que hiciese.

Sakiko caminaba por la calle de vuelta a casa, rodeada por la noche, con la solapa del abrigo levantada. Al cruzar el puente de piedra, le sacudió el olor del agua estancada que ascendía desde una zona oscura. El lecho del río quedaba muy profundo y la pendiente que descendía a él era muy pronunciada. Aunque habitualmente podía oírse allí el rumor de la corriente, dado que no había habido precipitaciones en mucho tiempo, sólo podía percibirse la presencia de agua o humedad por el olor putrefacto de las hojas acumuladas en el cauce seco. Sakiko caminó despacio por la carretera que rodeaba el solar de la escuela de primaria. Eran cerca de las nueve de la noche, no quedaba casi nadie en la calle y apenas se oía el ruido de sus pisadas, de los tacones altos que resonaban rítmicamente sobre el asfalto. La estructura calcinada del pabellón de deportes permanecía como único elemento visible y, al tiempo, como una presencia algo extraña y ajena a este mundo. Esa noche la brisa soplaba.

La desazón invadiría a quien contemplara el esqueleto del edificio, pese a que se tratara simplemente de eso, de los restos de algo ya sin vida. ¿Le invadía a Sakiko esa desazón porque, nada más ver esos restos, había revivido con nitidez cada sensación experimentada, cada imagen del incendio? El tufo de la mezcla de olores producido por la combustión de distintos elementos aún flotaba ligeramente en el aire.

A mitad de camino volvió la cabeza y vio el lugar desde el lado opuesto: la estructura calcinada semejaba una calavera con la boca abierta. Sakiko caminaba junto a la larga valla que rodeaba la casa contigua a la suya. Al final de esa valla, el murete de bloques de cemento de su casa de alquiler brillaba blanquecina, como si flotara

en el vientre de las tinieblas.

Sakiko sintió una presencia humana tras ella y, al volverse, distinguió la silueta de un hombre. El hombre se acercaba, sus pasos sonaban como si la estuviera siguiendo. Probablemente tuvo esa impresión, simplemente, porque el hombre calzaba zapatillas de deporte. Pero no pudo evitar la sensación de que, sin duda, él se aproximaba a ella. El hombre vestía una cazadora deportiva y, quizás por llevar ropa gruesa para el frío, la parte superior de su cuerpo parecía hinchada, así que de cintura para arriba se le veía como si lo hubieran inflado. El hombre fue directo a ella con las manos en los bolsillos.

—Soy de la policía —dijo en voz baja, como si temiera alertar al entorno con sus palabras. Su aliento se congeló y se volvió blanco en el aire frío—. Usted se llama Namioka, ¿verdad?

Al contrario que su tono de voz, que sugería respeto por la privacidad, el hombre se situó tan pegado a ella que las caras de ambos casi se tocaron.

—No, soy la inquilina. Alquilo una habitación en la casa de los señores Namioka.

Sakiko contestó mirando al hombre en busca de algo que, con certeza, pudiera verificar su identidad como policía.

—¿Puedo entrar? Aquí tendrá frío, ¿no? Hoy hace viento —dijo él tras echar un vistazo a Sakiko, que sujetaba con las dos manos las solapas del abrigo y se frotaba una pierna con la otra.

—¿Quién es usted?

—Soy agente de policía

—Sí, pero ¿qué desea?

—Se lo iba a decir ahora mismo. Esta mañana estuve en el vecindario visitando casa por casa, pero la suya estaba vacía y por eso he vuelto a esta hora.

—¿Me estaba esperando?

—No sólo eso, también estaba vigilando.

Como para dar veracidad a sus palabras, el hombre se volvió y miró a la calle que continuaba hacia la escuela. El cielo nocturno, frío y sin una sola nube, se extendía sin fin.

La única diferencia entre el día y la noche residía en si el cielo era azul o estaba estrellado; interminablemente despejado, ni de día ni de noche lo manchaba la neblina o lo cruzaba una simple nube. A Sakiko, esa monotonía le resultaba algo fantasmal.

—¿Ha ocurrido algo? —dijo Sakiko mientras entraba sola al recinto de la vivienda tras cruzar la pequeña cancela de hierro.

—Ha sido un incendio intencionado. —El hombre elevó el tono con severidad.

—Entonces no tengo nada que contarle —respondió ella y echó el

cierre de la cancela.

—¿De verdad no vio a ningún extraño anoche? —El hombre apoyó la mano sobre la verja.

—¿De verdad es usted de la policía? —añadió Sakiko temblando de frío, mientras miraba al hombre de frente, por encima de la baja portezuela de hierro.

—Ha habido otros dos incendios provocados, con las mismas características. Ambos tuvieron lugar en escuelas de primaria. En los dos utilizaron queroseno.

La cara redonda del hombre y su cuerpo rechoncho se iluminaron con la luz que había a la entrada del jardín.

—¿Quién lo hizo? —inquirió Sakiko, sintiendo que una extraña excitación comenzaba a invadirla.

—Si lo supiera no estaría aquí, de pie, a estas horas de la noche.

—No, no. Sólo quería saber si fue un hombre o una mujer.

En ese momento, Sakiko se sintió iluminada por una revelación interior.

—Qué cosas más extrañas dice. Si no sabemos quién fue, ¿cómo podríamos determinar si fue un hombre o una mujer?

—Pues yo creo que ha sido una mujer.

—Ah, muy bien. Y ¿por qué?

—Una corazonada. Simplemente eso.

—Pero lo afirma de forma tajante, con rotundidad. Anoche vio a alguien extraño por ahí, ¿verdad? —El hombre sacó un cigarrillo del bolsillo interior de la cazadora y lo encendió. En el aire gélido, la brasa roja se volvió dura y afilada.

—Tengo frío. Y me resfrío con facilidad. Lo siento, por hoy tengo que despedirme. —Sakiko avanzó por el empedrado del jardín y llegó a la puerta de la casa.

—Espere un momento —dijo el hombre de repente, con una voz cortante.

—¿Qué más quiere? Yo no sé nada de ese incendio provocado —contestó Sakiko mientras buscaba el manojo de llaves en el bolso y lo sacaba.

—Me gustaría hacerle un par de preguntas más. ¿Podría entrar en el recibidor?

—Por favor, vuelva mañana, es sábado y tengo el día libre.

—No, no puedo esperar. Es posible que vuelva a haber un incendio esta misma noche —dijo el hombre con premura; se bajó la cremallera de la cazadora y extrajo algo parecido a una agenda del bolsillo interior.

—¿Por qué habría de ocurrir esta noche? —preguntó Sakiko con curiosidad. Al hablar, acariciaba con la punta de los dedos el perfil de la llave de la puerta que tenía en el juego de llaves.

—El pirómano siempre prende fuego dos veces a la misma escuela. Si es el mismo, volverá a hacerlo.

—Es muy insistente, repite una y otra vez lo mismo. Ya le he dicho que es una mujer, sin ninguna duda. —Sakiko abrió la puerta de la casa e introdujo medio cuerpo.

—Por favor, si sabe algo, cuéntemelo. Somos discretos, no vamos a causarle ninguna molestia. —El hombre descolgó la mitad del cuerpo sobre la cancela al hablar.

—Son más de las nueve de la noche. Además, aún no tengo certeza de que sea usted agente de policía —dijo Sakiko y cerró la puerta tras ella.

—Mire. Mi identificación del departamento de policía.

Por unos instantes, justo antes de cerrar, Sakiko vio en la noche el vaho del hombre, que hablaba con apremio, y el carné que le mostraba. Inmediatamente después, la puerta se cerró.

Los días que no trabajaba, Sakiko dormía hasta tarde. Como el matrimonio de caseros se encontraba ausente, estaba sola en la casa grande, en el denso silencio de la mañana. El intenso silencio y el frío penetrante envolvieron doblemente a Sakiko hasta dejarla entumecida. Como la casa estaba pegada a la montaña, resultaba más fría que la mayoría de las viviendas del vecindario.

A excepción del asombroso espectáculo que provocaban las llamas al danzar en el interior de la penumbra, el incendio en sí no le había interesado lo más mínimo; pero tras la conversación de la víspera con el hombre que, en apariencia, era inspector de policía, Sakiko sintió que el fuego había penetrado inexplicablemente en su conciencia.

Después de asearse y arreglarse, Sakiko salió enseguida de la casa y se quedó de pie junto a la cancela. Sin saber por qué, los pies comenzaron a movérsele de forma instintiva en dirección a la escuela. Al avanzar junto a la valla de la casa vecina comprobó que, en vez de una muchedumbre como la que se juntaba la mañana anterior, no había nadie. Sólo se veía el blanco camino pavimentado que se extendía levemente curvado. La casa de al lado era mucho más grande que la que alquilaba Sakiko. La apariencia de esa vivienda de estilo tradicional japonés, en la que la anciana vivía sola, imponía dignidad al entorno con su presencia.

Sakiko recordó vagamente a la anciana. Cada vez que escuchaba la voz chillona e impaciente de esa mujer de apariencia refinada, que siempre iba arreglada y vestía kimono con elegancia, sentía que en la mujer habitaba un desasosiego, como si en su interior se congregara una amalgama de emociones que no podían acoplarse.

En ocasiones, desde su habitación en la planta de arriba, Sakiko veía luz en la casa de la anciana a altas horas de la madrugada. Las

lámparas estaban encendidas, pero nunca se oía nada. Porque la anciana vivía sola. Sin embargo, Sakiko siempre imaginaba a la anciana sentada en el centro de esa casa grande, hablando pomposamente para sí con su voz aguda y llenando el aire con chácharas mudas en medio de la madrugada.

Al sobrepasar la casa vecina, Sakiko oyó el murmullo que llegaba desde el colegio. Habitualmente no lo escuchaba, pues cada mañana salía temprano de casa y regresaba por la noche, pero algunos sábados el runrún alcanzaba su habitación. A Sakiko no le gustaba demasiado ese murmullo escolar formado por la emisión repetitiva y desordenada de sonidos, por las típicas voces chillonas de los niños pequeños.

Desde ahí podía verse la imagen oscura del pabellón calcinado. Recortado en el cielo azul, el negro destacaba más aún y reforzaba la sensación de vacío. La presencia de esa imagen de la catástrofe recordaba las llamas salvajes que habían abrazado al pabellón. En las proximidades del edificio principal del recinto escolar podía oírse un murmullo, chiki, chiki, chiki, un bullicio perturbador; no se trataba sólo de que, como sonido, fuera desagradable, sino de que a cualquiera que lo percibiera le resultaría irritante. En ese instante, una visión asaltó la mente de Sakiko: los niños, encerrados en el pabellón de deportes devorado por las llamas, lanzaban histéricos gritos agudos.

Sakiko desvió la vista y el paso de ese lugar y dobló hacia la derecha. Cerca había una casa con una valla de madera sin tratar. Junto a la puerta de servicio encontró a la anciana hablando con otra vecina.

—Yo tengo el oído muy fino. Como sabe, vivo sola, soy una mujer sola. Tengo el sueño muy ligero y me desvelo con el más mínimo ruido, como el que provoca una hoja al caer a tierra. Por eso me desperté inmediatamente con ese ruido como de algo que estallaba con el fuego. Nadie más se había dado cuenta. Las llamas formaban ya una columna altísima y, sin embargo, nadie había salido de su casa. Yo fui la primera en salir a toda prisa y golpeé, una a una, todas las puertas a lo largo de la calle para avisar a los vecinos del incendio, mientras gritaba «¡fuego, fuego!».

Ya estaba la anciana contando otra vez la misma historia. Ahora se lo explicaba a la vecina de la casa de la valla de madera sin tratar, luego seguiría repitiendo la historia a cada persona con la que se encontrara.

—Ah, hola, señorita Namioka, ¿vas de paseo?

Al descubrir a Sakiko, la anciana ensayó una sonrisa amable. Como de costumbre, se dirigió a ella con el apellido Namioka, el de los caseros. Sakiko la saludó cortésmente, con una inclinación de cabeza y nada más. Si se detuviera, le contestara y le diera pie, se arriesgaba a

que la anciana siguiera con una charla interminable.

—Hoy también hace un día bueno hasta la exasperación. ¿No es espantoso? Y ya van cincuenta y tres días. Estoy segura de que el tiempo va a seguir así entre sesenta y setenta días. No sé cómo podemos decir que hace buen tiempo —dijo la anciana y le devolvió respetuosamente el saludo, inclinando la cabeza.

Sakiko prosiguió su camino. La anciana, que continuaba hablando, alzó la voz y se dirigió de nuevo a ella:

—No sé si ya sabes que el incendio fue provocado. Dicen que el autor está intentándolo otra vez y que, la próxima, prenderá fuego al edificio principal. Entonces se producirá sin remedio un incendio forestal.

La anciana había dicho esa frase con alborozo. Sakiko se volvió hacia ella, inclinó de nuevo la cabeza y continuó su camino. Aún no había desayunado. El encuentro con la anciana y su verborrea le habían hecho desviarse de su obsesión por el incendio. Rodeó el vecindario y volvió a su casa.

—Le pido disculpas por causarle molestias anoche.

El hombre de la víspera aguardaba ante la cancela. Su expresión era semejante a la de la noche anterior, aunque ahora sí parecía un oficial de policía.

—Acabo de volver de echar un vistazo al rastro del incendio —le dijo Sakiko con una leve sonrisa.

—Tiene un interés extraordinario en el incendio, ¿no es así? —dijo el policía, serio, y le dirigió una mirada penetrante.

—¿Interés? —contestó ella mientras revivía la escena imaginaria de los niños hacinados en el gimnasio, como sardinas en lata, mientras el fuego lo devoraba todo.

—He vuelto a visitarla porque me da la impresión de que podría contarme algún dato de interés —dijo el policía y parpadeó un solo ojo.

—En ese caso, venga al recibidor. Aunque me temo que no hay nada interesante que pueda contarle.

Sakiko invitó al oficial de policía a su casa porque estaba intrigada y quería saber algo del autor del incendio. El agente se sentó en el escalón del recibidor y encendió un cigarrillo. Dio varias caladas rápidas y, durante ese intervalo de tiempo, permaneció mudo con la colilla apuntando hacia arriba. Sakiko tenía los ojos fijos en la parte trasera de la cazadora del hombre, abultada por la ropa que llevaba bajo ella. Al ver esa espalda pensó que ésta quería contarle algo, pero se veía obligada a guardar las palabras para sí. Sakiko sintió la curiosidad ascender por su garganta, podía incluso escucharla, cuur cuur, como si hablara con arrullos de paloma.

—Entonces, ¿qué? —Sakiko comenzó la conversación.

—En resumen: usted vio algo, ¿verdad? —preguntó el policía sin responder a las palabras de Sakiko.

—¿Es eso lo que llaman placa de policía? —Sakiko señaló con los ojos en dirección a la credencial con la que el hombre jugueteaba con una mano, la que no sostenía el cigarrillo.

—Recuerdo que ayer me dijo que el autor había sido una mujer. ¿Cierto?

Por fin el agente, que estaba de espaldas, se dio la vuelta para mirar a Sakiko y, mientras hablaba, le lanzó una mirada directa y severa a los ojos.

—Sí. Eso dije. Así que, ¿de qué forma lo llevó a cabo esa mujer? —dijo Sakiko buscando los ojos del agente como si entablaran un combate de miradas.

—Yo no sé si se trata de una mujer o no.

—Sus objetivos siempre son escuelas de primaria, ¿no es así?

—Así es. Esta escuela es el tercer caso.

—¿Por qué?

—Eso tendría que preguntárselo al autor de los incendios.

—Yo puedo entenderlo perfectamente.

—¿Usted?

—Sí. Yo lo entiendo.

El agente evitó ofrecer una respuesta, volvió a dar la espalda a Sakiko y se agachó. La ceniza acumulada en el extremo del cigarrillo, que se consumía en la punta de sus dedos, cayó sobre el suelo de cemento del recibidor con la levedad de un copo de nieve. El agente se dio cuenta de que la ceniza se había caído y golpeó suavemente con un dedo al cigarrillo para que se desprendiera el resto. Sakiko rió.

—¿Qué pasa? —El agente se dio la vuelta de nuevo y miró a Sakiko.

—Bueno, ya que estamos en el recibidor, que es todo de cemento y sin madera, estamos a salvo y no tiene que preocuparse. Pero como hace cincuenta y tres días que no llueve, con ese simple cigarrillo podría incendiarse toda la casa —dijo Sakiko conteniendo la risa con dificultad.

—No es la primera vez que un centro educativo es el objetivo de un incendio provocado. Sucede todos los años, desde hace mucho tiempo. Los colegios son un objetivo fácil, ya sean colegios de primaria, centros de *high-school* o cualquier tipo de escuela —dijo el agente ignorando la risa de Sakiko.

—¿Se producen sólo por la noche?

—No. En ocasiones tienen lugar de día.

—¿También prenden fuego a colegios de primaria en pleno día? —Nada más decir esas palabras, a Sakiko le saltaron a la mente las imágenes de multitudes de niños, enclaustrados en un infierno sin salida posible, que chillaban mientras iban calentándose hasta

empezar a arder.

—Le he dicho que éste es el tercer caso, ¿no? Lo digo suponiendo que el autor sea el mismo. Prende fuego a cada centro dos veces, ¿se lo había dicho antes?

—¿Ardieron las escuelas del todo?

—La primera escuela sí, eso es lo que sucedió. Primero quemó el pabellón de deportes y actos, y después, el edificio donde estaban las aulas. Todo quedó reducido a cenizas.

—¿Sucedió lo mismo en el segundo caso?

—No. Los incendios comenzaron de día y se pudieron controlar.

—Los fuegos comenzaron de día… Qué extraño, ¿no?

—¿Extraño? ¿El qué?

—Extraño sobre todo para la autora, para la criminal. Porque quien provocó el incendio se arriesgó a que la descubrieran y la capturaran. De día hay mucha gente en una escuela de primaria que puede ver a quien comete el delito.

—Ese detalle también me desconcierta. El modo es el mismo, es decir, siempre usa queroseno, pero nadie vio a ninguna persona sospechosa a pesar de que era de día.

—Ah, ya empiezo a entenderlo. Es fácil —dijo Sakiko animada.

—Ya está actuando como antes. Afirma todo tajantemente. —El agente observó a Sakiko con tanta fijeza que sus ojos bizquearon ligeramente.

—Pero el incendio de la noche… ¿Cómo puede sentirse el autor de un incendio al prender fuego a un colegio en el que no hay nadie? —Al hablar con el agente, Sakiko había comenzado a notar tal grado de excitación que, de pronto, notó una sensación de asfixia en el pecho. En ese momento se arrepintió de no haber acudido a ver el lugar del suceso aquella noche. Como su casa se encontraba fuera del ángulo de visión, porque se interponía la vivienda contigua, no había podido contemplar el colegio en llamas.

—¿Qué impulsa a una persona a hacerlo? Existen varias razones según las estadísticas. Últimamente se dan muchos casos de personas que, simplemente, buscan sensaciones fuertes para superar el estrés causado por sus circunstancias personales. Los precios han subido, estamos en plena crisis económica. Eso es lo que sucede. —El agente enumeró las causas con la cara inexpresiva de quien habla de asuntos a los que está acostumbrado por su trabajo.

—Desde luego, prender fuego a un colegio en plena noche parece la respuesta idónea. Provoca unas llamas gigantescas. Enormes y magníficas. —Sakiko sintió como si estuviera contemplando la escena del incendio a través de los ojos de quien lo había provocado.

—Incluso un pirómano tiene cierto sentido moral. Si prende fuego al colegio por la noche, lo único que se quema son los edificios.

—Pero me ha dicho que el segundo caso ocurrió en pleno día, ¿no? La pirómana prendió fuego a la hora en la que el edificio se encontraba atestado de niños. ¿Fue la misma autora? —inquirió Sakiko moviendo su cuerpo hacia delante.

—Ya se lo he dicho. El método fue el mismo.

El agente encendió otro cigarrillo. En el suelo de cemento del recibidor había ya varias colillas aplastadas y pisadas.

—Queroseno, ¿verdad? —Al pronunciar la palabra, Sakiko sintió en la nariz ese olor punzante y se sintió incapaz de discernir si el olor le resultaba agradable o desagradable.

—Aparentemente, el autor transportó el queroseno en una pequeña botella vacía de whisky. Siempre encontramos una botella vacía en la escena. Apenas prende fuego, huye rápidamente. Como el viento. De hecho, no hay testigos, ningún ojo que lo viera.

—Huye rápidamente. ¿Por qué?

—Es evidente, ¿no?

—No es lo que hizo esa mujer.

—Sigue insistiendo con lo de la mujer, una y otra vez.

—Al final de la jornada, a la hora en la que los estudiantes continuaban alborotando, esa mujer echó el queroseno, le prendió fuego y se marchó caminando, despacio, por el pasillo. Alrededor, los niños corrían, los profesores pasaron junto a ella. Todos pudieron verla. Y ella, tranquila, continuó andando despacio. La incendiaria es una mujer de esas características. —Sakiko se dio cuenta de que se estaba mostrando mucho más habladora de lo que era habitual en ella.

—Vaya, qué teoría tan extraordinaria. —A pesar de responder a Sakiko positivamente, el agente no la miró y siguió con la vista fija en un punto de la puerta que había al fondo del recibidor.

—¿Extraordinaria?

—Pues sí. Soy profesional de esto, así que sé que, para mí, una deducción de este tipo es una forma habitual de proceder, pero en alguien como usted puede calificarse de extraordinaria.

—Me alegro si mis palabras pueden serle de alguna utilidad. —Sakiko se sintió exhausta. Quizás se había identificado excesivamente con la autora del incendio. Comenzó a sentir frío. En el recibidor no había nada que lo calentara.

—¿Es ya suficiente? Los caseros están ausentes y no debería permitir la visita larga de un desconocido —dijo Sakiko y se levantó.

—¿Tienen una estufa de queroseno en esta casa? —preguntó el agente y, sin darse la vuelta, se incorporó también.

—¿Por qué? —respondió Sakiko, sorprendida ante una pregunta tan inesperada.

—Se lo pregunto a todo el mundo. Por si acaso. —El agente tomó la manilla de la puerta.

—¿Ha sido alguien de este vecindario quien ha prendido fuego a la escuela? —Al pronunciar esas palabras, «este vecindario», Sakiko tuvo un presentimiento repentino. La expresión «este vecindario» abarcaba un territorio en el que ella misma estaba comprendida. Al intentar escudriñar en su interior para captar la voz de ese presentimiento, le pareció escuchar, en un agujero cóncavo y oscuro de sí misma, unos gemidos como aquellos que había oído en sueños. Cuando Sakiko se puso de pie, se sintió mareada. En el interior de sus sentidos percibió el eco de los gemidos que, en ese instante, emitía la incendiaria.

—¿Hay alguna bicicleta en esta casa? —De nuevo, el agente hizo una pregunta antes de girar la manilla y abrir la puerta.

—Creo que el casero tiene una vieja en el cobertizo.

Después de que se marchara el agente, Sakiko permaneció un rato observando las colillas que habían quedado en el suelo del recibidor. Las contó de forma mecánica: una, dos, tres… En contraste con esa acción automática, la cabeza comenzó a tambaleársele como si la pirómana de su imaginación hubiera poseído su cuerpo.

—¿Por qué prendió fuego a la escuela de primaria? Quiero saberlo. Debería haber convencido al agente de que se quedara un poco más. —A Sakiko le invadió una sensación de inseguridad, de que las amarras que la sujetaban a tierra se habían soltado.

Sobre las diez de la noche, Sakiko sintió el deseo repentino de salir de casa. Tuvo la idea de que, tal vez, la pirómana estuviera vagando por las tinieblas profundas. Montada en una bicicleta antigua, como salida de la nada, se movía con ligereza y cortaba el vacío en su recorrido. Del bolsillo interior de su abrigo ascendía el olor penetrante del queroseno. Medio hechizada por ese olor, totalmente fascinada por el acto que estaba a punto de cometer, circulaba por los alrededores de la urbanización. Si la misma persona pasara repetidamente por el mismo lugar, probablemente levantaría sospechas, pero montada en una bicicleta, fingiendo que venía de lejos, ese riesgo se disiparía. Podía ser alguien que viviera cerca, en el vecindario. Esa mujer llevaría un gorro de lana calado que casi le cubría los ojos, repetiría una y otra vez su recorrido en círculos por la zona y se acercaría, poco a poco, a su objetivo. Inflación, precios elevados, recesión económica; eso era lo que le había dicho el agente. También comentó que podía deberse a la necesidad de huir de la frustración, de la angustia.

«Pero no, no es nada de eso —pensó Sakiko—. Entonces, ¿por qué lo hace?».

En su habitación, Sakiko se levantó decidida a salir a la calle. Al hacerlo, sintió que esa mujer también se levantaba. «En cualquier caso, es preciso acudir al lugar del suceso», se dijo. Si la pirómana había provocado dos incendios en cada lugar, quizás Sakiko podría

verla esa misma noche. Nada más salir al pasillo, el aire frío le golpeó el rostro. «Si alguien permanece mucho tiempo al aire libre a las diez de la noche de un día de febrero, se queda helado», pensó Sakiko. Se le ocurrió cubrirse la cabeza con un chal grande de piel sintética diseñado para vestir con kimono. Abrió el armario empotrado y sacó, una a una, todas las cajas del guardarropa. Cuando alcanzó la caja del fondo, también la extrajo y la colocó fuera. Hacía ya dos o tres años que no se había puesto un kimono, y por eso la caja estaba allí, apartada, desde entonces.

Al abrir la caja le asaltó un tufo a naftalina. Como no había usado kimono ni abierto la caja para renovar la naftalina, el olor resultaba rancio y polvoriento. Sacó el chal de piel sintética de la caja. Las hojas de periódico que lo protegían estaban totalmente secas y rígidas. En la base había otro periódico, plegado con precisión para que se adaptara a la forma y el tamaño de la caja. Sakiko echó un vistazo al diario. El titular, *Ronrii ûman* (*Lonely Woman; Mujer solitaria*), llamó su atención. La fecha indicaba que se trataba de un periódico del año 41 de la era Shōwa, 1966. Al contrario que las hojas sueltas que cubrían el chal, parecía que el periódico lo hubieran colocado hacía mucho tiempo y se hubiera quedado allí. Sin saber por qué, Sakiko se sintió atraída por ese titular y empezó a leer el artículo sin siquiera cambiar de postura. Era una noticia de la sección de «Sociedad».

> En Londres, la ciudad inglesa cubierta por una densa niebla, con frecuencia puede observarse a un cierto tipo de mujeres. No son ya mujeres jóvenes, aunque tampoco son mayores; son mujeres cuya edad es difícil de precisar. Generalmente caminan solas. Avanzan ligeramente inclinadas hacia delante, acompañadas por el taconeo de sus zapatos, a través de la ciudad amarillenta cuya niebla detiene los rayos del sol. Vagabundean, como esa gente que no tiene nada que hacer, a lo largo de la metrópoli. El observador puede detectarlas claramente, estén donde estén. Porque todas muestran una uniformidad, unos rasgos comunes. En ellas puede distinguirse una curiosa mezcla de decadencia y vivacidad. No se trata de que tengan la misma profesión: no se trata de que todas pertenezcan a un grupo de idéntico estatus; ni siquiera se trata de que compartan una apariencia física semejante. Aunque cuando sonríen, una mueca flota como aislada de la propia sonrisa. Cuando comen, su gesto destaca como una marca de nacimiento sobre su espalda encorvada. Esas mujeres se dan en todas las clases sociales, aunque no forman adrede un grupo diferenciado. Pero existe una única expresión para referirse a todas y cada una de ellas. En esa creciente metrópoli de Londres, las llaman *lonely woman.*

Sakiko levantó la cabeza de la caja y, en un susurró repitió: *ronrii ûman, lonely woman.* Cuando se levantó ya se le habían pasado las ganas de cubrirse la cabeza con el chal y salir en busca de la autora del incendio. De pie, parada en mitad de la habitación, Sakiko pronunció en voz alta, otra vez, esa expresión. Las palabras se le habían quedado grabadas en la mente con intensidad. Las dijo con una

entonación seca e impasible, sin traslucir esa connotación insidiosa que el artículo les otorgaba. *Lonely woman, ronrii ûman,* mujer solitaria, mujer sola. Ése era el nombre de la mujer imaginaria, la autora del incendio provocado.

Cuando Sakiko abrió la puerta corredera exterior, el sol intenso de la mañana le taladró los ojos. Como era domingo, no se oían los gritos de los niños de la escuela. La anciana vecina estaba en la superficie del *engawa,* el corredor exterior de madera, y al oír el ruido de las puertas al deslizarse, miró hacia la dirección en la que se encontraba Sakiko. Como de costumbre, iba totalmente arreglada desde primera hora de la mañana y vestía su kimono con elegancia; a pesar del aire frío, se mantenía estirada y con la espalda recta. En la mano derecha sujetaba una jaula para pájaros.

—Vaya, qué cosa más impresionante. Se ha sumado otro día a la lista. Ya son cincuenta y cuatro. Y qué buen tiempo hace. Un perfecto, imperial cielo japonés. Señorita Namioka, ¿conoces esa expresión, *nipponbare,* cielo imperial? Describe un cielo azul exactamente igual a éste, el que no tiene una sola nube en el horizonte. Todos los días disfrutamos el *nipponbare,* el cielo imperial; qué gratitud, qué afortunadas somos. Imagina cómo estarán de secas las montañas, aún más hoy que ayer. Diría que puede oírse el sonido de las llamas crepitar, ¿no te parece?

La anciana señaló con la cabeza a la montaña que se elevaba tras el jardín de su casa, levantó el brazo en el que no sostenía la jaula y apuntó con él en la misma dirección. Su voz aguda sonaba divertida, como si estuviera esperando el incendio que cubriría las montañas. Entre la planta superior de la casa en la que estaba Sakiko y el lugar donde se encontraba la anciana, a ras de suelo, había una considerable distancia, pero la voz de la mujer le llegaba con nitidez. Era la voz que podía oírse un día sí y otro también en todas partes del vecindario. Cada día, la anciana que vivía sola agarraba a cualquier vecino que encontrara para hilvanar una charla y alargarla. En esa ladera que se alzaba tras el jardín de la casa y acababa de señalar la anciana, numerosos tallos de bambú silvestre se desmayaban, totalmente agostados, y se amontonaban unos sobre otros apuntando al jardín.

—¿Qué te parece esto, señorita Namioka?

La anciana cambió de asunto y levantó la jaula. Dentro había un pájaro negro que parecía una cría de cuervo. Sakiko mantuvo silencio. No era capaz de hablar en un volumen alto, de forma que, si trataba de mantener una conversación con la anciana a esa distancia, se quedaría agotada por el simple hecho de hablar.

—Es un miná sagrado. El ave capaz de imitar lo que dicen los seres humanos. Me lo han traído esta mañana —continuó la anciana,

hablando sólo ella.

—Tiene que suponer un trabajo considerable mantener a varios ejemplares al mismo tiempo —contestó Sakiko finalmente, tras hacer un esfuerzo.

—¿Qué? —Parecía que la anciana no podía percibir la voz débil de Sakiko e hizo un gesto exagerado, colocando la mano tras la oreja, como si intentara captar lo que le decía.

—¿Ya tiene otros y aun así va a criar uno más? —Sin más remedio que hablar con la anciana, Sakiko se esforzó para elevar el volumen de su voz, cuyo tono natural era débil.

—No tengo ninguno más. Todos los otros se han muerto.

La voz de la anciana cambió y abandonó el tono extrañamente alegre para contarle que todos los otros pájaros se habían muerto ya. Pero, tras los cristales de las gafas que cubrían los ojos de la anciana, resultaba imposible apreciar su mirada.

El lado de la vivienda de la mujer que lindaba con la casa de Sakiko daba al norte, y las voces de los pájaros podían oírse por el lado opuesto. Probablemente, la anciana dejaba las jaulas en la parte del *engawa* orientada al sur y bañada por el sol.

—¿Se han muerto? ¿Los otros se han muerto?

Sin motivo concreto, Sakiko se sintió desconcertada y lanzó la pregunta al aire poniendo las manos en torno a la boca, en forma de corneta, para que su voz le llegara bien a la anciana.

—Así es —contestó la anciana, y al hablar, su rostro se iluminó con una gran sonrisa. Luego se apresuró y se dirigió, con la jaula en la mano, hacia la parte sur de la pasarela.

Después de desayunar, Sakiko salió a pasear sin rumbo fijo. Las mañanas de los días de descanso solía dar un paseo y aprovechaba para ir de compras. Caminó en paralelo a la valla de la casa de al lado y luego continuó andando junto a la malla metálica de la escuela. Tres vecinas, amas de casa, charlaban de pie en el camino por el que iba Sakiko.

—Es inquietante, ¿verdad? Tenernos así, a la espera.

—¿A la espera?

—Por este buen tiempo y por el causante del incendio.

—Pero dice que «nos tiene a la espera».

—Todos estamos esperando la lluvia.

—Todos los días es lo mismo, todos los días hablamos de lo mismo.

—Por qué no llueve.

—¡Qué sé yo! Será debido a que, según dicen, todo el planeta está experimentando una anomalía climática.

—Por favor, una gota de agua.

—Puede que sea esta misma noche. Porque ese incendiario siempre

ataca dos veces en la misma localidad.

—Parece como si el clima y el autor de los incendios fueran cómplices.

—Empieza a soplar el aire. El viento me hace sentirme inquieta.

—Según la policía, el primer objetivo del pirómano es el pabellón de deportes, y el segundo, el edificio principal de cada escuela. Con este viento no hay duda de que el fuego que se origine en el edificio principal flameará y se extenderá a las montañas.

—Pero lo que no se sabe es si será de día o de noche.

—Como los domingos no hay nadie allí, podría ser hoy mismo, a mediodía.

Habitualmente, Sakiko no prestaba la más mínima atención a las conversaciones de las amas de casa, pero, dado que el tema del día era el incendio, se sintió atraída y se quedó junto a ellas, aunque sin participar en la charla. Cuando una de las mujeres inclinó la cabeza ante ella, sintió algo de vergüenza y se marchó a paso rápido.

Tomó el autobús y se bajó en la parada de la estación de tren. Al contrario que en el área residencial, donde las montañas constreñían el espacio, el firmamento parecía mucho más abierto en esa zona. El cielo de la mañana se había extendido como una capa azul, sin una sola fisura. Como no había humedad, ese azul resultaba virgen, sin nada que lo enturbiara. El color puro y el aire fresco se unían en un equilibrio perfecto. La continuidad día tras día del azul le hizo sentir a Sakiko como si, tras el cielo, tocaran un tambor y una fiesta invisible estuviera en su apogeo.

—Ay, qué sed tengo —se dijo Sakiko. Paradójicamente, en el aire frío del pleno invierno sólo sintió sed, un deseo que le llegó al observar el cielo limpio e inmutable.

—Sabía que vendría —sonó una voz masculina.

—¿Lo sabía con certeza? —preguntó Sakiko al levantar la vista y ver al agente de policía que bajaba la escalera ancha y blanca y se dirigía a ella. Era el edificio de la policía.

—Es usted un poco malvada. Aunque tiene información, la oculta y sólo me da una pequeña muestra de vez en cuando. Sabe algo sobre el presunto autor del incendio, ¿verdad?

El agente le indicó con la mano que subiera la escalera. Fue un gesto similar a una orden.

«Por supuesto que lo sé», dijo Sakiko para sí.

Con cierto reparo, aunque impelida por el deseo de saber más sobre la persona que había provocado el incendio, Sakiko subía las escaleras peldaño a peldaño. Las paredes del edificio, reformado recientemente, eran lisas y estaban revestidas en su totalidad de un blanco inorgánico. El cuarto al que la condujo el hombre no parecía una sala de interrogatorios, y en la entrada había un cartel que indicaba

«RECEPCIÓN Sala 3».

—Por favor, cuénteme todo lo que sepa. Como le dije el otro día, prometo no causarle ninguna molestia —dijo el agente con una forzada expresión de sosiego.

Sakiko se sentó frente a él; había una mesa entre ambos.

—Quisiera que me explicara todo, en detalle, desde el principio. —Sakiko miró fijamente a los ojos del agente, consciente de que sus ojos brillaban con excesiva intensidad.

—Tanto el primer como el segundo caso sucedieron en escuelas de primaria, ¿cierto? Y, por supuesto, el tercero ocurrirá también en un colegio —dijo Sakiko para iniciar la conversación.

—Parece que llegó en bicicleta. Esto se ha descubierto más tarde, pero justo un poco antes de que comenzaran los incendios se vio una bicicleta aparcada en las proximidades; tenemos testigos en ambos casos.

—Bien. Es tal como pensaba.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Las evidencias son la bicicleta y la botellita de whisky —continuó Sakiko por su cuenta. Recordó que había una bicicleta en el trastero de la vivienda de sus caseros. Y que en el jardín trasero, donde se dejaba la basura, había botellas pequeñas de whisky porque el casero las bebía con frecuencia. —Aquella noche…, concretamente, ¿qué día de qué mes sucedió? —preguntó Sakiko trabándose al hablar.

—El primer caso tuvo lugar el veintinueve de enero. En torno a las diez de la noche.

—Esa noche yo estaba en casa, pero mis caseros estaban ausentes, por tanto, no hay nadie que pueda asegurar que yo estaba allí.

—Qué cosas más extrañas dice. Éste no es un caso para tomar a broma —le cortó el agente y la miró con unos ojos que parecían piedras de vidrio.

—Creo que el segundo caso tuvo lugar a mediodía, ¿no? ¿No sería, por casualidad, un sábado?

—Así es. El tres de febrero. Sábado. Fue en torno a las once de la mañana.

—Vaya problema.

—¿Qué ocurre?

—Los sábados tengo el día libre. Si tuviera que acudir a mi trabajo, no tendría tiempo material para ir al colegio de primaria. Pero como era sábado y tenía el día libre, estuve en casa. Aunque asegure que no salí de casa en ningún momento, nadie podría confirmarlo. El matrimonio de caseros lleva ausente toda la quincena.

—Usted se apellida Namioka, ¿no?

El agente adelantó un poco el cuerpo sobre la mesa para dirigirse a Sakiko y mirarla de frente.

—Me apellido Yamakawa. Mi nombre completo es Sakiko Yamakawa.

—¿Conoce la escuela de primaria número uno de la ciudad limítrofe?

—Sí, un conocido mío vive en esa zona. Es un edificio de madera que está junto al río.

—Y por supuesto conoce la escuela de primaria R que se encuentra al final de esta ciudad.

—Qué extraño que siempre se incendien los colegios que yo conozco.

Un silencio repentino se interpuso entre ambos. Podía oírse el sonido del segundero de un reloj. Sakiko observó con detalle el interior del cuarto. No había ningún reloj. Pero en algún lugar un reloj marcaba los segundos, tic, tic, tic, tic, con precisión, esperando una respuesta.

—Al final, todo se resolverá. Se descubrirá la verdadera figura de quien ha provocado los incendios.

—El primer caso tuvo lugar por la noche; el segundo ocurrió a mediodía. Parece que la incendiaria fue volviéndose codiciosa poco a poco —dijo Sakiko algo aturdida.

—¿Por qué lo dice?

—Al principio sólo quería disfrutar del espectáculo de las llamas que se levantaban en el corazón de la penumbra. Algo hermoso en sí mismo.

—Y luego, ¿qué? —preguntó el agente con impaciencia.

Sakiko sintió una opresión en el pecho, como si fuera a expulsar sangre por la boca.

—La autora cambió de objetivo. Pasó de un incendio nocturno a un fuego a mediodía. Y eso se debe a los niños.

—¿Qué pasa con los niños?

Sakiko pensó en esos seres denominados niños pequeños. Niños de educación primaria, sobre todo los de los cursos inferiores; niños que hieden a carne, incapaces de hacer cualquier cosa más que emitir gritos agudos, ruidos molestos al oído. La persona que provocó los incendios quería matar a esos niños pequeños quemándolos; al arder, el olor se esparciría. Los niños que estuvieran encerrados y hacinados en un espacio pequeño se abrasarían vivos totalmente. No arderían en un momento, sino que morirían envueltos en llamas, rodeados de humo, y gritarían igual que las cigarras mientras se iban consumiendo poco a poco.

—El incendiario es, sin ninguna duda, una mujer.

—¿Por qué prendió fuego esa persona?

La entonación del agente, seca y distinta a la que había utilizado hasta entonces, despertó a Sakiko de sus elucubraciones y le hizo

sentir que salía a flote desde la profundidad de su ensueño.

—¿Quién? ¿Esa mujer?

—Nadie ha dicho que sea una mujer.

«Lo hice yo». Sakiko se atrevió a decir esas palabras sólo para sí, sin que se oyeran. Sintió como si un hierro al rojo vivo le bajara por la garganta y le penetrara en el centro del cuerpo.

—¿Me puede dar un vaso de agua? —dijo, esta vez en alto, olvidando por un instante dónde se encontraba.

El agente se levantó y salió del cuarto. La habitación, la salita de una recepción vacía, una pared brillante y resbaladiza totalmente lisa, una mesa de metal, un sofá y un sillón de piel sintética; eso era todo. Sakiko aguzó la vista, su mirada atravesó todos y cada uno de esos objetos y llegó al interior de sí misma. Eso que sonaba con tanta intensidad, ¿eran sus propios latidos?

El agente reapareció. Traía un vaso lleno de agua.

—Esta sucesión de días de sol me vuelve sedienta —dijo Sakiko y se bebió el vaso de un trago. —Es extraño; a pesar del frío que hace, da la impresión de que el buen tiempo continuo lo seque todo, hasta la garganta —siguió hablando Sakiko sin que el agente, que continuaba mirándola, pronunciara una sola palabra.

«Lo hice yo», volvió a decir Sakiko para sí. No tenía coartada, no había pruebas que descartaran que lo había hecho ella. En su casa había una bicicleta, había pequeñas botellas de whisky, había queroseno para la estufa.

Sakiko miró hacia abajo para observar la caída del crepúsculo sobre la ciudad. Se encontraba en la planta de arriba de una cafetería. Había elegido una mesa junto al ventanal y, desde allí, miraba fijamente la entrada de los grandes almacenes que quedaban al otro lado de la avenida principal. El ventanal, un gran panel de vidrio, ocupaba toda la fachada, así que Sakiko podía ver con nitidez a través de ella los autobuses, los taxis y las personas que transitaban por la avenida. Dado el grosor del vidrio, ningún sonido del exterior llegaba a filtrarse.

Cuando Sakiko reconoció la figura del hombre que había ante la entrada de los grandes almacenes, su excitación se disparó. Había quedado con él en que se verían en ese lugar a las cinco y media de la tarde. Ahora eran las cinco y veinticinco. La oscuridad en el exterior aún no era completa y los anuncios luminosos de neón adquirían una apariencia extraña, como de algo irreal. El hombre permanecía de pie, quieto, justo en mitad de la entrada; las luces que brillaban sobre él, a ambos lados, lo iluminaban nítidamente; el hombre movía la cabeza de derecha a izquierda y miraba en dirección al punto por el que suponía que aparecería Sakiko; es decir, su vista apuntaba al lugar en

el que Sakiko, en ese momento, estaba sentada observándolo. La iluminación que caía del techo de la entrada e inundaba el lugar con su luz confería la sensación de que el hombre, cuyo menor movimiento podía apreciar Sakiko con detalle, se encontraba sobre el escenario de un teatro. Su frente atractiva, cuyo pelo comenzaba a perder densidad, resplandecía con la luz; el abrigo, con un corte semejante al de una gabardina, le sentaba muy bien dada su alta estatura. El hombre miró su reloj de muñeca. En ese mismo instante, Sakiko miró también la esfera de su reloj. Era las cinco y treinta y ocho. ¿Cuántos minutos, cuántos minutos más, cuántos diez minutos más, cuántos veinte minutos más esperaría el hombre? ¿Hasta cuándo sería capaz de esperar?

Con la mirada clavada en la figura del hombre, Sakiko recordó la conversación que había tenido con él ese mismo día, a mediodía.

—¿Has leído el artículo sobre el caso de viruela en el periódico? —era lo que le había preguntado el hombre durante la pausa para la comida. Los dos trabajaban en la misma empresa. Había un artículo en el periódico que recogía la historia de una turista que había viajado a la India y, a su regreso, había sido diagnosticada de viruela.

> «Acudan al edificio de la junta municipal para recibir la vacuna». Ése es el mensaje que lanza, por megafonía, el vehículo municipal que recorre el vecindario en la fría y oscura madrugada para animar a la vacunación. Ciudadanos despistados e inquietos, una cola inmensa que se prolonga hasta altas horas ante el edificio de la junta de distrito. Una madre con el bebé en brazos. Un joven que da la mano a su abuela. Son los ciudadanos que han acudido a la llamada con tanta urgencia que apenas se han puesto algo de abrigo por encima para salir. En el amplio pabellón se percibe el olor del desinfectante. Los grupos rodean a los funcionarios y a las enfermeras, ataviadas con bata blanca y mascarilla. «¿También los niños pequeños tienen que vacunarse?», pregunta una madre joven. «¿Tenéis vacunas suficientes para todos?», preguntan los hombres mayores. «Todo está controlado. Por favor, estén tranquilos». La voz serena de la enfermera consigue que todos se calmen.

—Menos mal que no ha sido en mi zona. Me imagino que todos pensamos lo mismo, ¿no? Nos sentimos aliviados de que no nos haya pasado a nosotros —le había dicho el hombre. Estaba en un espacio de la azotea donde daba el sol, junto al tubo de ventilación del edificio.

—Yo no estoy de acuerdo —contestó Sakiko con una media sonrisa floja.

—¡Vaya! Así que no te importaría contraer la viruela y enfermar.

—No sé por qué todos se asustan tanto.

Sakiko recordó la foto del periódico. En una imagen de gran tamaño se veían madres de rostros desesperados con niños en brazos y que aguardaban su turno en fila. Querían conseguir la vacuna cuanto antes y, ansiosas por estar preparadas lo antes posible para recibir la inoculación, se habían descubierto ya los hombros carnosos.

—«¡Quiero vivir, quiero desesperadamente vivir!». Esa agonía es lo que transmiten las mujeres de la foto.

—Es mejor no enfermar de viruela que enfermar.

—Me molesta que nadie piense que su vida no tiene ningún valor. Y como no lo piensan, acuden con esos rostros de desesperación a que los vacunen a toda costa. No aguanto a ese tipo de gente.

—Entonces, ¿tú por qué vives?

—No tengo ninguna razón para morir.

—Hablas de una manera bastante indolente.

—Pues es la verdad. Es la respuesta más sincera que puedo darte.

—¿Nos vemos esta noche? —dijo el hombre en ese momento. Las conversaciones con hombres solían transcurrir de esa manera. Cuanto más extraños fueran los comentarios que hiciera Sakiko, más interesados se mostraban los hombres en quedar con ella.

A través de la ventana, Sakiko continuó con la vista fija en la figura del hombre que la esperaba inmóvil a la entrada de los grandes almacenes. El hombre volvió a mirar el reloj de muñeca. Y, de nuevo, Sakiko hizo lo mismo. Las cinco y cincuenta y dos minutos ya. Habían pasado, por tanto, veintidós minutos desde la hora a la que se habían citado. Parecía que el hombre comenzaba a ponerse nervioso. Repitió una y otra vez, mecánicamente, los movimientos que había hecho antes, como meter las manos en los bolsillos del abrigo y cambiar rápida y continuamente la dirección de su mirada. De pronto se dio media vuelta y se metió en los grandes almacenes. Justo tras la entrada se encontraba la sección de complementos de moda para mujer. Tal vez pensó que Sakiko podía estar curioseando en esa zona. Como el hombre había entrado, Sakiko no podía contemplar su figura entera, que ahora aparecía cortada, aunque aún podía ver su parte inferior y distinguir los zapatos color chocolate que brillaban bajo la iluminación interior del comercio; los zapatos se quedaron ahí parados durante unos minutos. Luego, el hombre regresó al mismo lugar de la entrada. Dos semanas antes, Sakiko se había citado con otro hombre en ese mismo lugar. Éste había aguardado de pie, en ese lugar, treinta y dos minutos. ¿Tendría más paciencia el hombre de la cita de hoy?

Sakiko quería medirlo. En realidad, su interés enfermizo por los hombres consistía en observarlos a través de esa técnica. Si comparaba esto con verse en persona con uno de ellos y tener una conversación, un encuentro de estas características era sin ninguna duda más excitante. Pensó si se atrevería a traer unos prismáticos para la próxima cita. Probablemente repetiría el juego con unos cuantos hombres más. Aunque sabía que, más pronto que tarde, esto también le resultaría aburrido.

—Disculpe. Perdone que la moleste. ¿Le importaría compartir la mesa? —le preguntó el camarero. Había pasado más de media hora

desde que se había tomado el café y lo único que había hecho desde entonces era mirar por la ventana; el camarero le estaba insinuando que se levantara y abandonara la cafetería.

A pesar de que Sakiko no respondió, una pareja joven se sentó a su mesa. La chica se situó frente a Sakiko, de forma que, si se iba, el chico podría ocupar su lugar y la pareja podría mirarse a la cara. Tal vez fuera imaginación, pero Sakiko sintió que, al no dar ninguna señal de que fuera a levantarse, los otros comenzaron a lanzarle miradas hostiles.

—Mira, ahí se ha quedado una mesa libre —dijo el hombre alargando el cuello. Un grupo de cuatro personas se puso en pie y abandonó la mesa, que quedaba algo alejada de donde estaban.

—Vaya, ya nos la han quitado —dijo la chica con una melosa voz aguda. De inmediato, otro grupo ocupó la mesa libre. El chico y la chica miraron a Sakiko y le enviaron por encima de la mesa miradas acusadoras, reproches inculpatorios.

Sakiko desvió la mirada hacia la entrada de los grandes almacenes, que había abandonado durante unos instantes. El hombre con el que había quedado aún aguardaba de pie en el lugar de la cita. Salió de los soportales del establecimiento y, en la acera, miró al cielo y gesticuló. Daba la impresión de que estaba comprobando si iba a llover, pero esa noche no había el más mínimo indicio de lluvia.

En ese momento Sakiko tuvo una percepción extraña. Sintió como si la acusación que le habían dirigido el chico y la chica que se habían sentado frente a ella por casualidad, en realidad se la hubiera lanzado el hombre con el que se había citado, y lo hiciera a través de la pareja, de cuyos ojos se había adueñado y con los que le lanzaba esa mirada oscura. A esa sensación se superpuso otra, la de los ojos amenazantes con los que la había observado aquel agente de policía.

Entonces, un incendio imaginario rebrotó en el interior de Sakiko. Las llamas, al tiempo dolorosas y placenteras, fundidas de forma que no podía distinguir dolor de placer, llamas reales envueltas en humo y acompañadas por los gritos de los niños, ardieron dentro de ella. El incendio había sido la noche del jueves. La noche del viernes vio al agente de policía por primera vez y volvió a verlo el sábado y el domingo, de día. Era lunes y el asunto aún no se había resuelto.

Sakiko recordó lo sucedido la víspera con un sentimiento más bien agridulce. En el jardín trasero, en el lugar donde se dejaba la basura, había cinco o seis botellas de bolsillo del whisky que el casero bebía y abandonaba allí.

La noche anterior Sakiko había cogido una de esas botellas y la había llenado con el queroseno que se utilizaba para alimentar la estufa. En condiciones normales, Sakiko tenía que ponerse ropa de abrigo cuando salía a la calle para que el aire frío no le provocara un

resfriado, pero durante el tiempo en que estuvo llenando la botella no percibió nada de frío; al contrario, sentía como si tuviera un carbón encendido en la mano con la que sujetaba la botella llena de queroseno. En su interior, en algún lugar profundo, comenzaron a sonar unos latidos que parecían brotar de un tambor siniestro, emergían y retumbaban en la amplitud infinita del espacio. Sakiko cerró la botella con un tapón y la dejó en la oscuridad del jardín. Nada más retroceder dos o tres pasos, la botella desapareció de su vista, pero fue consciente de que, tras la penumbra, en ese lugar quedaba algo horrible, algo semejante a la fragilidad de un recién nacido que respiraba en el fondo de la negrura.

Sakiko dio dos o tres pasos y miró atrás.

—Con esto he concluido la evidencia —dijo en voz muy baja. Entonces, sin saber por qué, se sintió tranquila y tras regresar a su cuarto durmió profundamente.

La pareja de jóvenes que se había sentado frente a ella ya no estaba. Tal vez se habían ido a otra mesa. Sakiko volvió a mirar a la entrada de los grandes almacenes a través del cristal. El hombre de la cita aún estaba ahí, esperando.

Como de costumbre, Sakiko recibió el aire fresco del día a las siete de la mañana. También hoy hacía sol. En el cielo se extendía el suave azul perenne sin una sola nube que lo manchara. Las montañas estaban próximas al lateral de la calle en el que se alineaban la casa que alquilaba Sakiko, la vivienda de la anciana y el colegio de primaria. El azul del cielo contrastaba de forma asombrosa con el tono blanquecino de los hierbajos resecos que se extendían bajo los árboles.

«Todo el mundo está esperando la lluvia con la boca entreabierta. Pero no llueve, ¿verdad? Ay, por favor, una gota de agua. A pesar del frío que hace, el aire nos seca la garganta. ¿Por qué se repite esta situación? Qué extraño que un cielo tan azul nos parezca una cosa tan horrible. Algo va a pasar. No hay duda, pronto va a ocurrir algo…».

En esta interminable monotonía de buen tiempo, de pronto se alza la cabeza de alguien que provoca un incendio. No se trata de una persona de personalidad insidiosa ni violenta. De ese cielo de un azul sin mezcla tan perfecto y brillante que parece que lo hayan pintado al óleo, emerge de pronto una voluntad, como recortada a tijera en ese cielo, y comienza a extenderse, con el don de la ubicuidad, por todas partes. *Eso* nace y penetra con sigilo en el ánimo de todos, de cada persona a la que no le llega la lluvia. Se mezcla con la gente y la habita. Basta una mínima oportunidad, algo inesperado, para que eso azul cobre vida en el interior de alguien, brote al exterior y ejecute el acto. Pero, en realidad, eso no existe físicamente en ningún lugar.

En el camino para ir al trabajo, Sakiko vio al agente de policía que

se acercaba hacia ella. Sakiko ensayó una sonrisa y se dirigió, directamente, a su encuentro. ¿Le pediría él que se sometiera al polígrafo para comprobar si decía la verdad? Pensó que, si se expusiera al detector de mentiras, con toda probabilidad sus respuestas serían idénticas a las de la autora de los incendios. Sakiko caminó en paralelo al seto de la casa vecina. A cada instante el azul del cielo se volvía más luminoso y, muy pronto, el día se convertiría en una jornada de intenso sol. Sakiko no podía saber si la anciana seguía aún en cama o se había levantado y había salido, pero la casa parecía sumida en la oscuridad y el silencio. De la parte sur de la vivienda llegaba un sonido sordo, intermitente, como si alguien tratara de sofocar la tos. De repente se escuchó una voz:

—Fui yo quien prendió fuego. Fui yo quien prendió fuego.

Quien hablaba no era otro que el miná sagrado. Parecía la voz de la anciana, pero sonaba algo diferente, menos aguda que la que utilizaba habitualmente la mujer cuando hablaba con los demás. Sonaba como si mascullara para sí. Una risa animada brotó a la garganta de Sakiko. La distancia entre Sakiko y el agente se hacía cada vez más corta.

—Aprecio su empeño. También hoy trabaja desde muy temprano —dijo Sakiko, tratando de agravar su condición de sospechosa ante el agente.

—Ése es mi trabajo. Vigilar —contestó el agente a medida que se aproximaba a ella.

—¿Vigilar? Parece que las cosas ya están fuera de su alcance —dijo Sakiko mientras movía la cabeza para señalar la casa vecina. Sin embargo, aquella voz ya se había callado y sólo se escuchaba un cof, cof, cof semejante a una tos sorda.

—¿Por qué? —preguntó el agente y se detuvo en seco. Sakiko abortó el impulso de responder a esa pregunta. Las palabras que deseaba decir eran: «No sólo yo, también mi anciana vecina ha empezado a volverse loca».

Anoche Yoko soñó con su difunto marido. El sueño transcurrió así: avanzaba hacia Satokichi y cuando se aproximaba, él se volvió hacia ella, le mostró un rostro hosco y continuó caminando despacio, pero a zancadas, al borde de la piscina. ¿Por qué puso esa cara? Paralizada por ese gesto, Yoko se quedó allí inmóvil.

La vida en común de ambos había sido breve. Su matrimonio había durado tres años. En ese tiempo Satokichi nunca había mostrado un rostro irracional semejante al del sueño. Ese gesto sombrío que emanaba de la cara de Satokichi se introdujo en el corazón de Yoko y la contagió con su grisura. Por momentos, esa sensación fue creciendo en su interior hasta hacerse real. En la orilla de la piscina, donde todo brillaba con una luz demasiado intensa, se había extendido una sombra tétrica. En el hotel, construido al borde del mar, había una luminosidad excesiva; su resplandor caía del cielo y emergía del mar, rebotaba en las inmaculadas paredes blancas y proyectaba un chorro de luz constante. Sin embargo, Yoko sintió que esa sombra que acababa de nacer crecía, se extendía poco a poco por todo el lugar y llegaba a ocupar la playa pese a la luminosidad y el calor que ésta tenía.

En el sueño parecía verano porque, a pesar de que Yoko iba cubierta de la cabeza a los pies, Satokichi caminaba por la orilla de la piscina vestido sólo con un bañador. Su cuerpo atlético, fruto de muchos años de práctica del tenis, comenzó a alejarse dándole la espalda a Yoko. Considerando que cuando se distanciaba de ella sus pasos resultaban alegres, el rostro que había mostrado momentos antes podía entenderse como un gesto de rechazo, como una señal que le indicaba a Yoko que era un estorbo. No había nadie alrededor. La piscina estaba vacía. Tras la sucesión de días calurosos de los últimos tiempos era posible que el agua se hubiera evaporado del todo. En el fondo de la piscina había adherido algo parecido a limo, un sedimento que había formado una capa con el agua y, al evaporarse, se había convertido en una costra seca y crujiente plagada de grietas. Yoko colocó la mano sobre los ojos, como haciendo una visera, para protegerlos de la luz. Como todo lo que había en torno a ella brillaba tanto que deslumbraba, Yoko intentó mirar bajo esa visera para poder ver. Satokichi continuó su camino, descendió a la piscina por la escalera metálica y, al llegar al fondo, siguió andando sobre el cemento, alejándose más de ella. De un modo extraño, al final de la piscina, en la pared, había cinco duchas alineadas y separadas entre sí por un espacio idéntico. Sólo de una de ellas, de la del centro, el agua

brotaba y manaba como si fuera una cascada blanca. Yoko imaginó que Satokichi se dirigía allí para darse una ducha y lo observó avanzar. Entonces, desde el interior de esa cascada blanca emergió un seductor brazo femenino, desnudo, y atrajo a Satokichi. Como si estuviera impaciente por el acercamiento lento del hombre, el brazo salió aún más. Cuando hizo ese movimiento, Yoko pudo observar la figura de la mujer cuyo brazo acababa de aparecer. Su corazón emitió un intenso y contundente latido. La mujer era Haruyo, la hermana mayor de Satokichi. Llevaba un bañador azul marino que hacía destacar su piel blanca. Yoko no podía ver con claridad a Haruyo en la distancia, pero sí pudo percibir que sonreía a Satokichi y que esa sonrisa emitía un resplandor semejante al *flash* de una cámara de fotos. En el límite de su campo de visión, Yoko observó, pasmada, cómo Haruyo atraía a Satokichi al interior de la cascada blanca y cómo desaparecían juntos en ella.

La luz de verano junto a la orilla del mar es siempre excesivamente brillante. Sin embargo, en el interior de esa luz excesivamente brillante resplandecen innumerables moléculas de oscuridad. Si se contemplan únicamente esas motas oscuras, el entorno se oscurece poco a poco y la densidad de las tinieblas se extiende. Aun así, qué cegador resulta.

Yoko colocó su mano sobre los ojos y miró fijamente al lugar en el que había sucedido aquello que acababa de ver.

«¿Por qué he tenido este sueño?», fue lo que pensó una y otra vez tras despertar.

Mientras meditaba sobre eso, recordó que, tiempo atrás, había tenido otro sueño en el que aparecían Haruyo y Satokichi. No recordaba nada de aquel sueño. Lo único que tenía claro era que la mujer que acompañaba a Satokichi era Haruyo. Si no recordaba aquel sueño y el olvido se lo había llevado, se debía a que entonces no le había dado demasiada importancia, pero ahora le resultaba incomprensible que hubiera soñado dos veces con Haruyo y Satokichi juntos. Durante los tres años de su vida como mujer casada Yoko nunca había sospechado de esa clase de cosas, es decir, no desconfiaba de la relación que pudiera tener Satokichi con otras mujeres. Satokichi era en sí mismo un hombre amable y su comportamiento era el de un marido atento en todos los aspectos. ¿Acaso esa excesiva amabilidad podía entenderse como una especie de máscara bajo la cual ocultar la realidad?

Tumbada en la cama boca arriba, Yoko daba vueltas una y otra vez a ese pensamiento. Los pasos de alguien que caminaba por el pasillo de hormigón, al otro lado de la pared, sonaron con regularidad. Yoko utilizaba como dormitorio la habitación situada en la parte norte del piso. Tras el fallecimiento de Satokichi se acostumbró a levantarse

tarde cada mañana, y como dormía pegada al pasillo podía escuchar, justo detrás de su cabeza, cada uno de los pasos de quienes caminaban por él. En mañanas como ésa, cuando estaba abstraída en sus pensamientos, sentía como si la gente zapateara sobre lo más íntimo de las obsesiones que le nacían dentro de la cabeza y, desde ella, se extendieran como rayos al mundo exterior.

Yoko miró el reloj; faltaban unos minutos para las nueve. Dejó el dormitorio oscuro que sólo tenía una pequeña ventana, entró en el comedor que daba al sur y abrió la cortina. Los rayos de sol, cuya intensidad había aumentado por la cercanía de la primavera, bailaban sobre las hojas de las plantas ornamentales del balcón. En la azotea del edificio contiguo ondeaban las ropas blancas de la colada que las amas de casa madrugadoras habían tendido, y esa blancura que reflejaba el sol de la mañana se clavó en los ojos de Yoko.

Más que la intensidad de los rayos de sol, lo que percibía desde el interior de sí era la presencia sofocante de la luz a la orilla del mar, en pleno verano, que emanaba de su sueño y permanecía en ella. Sentía como si estuviera allí, de pie ante esa orilla del mar en mitad del verano, y allí recordara las plantas del balcón de su piso y la colada tendida de las vecinas bajo el sol de primavera.

Yoko deseó regresar lo antes posible a su rutina diaria y dio unos pasos en el comedor; sin embargo, estos pasos y el acto de asearse, que llevaría a cabo cuando esos pasos finalizaran en el cuarto de baño, le parecieron algo falso. «¿Habría algo, ahora mismo, que no resultara falso?», pensó Yoko al detenerse, de pronto, junto a la mesa del comedor.

¿Por qué habían aparecido de aquella manera Satokichi y su hermana, Haruyo, en el sueño? En el sueño, todo lo que rodeaba a ambos destilaba una sensación sensual, voluptuosa. Como si todo estuviera envuelto por algo incandescente, algo que podía arder al tocarse, y en cuyo interior ambos habían penetrado.

Yoko contemplaba al mismo tiempo esa escena y el teléfono que descansaba en la mesa. Llevaba la vista consecutivamente de un lugar al otro, del teléfono a la piscina cercana a la playa. Sentía como si tanto la escena de verano como el objeto que se encontraba ante ella se encontraran en el mismo plano.

Yoko cogió el teléfono. Sintió que, dada su condición en ese momento, ese acto era el único que podía hacer que no le resultara falso. El tiempo que se demoró en buscar en la agenda con la mano derecha no le había parecido muy largo; sin embargo, el trrr trrr de advertencia que se activaba cuando transcurría un rato con el teléfono descolgado sin que nadie marcase, comenzó a sonar. Yoko colgó. Pero ese sonido, trrr trrr, parecía continuar como si le advirtiera de algo. ¿De qué le

advertía? Puede que le dijera «marca inmediatamente»; puede, más bien, que le ordenara «deja de hacer tonterías».

Por fin Yoko encontró el número y finalmente, casi sin querer, lo marcó.

El tono de la llamada sonó durante un buen rato. Eran cerca de las nueve, pero tal vez ya hubieran salido de casa. Yoko esperó con paciencia.

—¿Diga? —contestó una voz aguda, apagada por el sonido de una respiración ahogada.

—¿Cuñada? ¿Es mi cuñada? —dijo Yoko, pues no estaba segura de a quién pertenecía esa voz.

—Ahora no puede ponerse. Ha llamado a un taxi y nos está esperando a la entrada de casa. Yo he entrado porque he oído el teléfono —dijo la niña, que iba a la guardería. Parecía que hoy no iba a ir.

—Pensaba ir a visitar hoy a tu madre. Soy Yoko. Dale el recado.

«¿Qué pretende hacer esta mujer cuando encuentre a Haruyo?», se preguntó Yoko al analizar su propia actitud. De todas formas, tenía que hacerlo. El aire de aquel sueño continuaba presente; la necesidad de encontrarse con Haruyo se había impuesto como una corriente eléctrica que hubiera surgido del sueño, a pesar de que Yoko ya se había despertado y estaba allí, de pie, hablando por teléfono.

—No estará en casa durante el día. Venga por la noche —contestó la niña precoz con un tono idéntico al de Haruyo.

—¿Adónde va a ir tu madre? —le preguntó. Yoko imaginó que el destino de Haruyo era aquel hotel de vacaciones con una piscina junto al mar.

—Vamos a ir todos a casa de la abuela. ¡Hasta luego! Nos espera el taxi —dijo la niña y colgó bruscamente el teléfono.

Ese tono como de rechazo, pese a que partiera de una niña que lo había hecho sin segundas intenciones, intranquilizó aún más a Yoko.

Tras la llamada se aseó y tomó el desayuno.

«Ya está. Yo también voy», se le ocurrió a Yoko. Haruyo y los niños se dirigían en ese momento a la casa en la que vivía, sola, la madre de Satokichi. Hacía diez meses que Satokichi había fallecido y, desde entonces, los gastos se habían convertido en un motivo de preocupación. Para Yoko era el momento de tomar una decisión sobre su futuro. Había pensado en consultar a su suegra sobre la posibilidad de recuperar su apellido de soltera y volver a trabajar.

Pensó que lo primero que haría sería pasar por los grandes almacenes para comprar un detalle, y luego, después del mediodía, iría a la casa. Como solía actuar por impulso cuando se le ocurría algo, de pronto se cambió de ropa. Cerró la ventana y corrió la cortina. De pie en la entrada contempló la habitación. Bajo la luz suave y regular

que se filtraba a través de la cortina delgada, los muebles parecían flotar lánguidamente en el cuarto. Como sólo había estado casada tres años, la casa no se había llenado de muebles ni objetos decorativos, y las cosas aún no se habían oscurecido. Apenas habían pasado tres años por el equipo de música, la mesa y las sillas del comedor, el armario, el aparador, el espejo y los marcos y, en cierta forma, aún no parecían reales del todo.

—No parecen reales —dijo Yoko en voz baja.

En ese momento Satokichi, en quien siempre había confiado, comenzó a parecerle de algún modo irreal. Eso se debía a que el sueño y cada uno de sus elementos resultaban verdaderos. El otro sueño, el que había tenido tiempo atrás, también apuntalaba esa idea.

Yoko salió de casa.

Ante ella, la luminosidad de primavera comenzaba a llenarlo todo con su esplendor. Los destellos de luz parecían flotar entre el viento y traían la típica sensación liberadora de los primeros días de abril. Pero la Yoko de hoy se negaba a ajustarse a ese sentimiento que ofrecía el aire.

¿Qué había sido esa felicidad que, había creído con certeza, disfrutó durante el tiempo que vivió con Satokichi?, pensó Yoko. Quien organizaba todo, hasta el más mínimo detalle, era Satokichi; él le sacaba seis años. Si hubiera existido algo falso en esa felicidad, habría salido a la luz en algún momento. Todos los recuerdos que había dejado a lo largo de esos tres años eran perfectos momentos de color rosa. Luego Satokichi falleció de repente, así que ya resultaba imposible averiguar la cualidad de esa felicidad.

En los grandes almacenes, Yoko compró unos dulces tradicionales para su suegra y almorzó temprano. El aura del sueño le perseguía con insistencia, sin diluirse. Sabía, por experiencia, que la persecución a la que la sometía un sueño sólo duraba un día. Era la primera vez que tenía un sueño como el de esa noche, pero había tenido docenas de veces sueños absurdos que le habían perseguido un día entero y, pese a que fueran inverosímiles, creaban una sensación de realidad. Esa sensación duraba todo el día; sin embargo, al día siguiente, la persecución se desvanecía sin dejar rastro. Que el límite temporal se circunscribiera a un día constituía un misterio para Yoko. En cualquier caso, si aguantaba un día, el sueño acabaría desapareciendo. No obstante, sintió que, antes de que desapareciera, tenía que ver a Haruyo a toda costa porque deseaba descubrir alguna cosa desconocida de Satokichi, y esa conversación podría darle alguna pista.

Caminaba delante de un cine; junto a la entrada había un cartel publicitario colgado, un anuncio pintado con colores brillantes. De inmediato, Yoko desvió la mirada y la posó en él. El cartel mostraba el

cuerpo de un hombre inclinado hacia delante cuya cara representaba el preciso instante del sufrimiento. De la frente y la boca le manaba sangre fresca; tras él, de pie, había otro hombre; abría los brazos con un gesto expresivo, y su rostro, morado, reflejaba aturdimiento o miedo. Sería parte de una secuencia de la película, una historia de crímenes en la que alguien disparaba al hombre que caía.

Yoko solía ir al cine con Satokichi y prefería ver este tipo de películas del género negro, pero desde que él había fallecido en un accidente de tráfico era incapaz de ver cualquier cosa en la que apareciera sangre. Yoko no había presenciado el accidente. Cuando volvió a ver a Satokichi tras el accidente, ya lo habían limpiado, aunque las heridas estaban marcadas en esa cara pálida que semejaba una figura de cera. Sin pretenderlo, cuando Yoko lo vio, imaginó lo que no habría soportado ver. Además, se le habían roto todos los huesos de los diez dedos de las manos, de forma que ni siquiera pudieron cerrárselas juntas en un gesto de oración.

Para alcanzar desde Tokio la pequeña ciudad en la que vivía su suegra era preciso ir en tren, y ese trayecto llevaba cerca de una hora. Durante el viaje, Yoko no pudo pensar en nada que no fuera Satokichi.

Recordó cómo eran las facciones de su marido. Daba la impresión de que en esos rasgos se encontraba el rastro de una herencia occidental. Probablemente esa sensación la producía la marcada definición de los rasgos cóncavos y convexos de su rostro, su nariz alta y la prominente cuenca de los ojos, junto a la proporción inusual entre el tamaño de la cabeza y del resto del cuerpo. Su piel, sin embargo, era algo más oscura que la de los occidentales, de forma que el conjunto hacía pensar en un origen algo más oriental, donde Occidente se acercaba a Oriente. Con frecuencia, la gente le comentaba con guasa lo curioso de su apariencia. Satokichi trabajaba en una sociedad mercantil, y la peculiar forma de tratar a los demás, llena de cortesía, que cultivaban los que se dedicaban a ese negocio, afectaba hasta a su relación con Yoko. Aparentemente era un marido perfecto, alguien a quien no se le podían encontrar defectos.

¿Había sido esta actitud una máscara? Eso es lo que continuó pensando Yoko.

¿Por qué, de repente, habían aparecido Satokichi y su hermana, Haruyo, para quebrar violentamente el recuerdo feliz, semejante a un cuadro, que guardaba Yoko?

Yoko bajó del tren y subió al autobús. Si contaba el tiempo total del viaje, desde la puerta de su apartamento hasta la casa de su suegra, sumaría en torno a dos horas. Miró la hora y vio que ya era casi la una de la tarde. Una buena hora para ir de visita. Bajó del autobús. El aire lleno de polvo y el gas que salía de los tubos de escape se le pegaba a la cara algo sudada, igual que en la ciudad. Sin embargo, apenas se

desvió un poco del camino principal sintió el aire puro penetrar en sus pulmones hasta el fondo, como agua transparente. En ese aire podía percibirse un aroma de flores.

Yoko echó la vista al frente. Delante de ella había una casa grande rodeada por una cerca de madera sin tratar y un cerezo en el esplendor de su floración. Al respirar con fuerza ese aroma sintió como si su propio cuerpo se fuera tiñendo del color de las flores del cerezo.

Al continuar andando vio, a la derecha, el colegio de primaria. Lo habían derribado para reformarlo o había ardido, porque ni el edificio de madera ni el pabellón deportivo que había visto en otras ocasiones estaban en pie y sólo se veía la estructura de hierro. Parecía que los obreros se habían tomado el día de descanso; las clases se darían en otro lugar, así que todo el complejo escolar, en absoluto silencio, brillaba bajo una luminosidad propia de un espejismo.

En casa de la suegra, el candado de la cancela y la cerradura de la puerta siempre estaban echados. Después de tocar el timbre una y otra vez, Yoko pudo oír, al fondo de la casa de estilo japonés tradicional, una voz como si fuera de un pájaro, seguida por unos pasos rápidos y enérgicos que retumbaban en el pasillo y no se correspondían con los de una anciana de 71 años. Tras esos sonidos, Yoko escuchó el ruido de la llave al girar en la cerradura de la puerta. Habitualmente, justo después de ese sonido aparecía el cabello blanco de su suegra, que con una voz exageradamente amable le decía «Oh, oh» y luego abría la cancela. Ésa era la sucesión normal de acontecimientos cuando Yoko la visitaba, pero como hoy habían ido Haruyo y sus hijos, su suegra no tenía que preocuparse por los ladrones, de modo que Yoko pudo traspasar tranquilamente la cancela y cruzar el umbral de la puerta.

—Sí, sí. Repetidlo una vez más —resonó la voz aguda, llena de excitación, de su suegra.

Yoko cruzó el pasillo que desembocaba en la cara sur de la vivienda. Todo se encontraba inmerso en la luz de un espejismo, y el olor del sol se concentraba en ese espacio luminoso.

Abuela, joven abuela,
eternamente joven, joven.
Abuela, hermosa abuela,
siempre hermosa será.

Los dos niños pronunciaban las palabras al unísono, como si cantaran.

La risa traviesa de la suegra ascendía en zigzag, rompiendo el aire apacible de primavera.

Yoko contempló la escena fijamente, sin pronunciar palabra. La suegra permanecía sentada en la habitación de invitados frente al *tokonoma,* el hueco en el que se colocan elementos decorativos dentro

del cuarto tradicional en el que se reciben visitas. Alta, arreglada, vestida con un impecable kimono, parecía contemplar en una guardería una actuación en la que los niños se movían para interpretar su papel. Al terminar de recitar las frases, los niños se cogieron de la mano y caminaron juntos hacia su abuela, hicieron una reverencia y retrocedieron unos pasos. Era obvio que ella les había dado las instrucciones.

La suegra de Yoko, que vivía sola, tenía con frecuencia ocurrencias disparatadas. Tal vez, que una persona viva sola durante mucho tiempo hace que, poco a poco, se acabe volviendo loca. Yoko descubrió que, probablemente, el hecho de que su sueño de la noche anterior la hubiera controlado de tal forma que hubiera regido su destino para encontrarse con Haruyo respondía a un tipo de demencia semejante.

—Oh, qué día tan maravilloso, hoy todos vienen a verme. No sé qué estará sucediendo —dijo la suegra mientras se levantaba para recibir a Yoko. El aburrimiento cotidiano de la mujer se había roto ante la aparición de cuatro visitantes, y esto le provocaba una alegría que podía compararse con gorriones que cantaran en el interior de su cuerpo. Por la emoción, los cristales de las gafas de montura plateada brillaron.

—¿Dónde está mi cuñada? —preguntó Yoko sin demora.

—Mamá se ha ido al mar —dijo la niña de 6 años que horas antes le había contestado por teléfono.

—Al mar. ¿A qué parte del mar? —insistió. Yoko volvió a sentir que aquella luminosidad de la orilla del mar en pleno verano le cubría los ojos.

—Mamá está durmiendo la siesta —contestó el niño de 4 años, compitiendo con la hermana.

—Vamos a tomar los dulces que nos ha traído Yoko —dijo la suegra. Entró en el cuarto de al lado, colocó el paquete encima de la mesa y comenzó a abrirlo.

—¿No está aquí mi cuñada? —volvió a preguntar Yoko a su suegra.

—Dijo que había venido porque quería ver el mar. Pero cambió de idea y ahora está durmiendo la siesta en la planta de arriba. Dice que los niños hacen tanto ruido que rara vez consigue descansar —le contestó la suegra mientras hacía ruido con los platos.

—¿Puedo subir a la habitación de arriba? —dijo Yoko incorporándose.

—Mamá está loca —interrumpió la niña.

—Mamá es una mentirosa —añadió el niño, balbuceando, para copiar a su hermana.

La suegra miró a Yoko desde el cuarto en el que estaba; sus ojos muy abiertos mostraban sorpresa por esas palabras. En ese instante

Yoko miró también a su suegra, y ésta desvió los ojos en una mirada perdida que se extraviaba en dirección a los niños.

—¡Quién ha dicho eso! —cortó la suegra poniendo voz grave.

Los niños se miraron y comenzaron a reírse.

Yoko subió la escalera y se paró en el descansillo. La vista que se apreciaba del exterior tenía un tono verdeazulado porque las hojitas nuevas de los árboles de las montañas que rodeaban el lugar estaban comenzando a brotar.

—¿Está durmiendo? —preguntó Yoko desde fuera de la habitación.

—¿Quién es? —respondió la voz nítida de Haruyo. No era del tipo de personas que duerme la siesta.

—Soy Yoko.

—No abras, no abras aún, espera un momento —dijo Haruyo azorada. Tras sus palabras, Yoko oyó el ruido que hacían algunas cosas al recogerlas. Escuchó el sonido de unos papeles finos que se rozaban entre sí, el de algo semejante a una cadenita que movían, el de un objeto metálico pesado que caía sobre un papel grueso y el sonido apresurado del cierre de una caja de papel. Luego, todo quedó en silencio.

—Adelante —dijo entonces Haruyo, pronunciando esta vez, de forma marcada, cada una de las sílabas.

—No estaba durmiendo la siesta, ¿verdad? —dijo Yoko al correr los *fusuma,* los paneles de madera y papel, para entrar en la habitación. Al penetrar en el cuarto, miró directamente a Haruyo.

En el techo de madera se reflejaban las ondas sinuosas del estanque del jardín. Puede que fuera este efecto lo que envolvía la habitación en un halo de melancolía. Yoko sintió como si hubiera penetrado en el interior de un torbellino.

—¿Quieres? —Haruyo le alargó una cajetilla de tabaco y se la ofreció a Yoko. Tras oír esas palabras, Yoko descubrió que, en el cenicero, se habían amontonado las seis o siete colillas de los cigarrillos que Haruyo había fumado.

Desde que habían acabado las tareas relacionadas con el funeral de Satokichi, Yoko no había vuelto a ver a Haruyo. Sin embargo, con Haruyo, que le había ofrecido los cigarrillos sin más, igual que haría un hombre, siempre resultaba fácil comenzar una conversación sin tener que recurrir a los preámbulos de cortesía habituales. El grado de intimidad que habían mantenido ambas en el encuentro anterior les permitió que, a pesar de no haberse visto durante mucho tiempo, se sintieran cómodas inmediatamente. Haruyo poseía la capacidad de hacer esto posible. Yoko siempre había sentido que, como mujer, no podía compararse a Haruyo, no sólo porque ésta fuera ocho años mayor. Y habría seguido manteniendo esa sensación de admiración, de no poder compararse a ella, si el sueño de la noche no hubiera

existido.

—¿No vas a fumar? —Haruyo aún sostenía la cajetilla en su mano extendida.

—Voy a coger uno.

Yoko no solía fumar, pero tomó un cigarrillo de la cajetilla. En ese instante, como si llegara enredada en el cigarrillo, apareció una imagen que había olvidado. Un día, en algún momento de su relación desde que tuvo lugar el *miai,* la presentación para conocer a alguien con fines matrimoniales, hasta que contrajeron matrimonio, Satokichi le había ofrecido un cigarrillo de igual forma a como acababa de hacerlo Haruyo.

—Gracias, no fumo —había respondido Yoko. En esa época eran pocas las mujeres que fumaban.

—Ah, es verdad, no fumas. —Satokichi había puesto cara de haberse dado cuenta de pronto y había cambiado la expresión inmediatamente. Yoko recordó que, en aquel momento, había pensado que Satokichi estaba acostumbrado a ofrecer cigarrillos a mujeres a las que les gustaba fumar. Pero, en la dulce relación que Satokichi había creado para Yoko, esta ínfima preocupación voló de su intimidad como una piedra que rebotara en ella.

—¿Ha venido para ver el mar? —preguntó Yoko. Inspiró el humo torpemente y lo expulsó de inmediato. Como no solía fumar, era incapaz de hacerlo con la elegancia de Haruyo.

—Eso han dicho los niños, ¿no? —rió Haruyo con un rostro algo melancólico. Cuando Haruyo reía, su mirada emitía un destello luminoso. En el sueño, ese destello se había convertido en un gran estallido blanco que ocupaba toda la piscina que había junto a la orilla.

—¿Conoce el mar de Ohiso, cuñada?

—No hay ningún lugar que desconozca a lo largo de toda la orilla de Shonan.

—¿Conoce el hotel Long Beach que hay allí?

Yoko sintió que había ido hasta allí para preguntar eso.

—Sato y tú estuvisteis allí, ¿verdad? —respondió Haruyo y, sip sip, aspiró el humo del cigarrillo.

—¿Cómo lo sabe?

Yoko había ido allí con Satokichi el penúltimo verano. En la piscina que sería el escenario del sueño, Yoko se quedó de pie, al borde del agua, y sólo nadó Satokichi. Sin que existiera una causa concreta, Yoko no había aprendido a nadar de niña. El sol, que parecía contener la sal evaporada del agua marina, le quemaba sin tregua; sin embargo, Yoko seguía de pie inmóvil, sin usar siquiera una sombrilla, mientras su mirada seguía la figura de Satokichi cuando nadaba en la piscina. ¿Por qué aquella vez observaba desesperadamente a Satokichi como si

temiera que desapareciera? Estaba dentro de una piscina, no en el mar, así que no había ninguna posibilidad de perderlo de vista. A pesar de que había puesto las manos sobre los ojos para evitar el resplandor solar, los círculos de luz que ascendían constantemente de la superficie del agua lo volvían todo borroso, impidiéndole una visión nítida.

—¿Por qué? —repitió Yoko.

—Porque nosotros solíamos ir siempre en verano.

—¿Usted y Satokichi?

—Sí, algunas veces, nosotros dos solos.

—No lo sabía. Cuñada, ¿tuvo alguna vez una discusión con Satokichi?

—¿Qué quieres decir? Fue una convivencia de muchos años, no podría resumirlo en unas palabras.

—Alguien dijo que cuando los veía juntos, usted y Satokichi parecían novios.

—¿Quién lo dijo? ¿Cuándo?

—No importa, acabo de recordarlo ahora. A veces, de repente, se recuerdan cosas que se habían olvidado totalmente.

En realidad, había sucedido así: nadie se lo había dicho, pero un día, en la época en la que estaban prometidos, Yoko vio a Haruyo y Satokichi caminando uno junto al otro. Aquella impresión del pasado también se volatilizó como una hoja de papel en medio de la relación dulzona que Satokichi había creado para Yoko.

—Y, entonces, ¿qué es lo que te ocurre con el mar? —Fue ahora Haruyo quien habló.

—No pasa nada. Ya no importa.

Yoko apagó el cigarrillo, apretándolo en el cenicero, y se levantó. Pensó que no tenía sentido seguir esa conversación. Al fin y al cabo, el hecho de fisgar en un sueño en busca de un significado indicaba que ella misma no estaba del todo en su sano juicio.

Yoko se acercó a la ventana orientada al norte y miró al exterior. Junto a la ventana de la planta superior de la casa de al lado, una mujer que contemplaba el cielo miró hacia ella. La altura de las ventanas y su disposición en ambos edificios eran prácticamente idénticas, de forma que casi pudieron mirarse frente a frente.

—¿Qué le pasará por la cabeza en este momento? —se preguntó Yoko. No lo pensó sólo porque ambas tuvieran aproximadamente la misma edad y semejante apariencia, sino porque no había en la mujer el más mínimo signo de alegría; daba la impresión de que estar allí de pie, en ese momento, fuera el sentido de toda su existencia. Al contrario que Yoko, turbada hasta la extenuación por el sueño, la mujer de la casa vecina semejaba la cáscara de piel de sí misma a consecuencia de la apatía o el aburrimiento. A Yoko le resultó extraño

que se hubiera establecido esa simetría entre ella y la mujer, con quien no tenía ninguna relación, al verse enfrentadas de una ventana a la otra.

Nadie las veía. ¿Qué sucedería si hicieran un pacto secreto para cambiar la vida y el destino de cada una? Mientras Yoko imaginaba eso, la mujer, que le había permitido que la mirara unos instantes, detuvo la contemplación y se escondió en el interior de su casa.

Abuela, joven abuela,
eternamente joven, joven.
Abuela, hermosa abuela,
siempre hermosa será.

De nuevo se escucharon las voces de los niños, que semejaban una canción, brotar de la planta inferior. Después, inmediatamente, llegó también la risa aguda de la suegra de Yoko.

—Sabías que madre criaba pájaros, ¿verdad? —dijo Haruyo en ese momento. Yoko abandonó la ventana y volvió a su lado.

—Sí, me he enterado de que ha comprado un miná sagrado. Y sé que antes tuvo también periquitos y capuchinos japoneses, aunque me explicó que es muy difícil criar buenos pájaros. Me contó que, pasado cierto tiempo, todos se mueren.

—No es cierto. Madre los fue matando uno a uno. A todos.

—¿Qué dice? —Yoko miró a Haruyo.

Quizás a causa de la molestia que le provocaba el humo del cigarrillo que estaba fumando, Haruyo rasgaba sus ojos grandes y con esa mueca daba la impresión de que sonreía.

—¿No lo sabías? ¿No te lo contó Sato?

—¿Por qué los mataba?

—Padre tenía amantes, una amante tras otra. Madre les ponía los nombres de esas mujeres a los pájaros y los mataba; aún hoy continúa matándolos.

—Vaya trabajo. Dada su apariencia, nadie lo diría.

Yoko pensó en el aspecto de su suegra tal como la conocía, en su apariencia noble y correcta. Aunque, sin duda, hacerles interpretar esa canción a los nietos mostraba cierta inestabilidad mental.

—Eso muestra lo astuta que es mi madre.

—Pero Satokichi nunca me comentó nada de eso, ¿por qué me lo ocultó? —musitó Yoko. El comentario no había sido el más adecuado para mejorar el estado de ánimo del día.

Tal como Yoko había supuesto, el hechizo del sueño duró sólo un día. Pero, una vez superado, Yoko pensó que era una buena oportunidad para comenzar a analizar en detalle los tres años que había pasado con Satokichi. Comenzó el ejercicio sentándose en el sofá del salón e imaginando a Satokichi sentado frente a ella.

—Te veo pálida, ¿estás bien? —le había dicho él un domingo por la mañana. Estaba leyendo una revista y, nada más levantar la cabeza, captó perfectamente la expresión de Yoko. Cada vez que estaba algo acatarrada o había dormido poco, Satokichi percibía y señalaba esa condición que ni ella misma había notado. Satokichi descubría inmediatamente esa sombra que había en el interior de Yoko con la atención y el mimo propios de una madre, o tal vez con la solicitud de un padre. Así era como Yoko había considerado a Satokichi, como alguien en quien apoyarse, semejante al tiempo a un padre y a una madre.

—Llenemos la terraza de plantas ornamentales —había propuesto un día Satokichi. Siempre se adelantaba a los deseos de Yoko y los enunciaba antes de que ella pudiera manifestarlos. Así, cada domingo, visitaban floristerías juntos para comprar macetas de plantas, de forma que ahora había veintiocho plantas respirando en la terraza, con sus hojas verdes y brillantes. Lo mismo sucedía con la decoración de la casa: aquello que proponía Satokichi era lo que Yoko, de forma imprecisa, deseaba.

Las cosas habían sido así en todos los aspectos. Satokichi era un marido ideal, el tipo de marido que desearía cualquier mujer casada corriente. Además, todas las mujeres normales casadas querrían saber cuál era la conducta de su marido en todo momento. En el caso de Satokichi, cada vez que iba a retrasarse por algún asunto del trabajo o porque el partido de tenis se alargaba, llamaba por teléfono sin falta para decírselo. Antes de irse de viaje por trabajo le explicaba a Yoko qué tipo de proyecto iban a realizar y dónde iba a alojarse. Yoko estaba en casa, pero tenía toda la información concerniente a Satokichi. Mejor dicho, Satokichi la avisaba de todo.

«¿Por qué había sido tan perfecto?», se preguntó ahora Yoko.

Pero sí existía una cosa a la que Satokichi jamás se había referido. Ese asunto eran las mujeres. Visto ahora, resultaba muy extraño, pero entonces Yoko simplemente había creído que a él no le interesaban las mujeres, a excepción de ella. Cuando se casaron, Satokichi tenía ya 30 años. ¿Qué habría estado haciendo un hombre como él, que reunía todos los requisitos deseables, hasta entonces?

Mientras pensaba esto, Yoko tuvo una ensoñación en la que, otra vez, Satokichi estaba con una mujer. Esta vez la mujer no era Haruyo. Pero la expresión de Satokichi en la ensoñación era semejante a la que había visto en el sueño previo en el que aparecía Haruyo.

Satokichi se volvió. Yoko intentó acercarse a Satokichi y él la miró con una expresión que jamás le había visto, un rostro desconocido con el ceño fruncido. Sorprendida, Yoko se detuvo en medio de la calle. Satokichi giró por un callejón que surgía a su derecha, al final de un muro de bloques de hormigón. Esa cara parecía prohibirle

expresamente que lo siguiera. Sin embargo, Yoko no pudo contenerse y lo siguió. De repente, el crepúsculo comenzó a extenderse por el cielo. El extremo del muro de hormigón se correspondía con el final del callejón. Allí había una casa baja, probablemente de alquiler. La casa, situada al fondo de la calle, no tenía jardín de entrada, sólo una puerta corredera que se abría directamente a la calle. En apariencia se trataba de una casa muy pobre, pero estaba iluminada y brillaba como si estuviera preparada para recibir una visita importante. Daba la sensación de que todas las luces de la casa, desde las del cuarto de baño hasta las lámparas del escritorio, estaban encendidas, lo que generaba una impresión de exceso. Yoko se dio cuenta de que nunca había visto una casa en la que todas las luces estuvieran encendidas. Debido a la extravagante iluminación, la casa resplandecía por sí misma. Sin saber qué ocurriría, Yoko abrió la puerta de entrada. Y de pronto se encontró en presencia de una reunión familiar. Por supuesto, el salón estaba iluminado como si hubieran dispuesto focos de teatro sobre él. Dentro se encontraban un hombre, una mujer y un niño de unos 6 años. El hombre era Satokichi. La mujer parecía un poco mayor que Yoko y tenía un aspecto más maduro, quizás más sereno. No era guapa, pero tenía algo que la hacía única y difícil de olvidar. Pero lo que más llamaba la atención era que parecía feliz. Yoko se quedó quieta, atónita, en la entrada de la casa. Pero nadie se dio cuenta de su presencia. Yoko llamó a Satokichi. Como si su voz no llegara a quienes estaban allí, nadie la miró. Yoko volvió a llamarlo dos veces, tres veces.

Al despertar de la ensoñación, Yoko pensó que había visto a aquella mujer en algún sitio. Los rasgos del rostro de la mujer permanecían claramente en su retina. Tenía unas cejas pobladas y unos labios bonitos y bien formados. Al levantar la cabeza había hecho un gesto que dejaba ver que su ojo derecho era algo más grande que el izquierdo. Tenía la piel muy blanca, y al lado de Satokichi, que era moreno, su blancura destacaba aún más. Su altura y su peso eran corrientes.

A pesar de que recordaba cada rasgo de la mujer con nitidez, a Yoko no se le ocurría de qué podía conocerla. Igual que el sueño del otro día la había afectado, le resultaba imposible resistirse al hechizo de esta ensoñación que se le había adherido e iba junto a ella todo el rato, incluso cuando estiraba un brazo para coger cualquier cosa o movía las piernas para caminar por la habitación. Era algo pegajoso que la envolvía, ocupaba su casa por completo, murmuraba a través del aire que respiraba. Resultada doloroso ser cautiva de un sueño, era una sensación agobiante, y Yoko pensó que era así como se sentían, día y noche, las personas que padecían una enfermedad mental. Bajo

su influjo, su propia vida se convertía en algo débil y banal, mientras que la vida del sueño, a pesar de ser mera fantasía, cobraba una vitalidad deslumbrante.

Yoko decidió salir a caminar para escapar de la angustia. Hacía viento. De pronto, nada más abrir la puerta, supo de qué la conocía. La mujer del sueño era una dependienta de la sección de corbatas de los grandes almacenes. La razón por la que no lo había descubierto antes era porque en su mente, ocupada por la atmósfera del sueño, la mujer tenía la serenidad de una mujer felizmente casada, algo de lo que carecía en la realidad.

—De todas formas, voy a ir a los grandes almacenes —decidió.

A pesar de que estaban a mediados de abril, el aire era muy frío. Cada vez que el viento soplaba con fuerza, el polvo se levantaba desde el suelo. En ese momento, como si se tratara de una fotografía, en el interior de Yoko se reveló con nitidez una escena. Aquello no había representado nada en su día, pero ahora empezaba a cobrar sentido. En realidad, Yoko había sido levemente consciente de algo en aquel momento, pero como no le concedió importancia, el hecho acabó cayendo al fondo del subconsciente. Pero ahora aquello emergía y sacaba a flote su significado.

Habría sucedido un año antes, en la sección de corbatas de los grandes almacenes.

—Ésta le queda muy bien —le dijo la mujer a Satokichi.

—Sin duda sabes captar perfectamente los gustos de los demás —le contestó él.

—Mucha gente me lo dice. —Al decir estas palabras, la mujer bajó la mirada de forma que la anchura de sus cejas se hizo patente.

—¿A cuántas docenas de clientes atiendes cada día? —dijo Satokichi. Clientes, en este caso, significaba hombres. Yoko, que estaba de pie junto a él, pensó que la forma en la que se había dirigido a la mujer resultaba entrometida e impertinente para hablar con una desconocida.

—Bueno, no está mal —rió ella.

Recordada ahora, era una conversación extraña. «Bueno, no está mal», ¿qué significaba eso? ¿Podía entenderse como la simple coquetería de una dependienta tras el comentario de un cliente masculino?

Apenas se tardaba veinte minutos en llegar en metro a los grandes almacenes.

La sección de corbatas había cambiado su emplazamiento en la planta baja, y en el lugar tampoco estaba aquella mujer.

—Una mujer de cejas anchas, cuyo ojo derecho parece levemente más grande que el izquierdo —explicó Yoko a alguien que atendía en

la nueva sección de corbatas. Rodeada totalmente por la atmósfera del sueño, ni siquiera la certeza de que estaba actuando de forma extraña tuvo el poder de impedirle formular la pregunta.

—¿Se referirá a la señorita Nozawa? —consultó en voz baja una dependienta a otra compañera.

—Un momento, por favor —dijo la primera, y comenzó a caminar hacia algún lugar. Yoko podía verla pasar tras cada mostrador con su uniforme azul marino.

De pronto, a Yoko le invadió la inquietud. Si la dependienta volvía con la mujer que había aparecido en el sueño, ¿qué sucedería? Yoko era consciente de que la realidad del sueño se sostenía en algo que en el fondo no creía, pues era irreal; pero ¿qué sucedería si los sueños se volvían reales?, ¿cómo actuarían entonces Yoko y esa mujer ante la otra?

Yoko se echó hacia atrás y se encondió tras una columna grande.

La dependienta regresó sola. Aun así, Yoko permaneció sin moverse durante un tiempo, temiendo que la mujer apareciera más tarde. Pero pasado el tiempo seguía sin aparecer. Finalmente, Yoko volvió a la sección de corbatas y se dirigió de nuevo a la dependienta. Ésta le dijo de una manera aséptica:

—Ha cambiado de sección. Ahora mismo no sabemos en cuál está.

Mientras escuchaba esa voz empalagosa, Yoko posó los ojos en los gemelos que estaban colocados entre las corbatas, bajo el cristal del mostrador.

—Entonces, ¿aún sigue en los grandes almacenes? —dijo Yoko, sintiendo que el tema había dejado de interesarle.

—Así es. Lo siento —respondió la dependienta con cortesía.

—Esto es ámbar, ¿verdad?

De repente, cautivada por una extraña sensación, Yoko señaló unos gemelos del expositor. Satokichi había tenido unos muy parecidos.

—Sí. Estos gemelos son un diseño exclusivo para nuestro establecimiento. ¿Quiere verlos?

La dependienta los extrajo. Yoko los tomó en la mano. Cada piedra, dorada y transparente, tenía la forma de un dodecaedro. Cada uno de los gemelos estaba formado por dos piedras unidas por una cadenita de platino. El engarce de cada pieza, un ornamento curvado, también estaba tallado en platino.

«Cuanto más los veo, más me parecen los gemelos de Satokichi», pensó.

—¿Los venden únicamente ustedes?

—Sí. Su precio es algo elevado, pero la belleza de su diseño es algo incomparable.

—Hace poco que se han puesto a la venta, ¿verdad?

—Hace algo menos de un año que los tenemos a la venta.

Fue por esos gemelos por lo que a Yoko se le ocurrió ir a buscar a aquella mujer apellidada Nozawa, que se encontraría en algún lugar de los grandes almacenes. Había pasado casi un año desde que Satokichi llevó esos gemelos a casa y comentó que eran el regalo de un conocido. Era muy posible que aquel conocido los hubiera comprado en los grandes almacenes, pero Yoko sintió que no podía irse de allí sin ver a esa mujer que se apellidaba Nozawa.

Aun así, ¿cómo se podía encontrar a alguien en el interior de unos grandes almacenes de doce plantas con innumerables puntos de venta? Yoko dibujó mentalmente un plano con todas las secciones de cada planta y, por el mero hecho de hacerlo, se sintió mareada.

Decidió comenzar por la séptima planta, porque la sección de muebles y menaje del hogar parecía el lugar idóneo para la tal Nozawa. Nada más salir del ascensor, los llamativos rojos, amarillos, verdes y azules le saltaron a los ojos. Los vasos de plástico, los recipientes, los cuencos, los platos y las macetas estaban colocados en cada estantería en un orden tan perfecto que resultaba una monada. Esa disposición daba una sensación artificial. A pesar de tratarse únicamente de los elementos de una vajilla, el brillo y los colores que cubrían cada cosa, como recién sacados de un tubo de pintura, los convertían en meros objetos aislados sin ninguna conexión con los otros ni con la realidad. Yoko no había experimentado antes esa sensación en el interior de unos grandes almacenes. Puede que hoy estuviera cansada. Sintió que no podía cruzar entre las estanterías llenas de vajillas de plástico y se dirigió a los artículos de cristal. Y allí, del mismo modo, fue incapaz de fijarse en los juegos y sólo pudo percibir las formas del cristal. Los relieves del vidrio tallado, jrjriin, jrjriin, brillaban seductores bajo la luz fluorescente del techo, y todos sus ángulos parecían enviar guiños al unísono. Si miraba fijamente uno a uno, podía distinguir los objetos, ver los vasos, los azucareros, los ceniceros, los platos de postre, las cubiteras de hielo y las copas, pero si continuaba mirándolos unos instantes, todos los artículos se descomponían en fragmentos independientes de cristal que brillaban con intensidad propia.

«Se me echan encima demasiadas cosas», pensó Yoko, y dirigió la vista, sin fijarla, al otro lado del departamento. Todas las dependientas que aguardaban allí, de pie, se parecían a la señorita Nozawa.

Yoko se dirigió al departamento de muebles. Lo primero que encontró fue una sección llena de alacenas, armarios y tocadores, entre otros muebles. A diferencia de la elegante sección de sofás y camas, donde los muebles estaban colocados con estilo en un amplio salón, esta zona tenía un aire a almacén de mayorista de extrarradio.

Los pasillos eran tan estrechos que, si se cruzaba con alguien que iba en sentido opuesto, ambas tenían que rozarse. Todos los muebles

eran altos, por lo que obstaculizaban la vista, y como la mayoría estaban pintados de marrón oscuro, resultaba difícil distinguir unos de otros. La pintura reciente del mobiliario impregnaba el espacio de un olor que, aunque más débil, recordaba al de la gasolina. Ese olor ofuscaba el cerebro de Yoko como si la hubieran anestesiado. Recordó que tiempo atrás, justo antes de la boda, había acudido a los grandes almacenes para buscar una alacena. Aquella visita tenía un objetivo claro: comprar. Ahora que estaba en ese lugar sin una finalidad tangible y se encontraba perdida, las hileras de objetos expuestos parecían cobrar vida propia mientras este lado de la existencia se veía invadido y se debilitaba. En realidad, su visita sí tenía una finalidad: la mujer que se apellidaba Nozawa. En ese momento Yoko vio a una mujer que se dirigía directamente hacia ella. Justo antes de chocar con la mujer, algo duro la golpeó. No fue nada serio: una de las hojas de un triple espejo se había abierto y Yoko vio su propia figura reflejada en él. Tenía los ojos hundidos, el corte de pelo estilo *bob* no le sentaba nada bien. «Estoy agotada —pensó al verse la cara—, ¿cómo he llegado a esta situación?».

«¿Qué se esconde en el interior de un sueño? ¿Cómo puede una simple fantasía dominar así a una persona durante el día?». Ésos eran los pensamientos que rondaban a Yoko.

Yoko comprendió que el hecho de ir primero a la planta de menaje y muebles había obedecido a la lógica. Y supo que ahora tenía que ir al departamento de juguetes. Estaba ese niño que tendría unos 6 años.

Tras dormir una noche, la confusión que había durado todo el día también se esfumó del todo. Sin embargo, Yoko llegó a tener miedo de acostarse cada noche y, como pensaba que si dormía profundamente no tendría más sueños, comenzó a tomar medicamentos para dormir. Al mismo tiempo empezó a desconfiar de los tres años inmaculados que había pasado junto a Satokichi precisamente por eso, por ser inmaculados. «Las cosas hermosas siempre se complementan con algo que no lo es», pensó. La primera vez que tuvo uno de esos sueños en el que Haruyo y Satokichi estaban juntos sintió que aquello, sin duda, carecía de sentido, pero ahora había dejado de pensarlo. Que Satokichi hubiera mantenido relaciones con dos o tres mujeres, aparte de la vida con suavidad de porcelana que Yoko había vivido con él, no era descabellado en absoluto.

Si Satokichi siguiera vivo, habría podido preguntárselo. O podría haberlo averiguado en secreto. Sin embargo, él ya era un muerto. Yoko tuvo la dolorosa sensación de haber sido abandonada sin poder hacer ni conocer nada.

De nuevo, Yoko tuvo un sueño en el que aparecían Satokichi y una mujer.

El sueño transcurrió así: comenzó igual que los otros, con esa cara

destemplada de Satokichi, ese gesto que Yoko desconocía. Satokichi se dio la vuelta cuando ella lo miró. «Ah, va a empezar el sueño», pensó Yoko dentro del sueño, pues ya estaba acostumbrada a él. Sorprendentemente, Satokichi estaba montado en un camello. Vestía el tipo de ropa que utilizan los nómadas del desierto, una túnica larga de lino o algodón que le caía en forma de cono desde el cuello y llegaba hasta la mitad de las patas del camello. El desierto se extendía sin límite, justo después de la puesta del sol, y tanto el cielo como la arena estaban teñidos de un gris oscuro salpicado por tonos rojizos. Esa pátina rojiza era muy densa sólo en una parte del cielo. Bajo un halo de tristeza, el camello comenzó a andar, tobotoc, tobotoc, llevándose lejos a Satokichi. La oscuridad aumentaba e intensificaba la sensación de que se trataba de un viaje al mundo de los muertos. Pero, en la lejanía, en ese desierto solitario en que sólo tendría que estar Satokichi, había otro camello caminando; lo cabalgaba una antigua compañera de clase de la universidad femenina en la que había estudiado Yoko, Mitsue Makimura. Mitsue Makimura se dio la vuelta y ensayó una sonrisa desbordante de felicidad. Esa sonrisa no estaba destinada a Yoko, que se había quedado sola allí atrás, sino que claramente iba dirigida a Satokichi, que iba detrás de ella. «¿Estos dos?», pensó Yoko estupefacta. Parecía que ambos viajaran juntos al mundo de los muertos.

Nada más despertar, Yoko ya no tuvo ninguna duda de lo que tenía que hacer. Como había hecho la última vez y la primera, supo que en la agenda del día tenía programada una visita a la mujer que aparecía en el sueño.

Desde que había comenzado a recibir los ataques de los sueños sentía como si vagara por un espacio difuso, paralelo al espacio de su propia vida. Esa mujer que era ella no tenía la más mínima pista de cómo actuar. Si hubiera tenido que enfrentarse al ataque de un enemigo, probablemente habría sido capaz de hacerlo y de contrarrestar ese ataque. Sin embargo, ante el ataque de los sueños que surgían de algún lugar recóndito de sí misma se sentía totalmente indefensa.

Aun así, ¿qué significarían esos sueños semejantes que se repetían? Los sueños le visitaban uno tras otro como si se tratara de alguien que quisiera vengarse de sus tres años de felicidad. Y envolvían la felicidad, como complemento, en un manto de infelicidad.

Yoko se preparó. Se vistió, se maquilló, se peinó y salió de casa. Se sentía como alguien que tiene que realizar una misión importante y avanza, tik, tak, tik, tak, directa a su objetivo. El primer día que hizo lo mismo, cuando visitó a Haruyo, y al siguiente, cuando fue a buscar a la mujer de los grandes almacenes, se había sentido algo alterada, como si sus actos fueran la continuación del sueño, pero ahora,

acostumbrada a sus acciones como los reincidentes, sólo actuaba de forma práctica.

Yoko había visitado a Haruyo a comienzos de la primavera, en los días en que llega el aroma de las flores de cerezo. Y sin apenas darse cuenta ya había comenzado la temporada de lluvias. Hoy, entre las rachas de lluvia, caían intensos rayos de sol e iluminaban el aire húmedo.

Para llegar a la casa de Mitsue Makimura, Yoko tuvo que tomar el autobús, coger un tren de la compañía nacional, subir más tarde a otro tren de una empresa privada y, por fin, caminar un buen trecho. Tiempo atrás, Yoko solía hacer ese camino, desde la estación de la línea privada hasta la casa de Mitsue, atravesando una urbanización en la que, sorprendentemente, muchas casas tenían el jardín lleno de tierra negra. Pero después de casarse con Satokichi dejó de ver a sus antiguos amigos y su existencia se centró en la vida cotidiana con él. La tierra negra que siempre había llamado la atención de Yoko en las visitas a Mitsue, ese suelo esponjoso de apariencia fértil, estaba aún más negra y viva que entonces, tras recibir la humedad de la época de lluvias.

En los postes de la luz situados a lo largo del camino había avisos de papel con un ribete negro. En ellos figuraban el apellido Makimura y una flecha para indicar el camino. «¿Habrá fallecido alguien? Si la familia se encuentra en un momento difícil, no voy a poder hablar con Mitsue Makimura», pensó Yoko. Luego giró a la izquierda en la siguiente esquina y avanzó hasta la casa de la familia Makimura.

En ese preciso instante iba a partir el coche fúnebre. Cuando arrancó, cinco o seis coches con familiares lo siguieron. Yoko trató de localizar entre ellos a Mitsue Makimura, pero como todo el mundo llevaba ropa negra de luto era imposible distinguir a cada uno en el interior de los coches.

—¿Quién ha fallecido? —preguntó Yoko a una mujer que estaba en la calle, avergonzada de ser la única persona que llevaba ropa colorida.

—La hija mayor —contestó la mujer de mediana edad.

—Oh, ¿quiere decir Mitsue?

Un golpe de sol cálido y húmedo atravesó las nubes. Aunque Yoko miró hacia arriba, no pudo ver el azul del cielo, sino largas hileras luminosas que pespunteaban una vaporosa masa blanca.

—Pobrecilla, era aún muy joven.

La mujer comenzó a andar, secándose con frecuencia el sudor que no dejaba de caerle.

—¿Por qué no me llegó el aviso? —murmuró Yoko y echó a andar junto a la mujer.

La gente comenzó a moverse, las conversaciones comenzaron a

moverse con la gente.

—Dicen que padecía cáncer de útero.

—¿Ni siquiera se había casado?

—Eso no lo sé.

—¿Es mortal el cáncer de útero?

—Los jóvenes no se cuidan.

Yoko caminó acompasando sus pasos a los de la mujer. Las voces de la gente se le pegaban, pringosas. La humedad caliente emanada del sol se le acumulaba en cada poro de piel. En esa atmósfera sofocante, los negros kimonos de luto que vestían las mujeres transmitían una sensación de pesadez. Yoko siguió caminando en medio de todas esas mangas negras; sus pasos se prolongaron entre el tufo formado por la mezcla de sudor y maquillaje.

¿Hacia dónde se dirigía la gente? Ah, sí, ya se había terminado el funeral y, tras la ceremonia, todos iban a la estación de tren. También ella, Yoko, estaba regresando, andando por el mismo camino por el que acababa de llegar.

—¿Es cierto que ha muerto Mitsue-san?

Su propia voz le sonó como si alguien la emitiera desde algún lugar del cielo.

—Hace ya tiempo que no estaba bien.

—Sí, lo entiendo, supongo que se debía a la enfermedad.

—¿No tenía conocimiento de lo de hoy? —le preguntó la mujer, y las dos se detuvieron, juntas, ante la barrera del paso a nivel. Pasaron unos diez vagones retumbando. Antes de hablar, Yoko esperó unos segundos a que el ruido acabara.

—No con precisión. Recibí un aviso anoche —contestó Yoko.

Si interpretaba que el sueño de anoche había sido una premonición, tal vez los sueños anteriores podrían encerrar características similares. Yoko volvió la vista al rostro de la mujer. Intentó captar si en esa cara se reflejaba algún indicio de extrañeza, porque Yoko, pese a haber recibido la noticia, había acudido a una ceremonia fúnebre con un vestido de colores. Pero lo único que hacía la mujer era secarse el sudor con el dorso de la mano; finalmente sacó un pañuelo y se presionó la cara con él. El pañuelo se tiñó del marrón del maquillaje.

Sin darse cuenta, Yoko estaba andando sola, apartada de la corriente de gente que regresaba del funeral. Subió primero al tren de la empresa privada y luego al de la compañía pública. Sentía como si estuviera inmersa en sus pensamientos, pero en realidad no pensaba en nada. Se dio cuenta de que había completado casi la mitad de la línea circular y se apresuró para descender, de un salto, en la siguiente estación. Al leer el nombre de la estación descubrió que era el lugar en el que solía bajar cuando iba a visitar a Haruyo. Eso era: el pensamiento que le había ocupado de verdad cuando en apariencia no

pensaba en nada no era sino la convicción de tener que ver a Haruyo a toda costa.

Yoko fue a la frutería que había frente a la estación a comprar unas lujosas uvas moscatel y alguien le tocó la espalda. Al darse la vuelta descubrió a Haruyo. Daba la impresión de que volvía a casa después de haber ido de compras: su cesta estaba llena de cosas envueltas en papel. Pero Haruyo tenía un aspecto diferente al habitual y una mirada perdida. La intensidad del perfume acentuaba aún más esa sensación.

—He tenido un sueño muy raro —dijo Yoko y, tras pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que no había tenido intención de comenzar la conversación de esa manera. Pero se había sentido impelida por el aroma del perfume.

—Yo también tengo sueños extraños. Últimamente sueño con mucha frecuencia —dijo Haruyo junto a ella, en la entrada de la tienda.

—El sueño que tuve fue de los días en los que Satokichi y yo estuvimos alojados en el hotel Long Beach.

A Yoko le resultó extraño que hubieran comenzado esta conversación a la puerta de una frutería ante la que pasaban las amas de casa cargadas con bolsas de la compra.

—Era pleno verano y el mar estaba magnífico, ¿verdad? —dijo Haruyo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nosotros siempre íbamos allí en las vacaciones de verano.

—¿Con nosotros se refiere a Satokichi y a usted? ¿Es eso lo que sueña una y otra vez?

—¿Qué te ocurre, Yoko? Pero, por Dios, ¿qué estás diciendo?

—Porque yo era la única que no sabía nadar. Satokichi y usted competían en la piscina, nadaban uno junto al otro, braceaban y sacaban los brazos fuera del agua, nadaban sin pausa, cada vez más lejos, directos hacia el mar…

Eso era. Ése era el primer sueño que Yoko había tenido de Satokichi y Haruyo y del que ahora se acordó vagamente. O no, no era así del todo, no era sólo eso. Había algo más, algo de hacía mucho tiempo, de sus años de *high school*. No había sido un sueño. ¿Por qué había olvidado aquello tan doloroso, aquello que tanto sufrimiento le había causado? Estaba agachada, como si tratara de curar la herida; bajó la cabeza y, encogida, la protegió más aún bajo los brazos; entonces, desde algún lugar descendió un gran silencio y cubrió la herida con una capa de un cremoso color blanco.

Desde entonces Yoko había olvidado del todo lo ocurrido. Le habían robado a Shosuke Mineyama; había sido una compañera de clase, Yuriko Tanabe. Estaban en segundo curso. Todo había sucedido en pleno verano, en la playa. Yoko se acercó a Shosuke Mineyama y, al

aproximarse, él se volvió: su rostro era distante, frío. Juntos los dos, sólo ellos, Shosuke Mineyama y Yuriko Tanabe, abandonaron la orilla en la que estaban los tres juntos y se alejaron nadando en el mar. Solamente Yoko, que no sabía nadar, permaneció en la orilla. La luz blanca estallaba, fulguraba, lo invadía todo.

Las tinieblas penetraron imperceptiblemente en la luminosidad y Yoko comenzó a hundirse en ellas; su oscuridad aumentaba por instantes. En esa profundidad, cada vez más sola, Yoko alzó la vista; el sol continuaba deslumbrante, era tan cegador que Yoko tuvo que poner la mano sobre los ojos; estaba adormecida, se mecía entre la inmensa luz y las tinieblas, y aquellos que se habían marchado nadando mar adentro se hacían pequeños poco a poco hasta desaparecer por completo de la vista, sus suspiros cálidos se entrelazaban y formaban una nube blanca que se elevaba sobre la línea del horizonte.

Sonó el timbre.

Yoko se levantó del sofá con decisión. Podía oír en el pasillo, tras la puerta, voces de hombres.

—Muchas gracias por el servicio —dijo Yoko después de abrirles la puerta.

—Nos hemos equivocado de casa. Creímos que era el número trescientos cinco del edificio del otro lado, así que subimos hasta el tercer piso, tuvimos que bajar de nuevo y hemos subido otra vez hasta aquí.

Esta vez fue el hombre trajeado el que habló. El otro, en ropa de trabajo, maniobraba para levantar la caja de cartón que había dejado a sus pies. La caja medía unos cincuenta centímetros de lado, tanto de alto como de ancho y de fondo.

—No es muy pesado —dijo Yoko mientras recordaba aquel cuerpo delgado y delicado en bañador.

Los dos hombres sujetaron la puerta, cogieron la caja entre ambos y la metieron en la casa. Yoko les guió, con pasos breves, al comedor.

—¿Dónde la dejamos? —preguntó el hombre trajeado. El otro, el que llevaba ropa de trabajo, no había abierto la boca.

—Encima de la mesa —afirmó Yoko. Había decidido el lugar de antemano.

—Sería mejor que lo colocara en el balcón —intervino por fin el hombre que llevaba ropa de faena. Su acento pueblerino era muy marcado.

—Soy yo quien lo ha comprado, así que hagan tal como les digo —contestó Yoko con tal convicción que los dos hombres la miraron al tiempo.

Los hombres colocaron la caja sobre la mesa y Yoko sacó su *hanko,*

el sello personal.

—Aquí está bien para poder verlo, pero estaría bien que pudiera darle el sol —dijo el hombre con ropa de faena mientras se volvía con pesar hacia el balcón, que en ese momento recibía la luz blanca de principios de verano.

Yoko no dijo nada. Cuando estampó su *hanko* en el albarán, los hombres se marcharon. En el cuarto flotaba un tufillo; podía ser resultado del olor corporal de los hombres, del tabaco o de la ropa sucia. Yoko se apresuró a abrir todas las ventanas para airear la casa.

Se acercó a la mesa, inclinó la cabeza y llevó el oído a la caja de cartón. De dentro no salía ningún ruido, tal vez tuviera miedo. Yoko chasqueó la lengua y dio unos golpecitos tenues, con la punta de los dedos, en la caja de cartón. Dentro de la caja resonó el movimiento de algo voluminoso y pesado, y de nuevo se hizo el silencio.

Yoko le había dado vueltas una y otra vez, sin saber por cuál decidirse. Como la chica se llamaba Yuriko, «lirio», había pensado inicialmente en algo suave, un pájaro grande y blanco. Pero, tras meditarlo, se le ocurrió que sería mejor un ave que ensuciara ese nombre, como un feo cuervo. El problema era que no había pajarerías que vendieran cuervos. Además, estrangular con sus manos un cuello de tacto suave y claro le proporcionaría una sensación más vívida. Nunca había tocado un cuervo, pero seguro que tocar un cuello así, cuyo aspecto es de aspereza, podía hacerle daño en las manos. Tras mucho pensarlo decidió inclinarse por un papagayo. Consideró que, cuanto más fastuoso fuera, mejor. Ante algo espléndido se puede actuar con mayor crueldad que ante algo frágil o repugnante. Lo más importante era la conclusión de cada uno de los actos planeados. Lo magnífico y lo cruel forman una pareja perfecta.

Yoko buscó en varias tiendas hasta que, por fin, encontró un papagayo de un color carmesí vivo. Al descubrirlo, su corazón se lanzó a latir con un regocijo oscuro.

En el interior de la caja, sobre la mesa, el papagayo carmesí mantenía una existencia tibia y discreta. Yoko no tenía intención de abrir la caja para contemplarlo. «Sólo quiero abandonarlo el mayor tiempo posible a oscuras, dejar que lo asfixien las tinieblas. Eso es, voy a dejarlo así durante días, sin darle comida, que se alimente de tinieblas en esa caja oscura, que vaya enloqueciendo poco a poco», pensó hacer Yoko. Sin embargo, decidió ejecutar el plan tal como lo había concebido previamente y actuar esa misma noche.

Incluso sin verlo, podía imaginar con nitidez al papagayo en su jaula, dentro de la caja. Su color carmesí difundía una apariencia venenosa tan intensa que resultaba difícil comprender cómo podía existir ese tono en la naturaleza. Parecía como si alguien hubiera utilizado un pigmento carmesí puro para teñir al papagayo con capas

densas de esa solución. El papagayo estaba quieto, sus alas llamativas recogidas como si guardara un secreto entre ellas, pero abría los ojos de par en par en una mirada incisiva.

«No voy a tener sueños nunca más. Mi suegra me ha enseñado un remedio verdaderamente útil», pensó Yoko mientras escuchaba con atención ese sonido, gag gag, que comenzaba a nacer en el interior de la caja.

Ichiko tendría que estar acostumbrada a las multitudes que se encontraba en su camino al trabajo; sin embargo, parecía que últimamente no estuviera habituada a ellas. ¿Era culpa suya haber perdido la familiaridad con algo a lo que había estado acostumbrada o, en realidad, nunca se había amoldado del todo a las multitudes? Daba igual de qué tipo de multitud se tratase. No importaba si se trataba de la masa de trabajadores con la que se cruzaba cada mañana y cada tarde o de la riada de gente de todo tipo que, a mediodía, deambulaba por el centro de la ciudad; a veces, cuando estaba inmersa en ella, de pronto tenía que detenerse. En esos momentos sentía que dentro de sí nacía un pinchazo de temor semejante al producido por la punta de una aguja. ¿Qué sucedería si, en mitad de esa marea negra, alguien de pronto la señalara y gritara «¡Es esa mujer!»? Entonces, todo ese tropel de personas se volvería simultáneamente hacia Ichiko; sacudida por esa voz, la masa de gente sin nombres ni rostros se encararía con ella. Y esa horda anónima se precipitaría sobre Ichiko.

Últimamente esta fantasía se repetía en su mente. Para ponerle remedio procuraba no detenerse ni un instante en el interior de la multitud. Fingía, trataba de actuar como si fuera una más de la corriente de gente que pasaba a su lado, intentaba imitar a los demás, andar como todas las personas que habían perdido sus rostros y sus nombres. Era más práctico mantener una cara en la que no se apreciara la más mínima diferencia con las otras. Pues daba la impresión de que descubrir la propia personalidad fuera una falta imperdonable. Por eso caminaba silenciosamente, conteniendo el aliento, para que no pudiera detectarla aquella persona temible que la señalara al grito de «Es esa mujer». Ichiko tenía que adaptarse a la monocromía de la masa, volverse estúpida, seguir caminando. Porque nunca se sabe de dónde puede surgir una voz acusadora. No sería una persona que pudiera identificarse previamente, alguien que destacara entre los demás. En un instante, cualquiera de los integrantes de ese flujo continuo podía convertirse en esa persona.

—Estabas aquí, señorita Nozawa. Alguien te estaba buscando.

Ichiko oyó una voz y se volvió, inquieta. Igual que en su ciudad imaginaria, la multitud entraba como una ola en los grandes almacenes. Ichiko había comenzado a trabajar en el establecimiento hacía cuatro años, pero si comparaba los grandes almacenes de los días en los que había comenzado a trabajar con los del presente, el interior del establecimiento, sobre todo los domingos, se había convertido en el corazón de la turba. A pesar de eso, allí dentro Ichiko

se sentía algo más protegida. Estaba resguardada por el mostrador de la sección de complementos. La belleza artificial, los colores chillones y las formas ridículas de los objetos amontonados en el mostrador de vidrio mantenían la distancia entre la gente que pasaba y ella.

La persona que se había dirigido a ella era Yoshie, una dependienta de la sección de corbatas en la que Ichiko había trabajado hasta la semana anterior.

—Ha venido una persona preguntando por ti —le dijo Yoshie acercándose a ella.

—¿Por mí?

«¿Quién será?», se preguntó Ichiko, y en ese momento pensó que no había nadie en todo el mundo a quien se le ocurriría ir a buscarla. En realidad, no tenía que ser necesariamente cierto, pero el origen de ese pensamiento estaba en que, justo en ese momento, recreaba la situación en la que caminaba sola entre la muchedumbre.

—Es alguien que no sabe tu nombre —dijo Yoshie al pasar junto a ella.

—¿Vino una persona preguntando por mí que no sabe mi nombre? —Ichiko adelantó su cuerpo sobre el mostrador de vidrio.

—Describió tus rasgos al detalle. Fue muy extraño. Indicó que se trataba de una mujer de cejas pobladas, cuyo ojo derecho parecía levemente más grande que el izquierdo. Cuando me lo dijo, me di cuenta de que, efectivamente, esa descripción te cuadra.

—¿Y?

Ichiko se inclinó ante el mostrador y miró fijamente a Yoshie.

—Justo, ésa es la mirada que describió esa persona. —Yoshie se rió mostrando sus blancos dientes artificiales, abandonó el mostrador y se fue.

Pamp, pamp, pamp. Con la inquietud latiéndole en el pecho, Ichiko corrió al pasillo.

—¿Quién era esa persona?

Ichiko sujetó a Yoshie, que se disponía a regresar a su trabajo, por el hombro del uniforme.

—No tengo ni idea. Nunca la había visto y, por supuesto, tampoco me dijo su nombre.

—Pues vaya. Una historia que ni siquiera es una historia.

—Pero fue muy insistente.

—¿Qué venía buscando?

—No lo sé, pero aun así resultaba insistente.

Ichiko sintió que, en su interior, como si se tratara de gelatina, la inquietud crecía e iba cuajando en forma de perplejidad.

—¿Cuándo ha sido?

—Ahora mismo. Mira, allá.

Ichiko dirigió la mirada a la sección de corbatas que indicaba

Yoshie. Más allá quedaba la entrada principal y, por la cristalera de la entrada, se veía el tránsito de la ciudad. En el exterior, a pesar de que ya era primavera, soplaba un viento gélido y todos caminaban solos, separados unos de otros y encogidos como si trataran de protegerse de ese aire. Tenían que caminar así, de forma anónima, pues si no perdieran su nombre y su rostro infringirían la ley peatonal urbana. Ichiko tuvo otra vez, mentalmente, la sensación de desplazarse en la masa en movimiento. Caminar con la misma torpeza animal, la misma firmeza ciega de los otros: así tenía que hacerlo. Podría vestir bien siempre que su atuendo siguiera la moda general y su paso marcara el mismo ritmo que el de la multitud. No debería lanzar miradas directas que dieran la sensación de que su ojo derecho parecía más grande que el izquierdo. Alguien, esa persona, lo había hecho, la había descubierto con sagacidad, la había seguido rápidamente a los grandes almacenes y se había dirigido a un mostrador para señalarla: «Esa persona». Claro, era lógico que esa persona no supiera el nombre de Ichiko.

—Últimamente pareces cansada, señorita Nozawa —le dijo Yoshie.

Incluso después de regresar a la sección de complementos, Ichiko se sintió perdida en el agotamiento. Con frecuencia, desde que había cumplido 28 años, sentía el peso de cada una de las células de su cerebro. Parecía como si esas células estuvieran adheridas entre ellas por un hollín pegajoso; por mucho que durmiera, era incapaz de librarse de esa sensación.

Una clienta de mediana edad dijo que quería ver una gruesa cadena dorada que estaba bajo el cristal del mostrador e Ichiko la sacó. Luego la clienta añadió que quería ver una cadenita fina plateada con una turquesa de imitación. Y después quiso ver también un collar confeccionado con varios hilos de cuentas entrelazados. Aun cuando los tres artículos quedaron expuestos sobre el cristal, la mujer continuó buscando y moviendo los ojos para elegir; parecía contar con un presupuesto de unos tres mil yenes.

Le acompañaba una niña de tercero o cuarto de primaria; la niña movía también los ojos de un objeto a otro, con una mirada igual que la de la mujer. Iba vestida como si sus padres no le dedicaran demasiada atención. En un momento, la niña alzó los ojos hacia Ichiko y ésta vio que sus pupilas eran amarillentas A la clienta le costaba mucho decidirse. En sus cuatro años de trabajo en los grandes almacenes, Ichiko había aprendido a no ponerse nerviosa ni mostrarse irritable con los clientes en casos como éste. La mujer exigió ver otro colgante más. Se trataba de un colgante con un gran motivo esmaltado. Cuando la clienta parecía decidida a comprarlo, volvió a coger el collar de los hilos de cuentas entrelazados y comenzó a observarlo cuidadosamente; su rostro pareció perderse en la

meditación. Sin motivo concreto, Ichiko se dedicó a contemplar la expresión del rostro de la mujer.

Y en ese instante, por debajo de los ojos, Ichiko sintió una sutil, débil vibración de aire. Continuó con la vista puesta en la clienta, pero en el límite inferior de su campo visual pudo apreciar que la fina cadenita plateada con una turquesa de imitación se desplazaba, sssssssss, muy lentamente, por encima del mostrador. El movimiento resultaba perceptible gracias al color vivo de la piedra. Y su destino era la parte inferior de un bulto, el montón de tela que la caída de la larguísima bufanda marrón de la niña formaba sobre el mostrador de vidrio. La niña miraba la cara de su madre, que continuaba pensando qué colgante elegir. La niña apoyó los codos en el mostrador; tenía la mano derecha oculta bajo el bulto que hacía la bufanda mientras, con naturalidad, movía la mano izquierda sobre el cristal. Se podía pensar que hacía ese movimiento con la mano izquierda para centrar la atención en ella y desplazarla del deslizamiento del colgante.

Desde que Ichiko había empezado a trabajar en los grandes almacenes, era la primera vez que le sucedía algo así en un mostrador. Decidió fingir que no veía nada hasta que el colgante quedara totalmente oculto debajo de la bufanda de la niña. Sintió que estaba siendo un poco mala. Porque si Ichiko diera la voz de alarma, ese acto quedaría suspendido antes de su finalización y la niña podría argumentar que no había hecho nada. Ichiko pensó que debía esperar a que todo concluyera.

Cuando la cadenita plateada con la turquesa de imitación desapareció bajo la bufanda, Ichiko se movió para mirar a la niña de frente. La niña también miró fijamente a Ichiko. Las dos se sostuvieron la mirada como si estuvieran contando los segundos que transcurrían. La niña tenía los ojos grandes. Sin embargo, Ichiko no podía desprenderse de la impresión de turbiedad que transmitía el blanco de sus ojos. La niña llevaba el pelo, que parecía suave y algo amarillento, peinado con raya al medio y sujeto con horquillas a ambos lados de la cabeza; pero las horquillas estaban prácticamente sueltas y el cabello despeinado y en desorden. Sobre la frente le brillaba algo que parecían fibras vegetales. Su rostro era pálido. Daba la impresión de que la niña se sentía arrinconada por la mirada intensa de Ichiko y que iba a comenzar a jadear. Sin embargo, si se observaba atentamente, podía descubrirse que la niña seguía en absoluto silencio; no abría la boca ni se oía su respiración. Jadeaba en algún lugar dentro de sí, pero, increíblemente, en la superficie se mantenía en calma. Los ojos se le abrían cada vez más. No podía discernirse si las emociones de la niña respondían al temor, la alegría o el odio, pero su mucosidad se hacía patente por instantes. Y, a pesar de todo, continuaba sumida en el silencio.

La interacción entre ambas se volvió más intensa. Y la bufanda que yacía sobre el mostrador comenzó a culebrear sin pausa, de un lado a otro, como si envolviera en su interior algún ser vivo caliente. De pronto, algo bajo el montón de tela se movió con rapidez y la bufanda se quedó quieta y plana y se convirtió en una simple bufanda. Ichiko no pudo ver dónde había guardado la niña el objeto que tenía en la mano derecha. Dada la altura de la niña, su pecho llegaba justo al mostrador, de forma que Ichiko no podía saber si tenía algún bolsillo en la parte inferior de la ropa.

Fue en ese momento cuando, finalmente, Ichiko se dio cuenta de que la compradora de mediana edad, que seguía tratando de elegir, no tenía ninguna relación con la niña. Al descubrirlo sintió que la insolencia de esa niña, que durante minutos había actuado como una hija que acompaña a su madre, se desgajaba de ese cuerpo flaco y flotaba en el aire, como una esencia agridulce, para prenderse en el suyo.

La niña se alejó rápidamente de la sección de complementos. En ese preciso instante se hizo patente su sentimiento de liberación, la despreocupación natural de los niños. Ichiko pulsó el timbre que había en el mostrador. Se trataba de una señal de emergencia que comunicaba con el departamento de seguridad. Ichiko continuó mirando a la niña, que le daba la espalda, a la espera de que acudiera el vigilante. Pero el vigilante no llegaba.

—Voy a registrarla —murmuró Ichiko.

Le dejó a su compañera de sección un mensaje para el vigilante y empezó a caminar. Estaba prohibido que una dependienta tratara en persona un asunto de ese tipo, pero un interés por la niña, en cierta forma cruel, había cautivado a Ichiko. Probablemente estaría permitido que la siguiera si era sólo para observarla.

Tras perderla de vista un momento, Ichiko pudo encontrar a la niña entre la marea de gente. Tal como había imaginado, no parecía que tuviera intención de marcharse. Habitualmente, cuando alguien sale airoso de una aventura, intenta repetirla otras veces.

La niña caminaba como si estuviera borracha por el pasillo en el que se alineaban uno tras otro, separados por columnas anchas, los mostradores de las diferentes secciones de los grandes almacenes. Llevaba una gabardina tres cuartos, y un extremo de la larga bufanda de lana le colgaba por la espalda; debajo, los pliegues de la falda se movían a un lado y al otro, y de ella salían unas piernas excesivamente delgadas. Las piernas eran muy blancas, aunque Ichiko no podía saber si la niña llevaba medias o ese blanco era el color de su piel.

La niña se detuvo en la sección de pelucas, ante el expositor que había al fondo. Sin duda había ido antes varias veces y había trazado

un plan, porque se acercó sin demora y cogió una peluca tipo *bob* de cabello castaño. Muchas mujeres cogían pelucas, se las probaban frente al espejo y luego las dejaban de nuevo. La niña se situó ante un espejo y se puso la peluca que había elegido con una facilidad pasmosa. Ichiko la contemplaba tras una columna, muy lejos de ella. Tenía la impresión de que los latidos de su corazón resultaban audibles para todo el mundo. Aunque fueran los latidos del pecho de la niña los que tendrían que resonar, eran los suyos los que se oían; y sintió que toda ella, todo su cuerpo, palpitaba.

Como Ichiko observaba a la niña desde un lado, no podía distinguir la expresión de su cara, pero por sus movimientos y gestos animados pudo percibir que posaba y se contemplaba con calma. De hecho, podía camuflarse fácilmente entre todas esas mujeres que se probaban pelucas y gesticulaban, pues actuaba exactamente igual que ellas.

«¿Qué pretenderá hacer?», se preguntó Ichiko. Parecía difícil que pudiera aplicar en esta sección la táctica de ocultar lo robado en la larga bufanda que había utilizado para sustraer la cadenita.

De pronto, en un instante, se alejó de la sección de pelucas con la misma naturalidad con la que se había acercado a ella. Simplemente echó a andar. Caminaba de tal forma que su cuerpo manifestaba satisfacción. Nadie le había prestado atención.

Ichiko se quedó atónita. Comprendió que la niña, además de robar una peluca con una técnica tan simple como dejársela puesta en la cabeza, se había transformado en otra y parecía una persona totalmente distinta. La sensación que había tenido Ichiko hasta ese mismo momento, que la niña desprendía un olor como si llevara días sin bañarse, se desvaneció del todo instantáneamente. Ah, y las piernas eran blancas, blanco era el color de su piel. El contraste entre esa blancura y la claridad del cabello castaño que cubría su cabeza resultaba elegante. Daba la impresión de que era ese efecto el que había obrado la transformación.

Entonces la niña vio a Ichiko y se detuvo en seco. Las dos volvieron a mirarse directamente a los ojos. Sin embargo, la niña era ya otra persona. Aquella simple mocosa maloliente estaba frente a ella y la retaba con la arrogancia aristocrática de un hada. En ese momento Ichiko descubrió que los labios de la niña eran extrañamente rojos. Por fin llegó el vigilante y se situó junto a Ichiko. Por el espacio que se abría entre Ichiko y la niña la gente pasaba sin cesar, pero ninguna de las dos dejó de mirar a la otra. De nuevo podía percibirse cómo crecía por segundos un jadeo dentro de la niña semejante al que había experimentado momentos antes. La tensión aumentó y el aire se enrareció tal como sucedería si un animal pequeño, un gato, una ardilla o una rata, se supiera acorralado en un rincón sin salida y esperara con los ojos muy abiertos a recibir la puntilla. La situación,

ya fuera por miedo, odio o placer, rezumaba sensualidad.

De pronto la niña comenzó a andar y el vigilante caminó tras ella. Ichiko los siguió despacio. Vista desde atrás, esa figura que se abría paso con ligereza entre la multitud de los grandes almacenes, coronada con una peluca castaña, parecía una niña extranjera. Ichiko pudo ver que, antes de que la niña pudiera salir, el vigilante la abordó y habló con ella. Los dos se dirigieron a la salita de seguridad e Ichiko fue tras ellos. Nadie se dio cuenta de lo que sucedía. Parecía como si en ese lugar donde se acumulaba el olor humano, donde se multiplicaban las miradas de la gente, donde los cuerpos se aglomeraban, se hubiera extendido un arcoíris invisible. Y sobre esa línea del arcoíris se hubiera cometido un delito de forma reiterada.

Nada más entrar en la salita de seguridad, Ichiko se sorprendió al oír un sonido que parecía propio de un zoológico. Era un grito violento formado por una mezcla de voces, una que resonaba grave y otra que zigzagueaba aguda.

La niña, aún con la peluca en la cabeza, lloraba y se retorcía sobre un sofá sencillo.

—Me duele la barriga, me duele la barriga —gritaba entre lágrimas.

El guardia le hizo una señal a Ichiko. Ante una incidencia de estas características parecía más adecuado que fuera una mujer quien atendiera a una niña. Cuando Ichiko se acercó e intentó tocarla, la niña pataleó con los peores modales de un chico. Ichiko pudo ver que la niña llevaba unas braguitas rosas adornadas con dos o tres cintas de encaje. Podía haberlas robado en los grandes almacenes y habérselas puesto en el cuarto de baño. No era la ropa interior propia de una niña de su edad.

—¿Llamo al médico? —preguntó Ichiko al vigilante, que estaba sentado en una silla con los documentos en la mano.

—No creo que sea necesario —contestó bruscamente el hombre.

—Puede que le duela de verdad.

De pie, impaciente, Ichiko observaba a la niña desde arriba y trataba de descifrar algo que se le escapaba. Ni siquiera sabía qué quería descifrar. Sentía como si hubiera sido secuestrada junto a la niña y ambas se desplazaran en volandas sobre el arcoíris.

El vigilante salió a buscar al médico de la empresa e Ichiko permaneció en el cuarto, encerrada con el llanto quejoso de la niña. El llanto sonaba tan auténtico que nadie podría imaginar que era impostado; sin embargo, si se escuchaba atentamente, tal vez podría pensarse que escondía un tono falso.

En ese momento Ichiko recordó un suceso del verano anterior.

Había pasado todo el día en su apartamento sin hacer nada, y al atardecer, abstraída y sumida en el bochorno pegajoso, oyó el inquietante estruendo de un cristal que se rompía. Al entrar en la

habitación contigua, que estaba en penumbra, entrevió un enorme agujero con forma de estrella en el cristal de la ventana. «Si yo no lo he roto, ¿cómo es que se ha quebrado», se preguntó, de pie ante el cristal, sin llegar a formular la pregunta de forma precisa.

A la hora del día en que el bochorno fermenta húmedo puede respirarse en el aire una tensión que parece habitada por un espíritu maligno.

Cuando Ichiko encendió la luz, encontró encima del tatami una piedra del tamaño de un huevo con fragmentos del cristal roto. «Eso es. Alguien lo ha roto», comprendió Ichiko al fin y asomó la cabeza por la ventana.

La calle era estrecha y a esa hora, como las farolas no funcionaban, adquiría un tono de tinta china diluida. Un pedazo de ese color se desplazó en silencio y, poco a poco, fue retrocediendo pegado al muro de bloques de cemento que se extendía en el otro lado de la calle. Parecía un niño. Ese niño había tirado la piedra a la ventana de su casa. Ichiko sopesó la situación y salió de casa. Junto a la entrada del edificio lanzó la mirada en dirección al lugar por el que había huido el niño. Al contrario que la avenida principal, atestada del humo y los truenos de los coches, en esa calle no había nada de tráfico y el silencio se sentía con intensidad. El niño habría girado a la izquierda en la esquina. Ichiko corrió con agilidad. A ambos lados de la calle se levantaban muros de hormigón o de bloques de cemento, de forma que no había vegetación tras la que esconderse. Naturalmente, el niño estaba pegado al muro algo más allá, tras la esquina que había doblado, como una salamanquesa. Unos ojos le devolvieron a Ichiko una mirada fija. No podía distinguir la expresión del chiquillo. Cuando iba a acercarse, el niño echó a correr. Estaba claro quién iba a ganar. Al menos, es lo que pensaba Ichiko. Tras correr unos cien metros atrapó al niño. No se había cruzado con nadie. El brazo que había agarrado Ichiko era resbaladizo y templado. Una sensación desagradable, como si de verdad hubiera atrapado una salamanquesa, brotó de su mano y le recorrió todo el cuerpo. De pronto, el niño empezó a gritar. Ichiko creyó que se había echado a llorar, pero en realidad no era así: estaba gritando. El niño vestía una camiseta sin mangas; de todos los poros del cuerpo le salía un sudor graso. Sin querer, sorprendida por esa piel resbaladiza y el grito extraño, Ichiko abrió la mano. Pero no estaba dispuesta a dejarlo huir y lo sujetó por la cintura del pantalón.

—¿Por qué has tirado una piedra? —inquirió Ichiko asustada—. Rompes el cristal de mi ventana de una pedrada y huyes. ¿Qué pretendes con eso?

Las palabras de Ichiko no habían brotado en busca de respuesta, sino como una reacción al miedo inexplicable que sentía.

—¿Sabías que estabas haciendo algo malo? Si es así, podría entenderlo. Pero no fue así, ¿verdad? ¿Por qué lo hiciste? Eh, ¿por qué? —continuó Ichiko.

Su voz sonaba paralela al grito interminable del niño. Ichiko notó que, a lo largo de la calle, se abrían puertas y ventanas, y comprendió que la gente se asomaba para ver qué sucedía. No le quedaba otro remedio que soltar lo que agarraba. El niño escapó y su presencia se hizo más endeble, como si fuera un hilo de caramelo líquido que va estrechándose cada vez más. El grito se había detenido, pero Ichiko sintió que, desde algún lugar del infinito, una cara le sacaba la lengua y se burlaba de ella. El eco de aquel grito violento resonó sin fin en sus oídos.

Cuando el guardia entró en la sala con el médico, la niña seguía llorando. Aunque fingiera el llanto, tenía que ser muy arduo llorar a gritos durante diez minutos. Si un niño puede albergar semejante capacidad en su interior, se trata de un poder que supera la comprensión de los adultos.

—Venga, que te vea el médico —dijo Ichiko acercándose a la niña. Por naturaleza, nunca le habían gustado los niños, y uno capaz de proferir una llantina que no parecía humana le aterraba.

—Señorita Nozawa, no es preciso que sea tan amable con ella. Ahora tengo que interrogarla —le dijo el vigilante cuando se aproximó.

El llanto se detuvo en seco y la niña miró al vigilante; lo escrutó con un ojo que parecía asomar por un agujero rasgado en el llanto. E, inmediatamente, rompió a llorar y el llanto ocupó toda la sala. El cabello castaño de la peluca se balanceaba incitante, y las bragas rosas de encaje, seguramente robadas, asomaban una y otra vez. La cadena con la turquesa de imitación estaría probablemente guardada en un bolsillo.

Cuando el médico se acercó, Ichiko y el vigilante retrocedieron unos pasos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el doctor.

De nuevo, por un instante, el llanto cesó y la niña echó un breve vistazo. Sin embargo, esta mirada le resultó a Ichiko levemente distinta de la anterior. Sin ser capaz de comprender cuál era la diferencia, observó a la niña, que había parado por completo de llorar y levantaba despacio la cabeza cubierta por el cabello castaño.

—Me llamo Ruriko —le contestó la niña ondulando su espalda delgada.

—Dime tu nombre y tu apellido con claridad —preguntó el médico arrodillándose ante el sofá en el que la niña estaba acostada.

—Ruriko Yoshimura.

Y luego pudo oírse un suave jeje, semejante a una risa femenina que

escapaba por el aire. El vigilante pasaba las páginas del archivo que había abierto sobre la mesa. Era una lista de delincuentes reincidentes que le habían enviado otros establecimientos. Ichiko le preguntó al vigilante con la mirada y éste le devolvió un gesto que respondía con una negativa.

—Me han dicho que te duele la barriga. Dime, ¿dónde te duele? —El médico se dispuso a colocar la mano en la tripa de la niña.

—Ay, no, eso no —contestó ella con voz melosa.

Entonces, como si la niña le hubiera indicado algo, Ichiko se fijó atentamente en el médico. Acababa de ser consciente de la esencia masculina de ese médico de mediana edad al que había visto en varias ocasiones.

—En realidad no llorabas, era un llanto falso.

—¡…!

La niña no dijo nada, pero reaccionó airada ante esa palabra, *falso*.

—Si me dices tu nombre y tu dirección, y muestras todo lo que has robado, dejo que te vayas —dijo el vigilante de forma cortante desde su silla.

—No he hecho nada, nada he robado —respondió la niña alzando una voz pegajosa.

El médico se incorporó y retrocedió unos pasos. La niña comenzó a mesarse el cabello y a arreglarse el vestido con las dos manos, otorgando con estos movimientos un carácter lascivo a lo que acababa de ocurrir. La niña continuó haciendo lo mismo durante un rato. Era claramente consciente de que con esa actuación atraía la atención de los hombres.

El médico continuó alejándose hasta que llegó a la puerta de la salita. Entonces volvió a sonar el llanto de la niña.

—Dices que te duele la barriga, pero si no te examino no puedo saber dónde te duele —dijo el médico, regresó y volvió a arrodillarse ante el sofá.

—Ya está bien, es suficiente —dijo Ichiko. Que el médico no fuera consciente de nada le irritaba, pero que pudiera ser consciente de algo también le irritaba.

—¿Qué has robado, Ruriko? —preguntó el médico.

—Esa peluca y el colgante que, sin duda, tiene escondido en un bolsillo; esas dos cosas —dijo Ichiko de inmediato, con maldad. No quiso mencionar las bragas, aunque tenía presente cada acto perverso de la niña y sentía ganas de hacerle daño. Sentía que podía percibir incluso la temperatura corporal de aquel hurto: había ido a la sección de lencería, había robado las bragas y se las había puesto sobre su ropa interior en el cuarto de baño.

—¿Una peluca y un colgante? —La niña escrutó a Ichiko con una astuta mirada animal.

El vigilante mantuvo la cabeza baja mientras rellenaba un formulario que tenía extendido en la mesa.

—Dime tu nombre y tu dirección —dijo el vigilante, repiqueteando con la punta del bolígrafo en el formulario.

—Ruriko Yoshimura. Itabashi-ku XX, Tokio —contestó la niña con aspereza, como si fuera una persona distinta a la que había contestado al médico.

—¿A qué colegio vas?

—¿Por qué quiere saber eso?

—Responde a las preguntas que te haga, pide disculpas por lo que has hecho y todo habrá terminado.

—¿Disculpas? ¿Tengo que disculparme?

—Vamos, quítate esa peluca y devuelve el colgante. Saca todo lo que tengas dentro de los bolsillos y ponlo encima de la mesa.

Al oír eso, la niña se levantó de golpe. Se puso de puntillas, extendió los brazos horizontalmente y volvió sobre sí como si practicara un paso de ballet y, a continuación, sonrió sin dirigir la mirada a nadie de la salita.

—La peluca es mía. Yo la compré —dijo la niña y se llevó la mano a la cabeza—. Y cuando dice colgante, ¿se refiere a éste? También lo he comprado —continuó, extrayéndolo del bolsillo del abrigo. Aparte del colgante, solo tenía nueve monedas de diez yenes.

—¡Basta ya de burlas! —No fue el vigilante, sino el médico quien habló.

Entonces la niña volvió a actuar con coquetería. Guardó silencio y jugueteó con el cuerpo, moviéndolo con la elasticidad de una babosa. Comenzó a hacer una serie de gestos con los brazos pegados al cuerpo, juntó un antebrazo al otro y los movió a derecha e izquierda, luego enlazó las manos y se las llevó a la cara, primero a la mejilla izquierda y después a la derecha. La cadenita le colgaba de las manos, y la piedra azul de imitación se balanceaba y brillaba con cada uno de los movimientos. Ichiko se dio cuenta de que la cadena ya no tenía la etiqueta con el precio.

—Coja la peluca, señorita Nozawa —dijo el vigilante.

Cuando Ichiko arrancó la peluca de la cabeza de la niña se mezclaron la sensación de crueldad que le invadía, una impresión semejante a la de desgarrar en vivo el cuero cabelludo de la niña, y el olor intenso, como animal, que emanaba de su cabeza. Y vio que en la peluca tampoco estaba ya la etiqueta con el precio.

—¿Lo ve? ¿Ve que es cierto lo que digo? —dijo la niña con agresividad, como si hubiera adivinado el pensamiento de Ichiko de que bastaba encontrar la etiqueta para ratificarlo.

Los dos artículos estaban identificados con la marca de los grandes almacenes, sin embargo, la niña había conseguido eliminar con

habilidad cualquier prueba de que se trataba de objetos robados.

La niña empezó a llorar de nuevo. Daba la impresión de que iba a desmayarse, así que el médico la rodeó con los brazos. Sin embargo, el efecto de la magia ya había concluido y la niña había regresado a su ser anterior. Era una niña sucia, un frágil ser infantil semejante a un gorrión, envuelta en ropa como si estuviera dentro de unos papeles arrugados, que sólo podía romper en llanto sobre el pecho del médico. También el médico, sin siquiera darse cuenta, había perdido su carácter masculino para mutar en un simple padre o protector.

—¿Qué hacemos? —le preguntó el vigilante a Ichiko con los ojos. Ichiko estaba de pie, aturdida. Como no había ninguna evidencia de que la niña hubiera robado la peluca ni el colgante, todo se le presentó como el resultado de un sueño extraño.

—Quizá lo mejor sea que la lleve a su casa. No parece muy normal. Y no le llega con esto para regresar —dijo el vigilante a Ichiko señalando las monedas.

Ichiko se cambió de ropa para salir a la calle y comenzó a andar; la niña se movió lentamente tras ella. Tardarían unos cuarenta o cincuenta minutos en metro hasta llegar a la dirección que les había dado la niña.

Ichiko continuó caminando expuesta a la muchedumbre que volvía a casa en plena hora punta. Si se detuviera un breve instante sin seguir el flujo que ordenaba la corriente, si en ese tiempo suspendido tuviera un pensamiento, la masa jamás la perdonaría. Esa muchedumbre la detectaría inmediatamente y la señalaría al unísono: «Esa persona». Como si obedeciera a una ley física de la dinámica, toda esa masa compuesta por personas que hasta entonces eran entes individuales y dispersos se centraría en un objetivo único llamado Ichiko. Porque Ichiko estaba hundida; estaba hueca o vacía. No, no era sólo por eso. También era porque había activado innecesariamente, aunque fuera sólo un instante, el mecanismo del pensamiento.

Sin embargo, ahora Ichiko no sintió tal temor. Probablemente se debía a que estaba con la niña. Sentía como si anduviera con ella sobre una prolongación de aquel arcoíris invisible a los ojos. Aun así, en su estudio de la niña se mezclaba algo del temor que se siente ante una babosa o una salamanquesa.

—Eres estudiante de primaria, ¿verdad? —Calculaba que aún no estaba en *Junior high school,* los estudios que van de los trece a los quince años, y sabía que no respondería a la pregunta—. ¿Cuántos años tienes? ¿Nueve? Eso calculo, ésa es probablemente tu edad.

Ichiko tenía curiosidad por saber cómo era la familia de la niña. Si se aislara esa sustancia denominada «niño» de una familia normal y corriente y se observara el material recogido, tal vez esa sustancia tendría una apariencia semejante a la de esa niña. ¿Aparecería

entonces, cuando un niño se encontraba solo, algo maligno que resultaba invisible cuando estaba con su familia?

—¿Fuiste a esos grandes almacenes tan distantes sólo para hacer eso?

De hecho, nunca se sabe qué va a tramar un niño. Si se observara el interior de su cabeza con un microscopio especial, tal vez podrían verse en él babosas o salamanquesas.

—Ruriko Yoshimura, un nombre bonito —siguió hablando sola Ichiko.

Tras salir de la estación de metro tuvieron que andar más de diez minutos. La niña caminaba delante y entró en la enorme zona común de una gran urbanización.

El complejo residencial estaba emplazado en el distrito tokiota de Itabashi-ku. Se sucedían distintos tipos de viviendas, casas independientes, chalés adosados y apartamentos en bloques de hormigón construidos con formas rectangulares, de estrella o curvilíneas. La niña entró en un edificio con la inscripción *Zona B Edificio H,* y al llegar frente a la entrada del número 312, en el tercer piso, abrió la boca por primera vez y dijo:

—Aquí es.

Había de verdad una placa en la que figuraba el apellido Yoshimura. La puerta de hierro estaba cubierta de polvo blanco, y la caja para depositar las botellas de leche estaba desanclada y se había caído al suelo. La niña tiró del picaporte de la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entró.

En los días libres Ichiko tenía la costumbre de quedarse en casa y escuchar, tumbada, música en la radio. En el trayecto de ida y vuelta del trabajo se cruzaba con la multitud, en su trabajo se encontraba a la multitud, así que lo único que deseaba los días libres era estar ante algo casi intangible.

Pese a hacer lo mismo que siempre, hoy los pensamientos le interrumpían la música.

—Señorita Nozawa, ven un momento. Mira. Ésa es la persona que vino a buscarte el otro día. Ha vuelto otra vez.

Yoshie, de la sección de corbatas, había ido la víspera a su lugar de trabajo para decirle esas palabras.

—Esto parece acoso —había reaccionado Ichiko.

—Hala, qué cosas más raras dices. —El rostro de Yoshie reflejaba alegría.

—No sabe mi nombre, ¿verdad?

—Por eso mismo no se pude tratar de acoso.

—Se refirió a mí como una persona que tiene una mirada tal que da la sensación de que su ojo derecho sea algo más grande que el

izquierdo. No me gusta nada, me hace sentir como si estuviera señalando mis defectos personales.

—No, no imagines lo que no es, no pasa nada.

Mientras hablaban se acercaron al mostrador. Ichiko dirigió la mirada al lugar que señalaba Yoshie y vio a una mujer que estaba inclinada sobre el mostrador y ojeaba lo que había bajo el cristal.

—¿Una mujer? —dijo Ichiko sorprendida.

—¿Qué clase de persona te habías imaginado?

Cuando Yoshie pronunció esas palabras, Ichiko se dio cuenta de que, pese a la inquietud que le había provocado aquella visita, ni siquiera había sido capaz de pensar en el sexo ni en la edad de la persona que había ido a buscarla. En cualquier caso, Ichiko se dirigió directamente hacia la mujer.

—Soy Ichiko Nozawa —dijo al detenerse junto a ella.

La mujer que levantó la mirada hacia ella era en realidad mucho más joven de lo que parecía desde lejos, podría ser aún una estudiante.

—Ay, no —exclamó Yoshie, tapándose con la mano la boca que se le había abierto por la sorpresa.

Yoshie le explicó enseguida que ésa no era la mujer que había ido a buscarla el otro día. Pero, por lo menos, había quedado claro que la visitante era una mujer joven. A pesar de ello, la identidad de la mujer joven se le escapaba igual que un pez que se desliza entre los dedos y, al carecer de cualquier pista sobre quién podría ser, Ichiko se quedó atrapada en un enigma.

—¿Por qué habrá venido a buscarme una desconocida? —le preguntó Ichiko a Yoshie en la pausa de la comida.

—Probablemente se haya equivocado —dijo Yoshie, ya algo harta de la conversación.

—Alguien a quien no conozco, una persona que ni siquiera sabe mi nombre, viene a buscarme. ¿Qué demonios significa esto?

—Nozawa-san, parece que tuvieras cargo de conciencia por algo.

—Cargo de conciencia. Sí, sin duda. Ya que lo dices, el simple hecho de estar viva me genera cargo de conciencia.

—Eres demasiado exigente. Estás muy cansada.

Se había llegado de nuevo a esa conclusión.

Ichiko apagó la radio, que emitía *jazz* moderno, y salió de casa con la bolsa de la compra.

Debido a que por la mañana iba menos gente, el supermercado parecía más amplio. El edificio era relativamente nuevo y tanto el suelo como el techo, la pared y las estanterías estaban pulidos y relucientes y brillaban como el oro; hasta los alimentos estaban cubiertos de plástico reluciente y también brillaban.

«Parece como si estuviera en el extranjero», pensó Ichiko, aunque

nunca hubiera estado en el extranjero. Se sentía así porque era una hora diferente a la que solía pasar por el supermercado cuando volvía a casa después del trabajo.

Cuando estaba decidiendo qué comprar, comenzó a retumbar en el interior del supermercado un sonido semejante al chillido de un pájaro. Por supuesto se trataba de una voz infantil. Sin embargo, la parte sensible de Ichiko competía con su racionalidad y esto le impedía decidir cuál de las dos fuentes posibles del sonido era el verdadero emisor. En fin, sin llegar a decantarse por una de las dos, continuó haciendo la compra bajo el chillido. No escuchaba el sonido de forma intencionada, pero su intensidad le obligaba a sentirlo. Era imposible no oír una voz como aquélla. El niño que chillaba no se encontraba dentro del campo visual de Ichiko, y la voz parecía aparejarse al llanto de aquella niña de los grandes almacenes y al grito del niño que había roto el cristal de su casa. Cada uno era diferente, pero, pese a las diferencias, de alguna forma existía un vínculo inexplicable entre los tres gritos.

Ichiko metió setas *shiitake,* limones y puerros en la cesta. Las pobres verduras estaban asfixiadas bajo el plástico. A cada producto natural le habían pegado una etiqueta con el precio, de forma que los habían convertido a la fuerza en simple mercancía.

«Es como si estuviera en el extranjero», volvió a pensar Ichiko.

La voz chillona del niño se aproximaba a ella. Al mirar en la dirección de la que procedía, apareció un hombre con gafas de sol, que sólo podía describirse como vulgar, arrastrando a un niño por la mano. Ichiko no podía distinguir si se trataba de un varón o de una niña; le habían puesto un pantalón acampanado de rayas rojas y, a pesar de que aún no tenía suficiente edad para andar, el hombre tiraba de la criatura y ésta avanzaba sobre el suelo sucio prácticamente a gatas. El hombre, aparentemente su padre, lo llevaba a rastras como si fuera un fardo.

—*Yacom prado aisu, yacom prado aisu* —dijo el hombre. Parecía que intentaba tranquilizar al niño, que no dejaba de proferir esa voz similar al chillido de un pájaro.

—*Yacom prado aisu, yacom prado aisu.*

El sentido auditivo de Ichiko se había irritado y no fue capaz de comprender el significado de esas palabras.

En el interior del supermercado casi vacío, el hombre y el niño seguían dando vueltas y más vueltas de esa extraña manera.

—*Yacom prado aisu, yacom prado aisu* —repitió el hombre.

Al oír esas palabras, a Ichiko se le intensificó la sensación de estar en un lugar extranjero. Para colmo, en ese momento apareció una mujer cuyo maquillaje acentuaba su vulgaridad a lo Sofía Loren y los tres se marcharon juntos, en familia. Daba la impresión de que la

mujer estaba embarazada.

—Está preñada de algo no humano —pensó Ichiko, y siguió a la familia con la vista mientras desaparecía.

Fue tras terminar las compras cuando Ichiko comprendió lo que querían decir aquellas palabras que no había entendido: «Ya he comprado un *aisu* (*icecream*), ya he comprado un *aisu*».

Tal vez motivada por la extraña sensación que le había provocado lo sucedido, y a pesar de que iba cargada con la bolsa de la compra y de que tardaría más de treinta minutos en llegar, sintió el impulso de dirigirse a aquel enorme complejo residencial. Era la mañana de un día entre semana, de modo que la niña estaría en la escuela. Quizás la curiosidad que sintió Ichiko por descubrir qué clase de padres tenía la niña se debía a que había presenciado el comportamiento de los padres del pequeño en el supermercado.

El complejo de viviendas era un laberinto blanco. Aunque, a pesar de ser blanco, la suciedad humana se había ido colando gradualmente en la blancura y, poco a poco, la había deteriorado. El viento hacía ondear la ropa tendida de una manera perturbadora. Era un aire amarillento. La ropa interior blanca que colgaba en el vecindario probablemente amarilleaba al secarse con ese aire una y otra vez. Y, a pesar de eso, las amas de casa la lavarían continuamente y con insistencia para revertir el proceso. En los espacios que quedaban entre las hileras de hormigón de los bloques de viviendas se formaban corredores batidos por el viento, y ese viento atacó a Ichiko desde todas direcciones. Su pelo volaba y el polvo terroso se lo encrespaba. Los niños que vivían ahí correteaban envueltos entre ráfagas de viento.

Ichiko llamó a la puerta del apartamento 312 situado en la zona B, edificio H.

—¿Qué quiere? —Se asomó una vieja sombría.

—Como pasaba cerca de aquí, me he acercado a ver… ¿Se encuentra bien Ruriko Yoshimura? Yo soy quien la trajo el otro día, cuando no se encontraba bien en la ciudad —dijo Ichiko y trató de curiosear el interior desde la puerta.

—¿Ruriko Yoshimura? —repitió la mujer mayor en un tono dubitativo antes de hacer un gesto como si fuera a cerrar la puerta. Tendría unos 70 años, pero sorprendentemente no presentaba el aspecto ajado de la vejez, sino que parecía envuelta en algún tipo de levedad e indiferencia.

—Sí, ella. Es su nieta, ¿no?

—Soy soltera.

—Ah. Entonces, ¿no vive aquí Ruriko Yoshimura?

—No sé nada de ella. Jamás he conocido a una niña que se llamara Ruriko.

«Pero abrió esta puerta y entró en la casa», pensó Ichiko. «Quizás recientemente le haya robado algo», estuvo a punto de preguntarle Ichiko a la mujer, pero no lo hizo. Porque entonces sintió como si, tras cruzar el umbral de esa puerta, aquella niña que se había exhibido delante del médico hubiera desaparecido.

—¿Así que no existe esa niña? —dijo Ichiko como hablando para sí.

El tren rápido de la línea central Chûo transportaba a Ichiko desde su pueblo natal hasta Tokio. A través del gran ventanal penetraba una abundante luz blanquecina e hipnótica. El vagón tenía una calidez agradable, y esa calidez le permeaba el cuerpo. En el exterior, las arboledas verdes resplandecían y el cielo estaba saturado de luz. Ichiko se había tomado tres días libres y había ido a pasarlos a su pueblo. Allí había recibido todo el tiempo esa luz solar que crecía día a día con el avance de la primavera, y la luminosidad había enriquecido su mente y su cuerpo. Antes incluso de tomarse esos días de vacaciones ya había notado una mejoría.

—Pareces totalmente recuperada —le dijo Yoshie.

Ichiko quiso preguntarle de qué se había recuperado, pero se guardó las palabras. No sufría de ninguna neurosis.

—Si gimes de dolor porque te duele, por ejemplo, el estómago, temes que ese dolor no acabe jamás, pero en realidad eso nunca sucede y siempre te acabas curando. En cambio, hay cosas de las que nunca te recuperas, como la sensibilidad que se arrastra desde el nacimiento —le contestó Ichiko.

Cuando llega la primavera, con frecuencia se producen ilusiones ópticas. Ichiko solía ver este tipo de fenómenos en su pueblo. Llamas descoloridas y fundidas que oscilaban con intensidad sobre los tejados, en las orillas del río y encima de los muros de piedra, como si alguien las hubiera prendido con una cerilla. Sin motivo aparente, por alguna asociación de ideas, Ichiko recordó un tipo de fuego fatuo, el llamado «fuego del fantasma del zorro». E imaginó una transparente llamarada roja brotando de la enorme boca abierta de un zorro.

En realidad, desconocía qué era exactamente el fuego del fantasma del zorro. Sin embargo, tenía casi la total certeza de saber de sobra en qué consistía el fenómeno. Se sintió impaciente, como inquieta, al tratar de recordar cuándo y dónde había tenido la oportunidad de verlo, pero finalmente no llegó a encontrarlo en la memoria.

En la estación K subieron dos niños, en apariencia hermanos, con una mujer de unos 34 o 35 años. La mujer no seguía la moda corriente; era sobria, llevaba un mínimo maquillaje en el rostro elegante y parecía inteligente. La apariencia de los dos niños mostraba con claridad una buena educación y el aspecto típico de los vástagos de buena familia. Los niños no vestían con lujo superfluo, lo que

acrecentaba de forma patente el orgullo que la madre sentía por ellos. Ichiko calculó que el mayor tendría 11 o 12 años y el menor, 8 o 9.

Ichiko estaba sentaba en un asiento del lateral izquierdo del pasillo, y los dos niños se habían sentado juntos, en el lado derecho, unas filas delante y en el mismo sentido que ella, de forma que le daban la espalda. El menor estaba pegado al pasillo. La madre se sentó en el lado izquierdo, en un asiento en línea con el de Ichiko, así que no podía verla. Ichiko miraba a los niños sin prestar mucha atención, y posó los ojos en la espalda del menor, al que podía ver con claridad.

De tanto en tanto, el niño dejaba caer la parte superior de su cuerpo en el reposabrazos del asiento. En una ocasión, tras hacer ese movimiento, giró medio cuerpo, volvió la cabeza hacia atrás y dirigió la cara hacia el rostro de Ichiko. Las miradas de Ichiko y del niño se encontraron. El niño tenía unos ojos negros redondos y unas pupilas bonitas. Ichiko pudo verle con claridad las pestañas curvadas. Cuando esos niños y su madre habían subido al tren, Ichiko sintió que el aire del vagón se iluminaba. Ahora descubrió que esa luminosidad emanaba del menor, no sólo de su rostro, sino de todo él. El hermano mayor resultaba demasiado perfecto, y eso le otorgaba cierta rigidez, pero en el menor había un punto de desequilibrio. Esa sensación, combinada con su edad, le conferían un enorme atractivo.

Después de cruzar su mirada con la de Ichiko, el niño repitió, en orden inverso, la secuencia de movimientos que había hecho antes hasta que recuperó, lentamente, la postura previa y volvió a mirar al frente. Entonces su hombro izquierdo se relajó y la carne de su espalda pareció ablandarse. Como si la mirada de Ichiko tirara de él y lo arrastrara, el niño comenzó a moverse y a girar despacio hacia el lado en el que estaba ella, hasta que, finalmente, volvió la cabeza y miró de nuevo a Ichiko. Esta vez los ojos del niño no se movieron por casualidad antes de unirse a los de ella. La mirada iba cargada de intención y buscaba confirmar algo que le había quedado pendiente en la ojeada anterior. Entonces Ichiko le sonrió. Como si la reacción le hubiera asustado, el niño regresó de inmediato a su postura anterior. Pero, de nuevo, volvió a darse la vuelta para buscar los ojos de Ichiko. De forma gradual, la mirada del niño se fue transformando levemente en cada giro hasta que comenzó a parecerse a la mirada con la que los hombres observan a las mujeres. Ichiko calculó la diferencia de edad entre ella y el niño. Y en ese momento recordó el coqueteo de la niña con el médico en la salita de seguridad de los grandes almacenes unas semanas antes.

Como las dudas sobre el domicilio de la niña no la dejaban tranquila, Ichiko había vuelto otra vez a visitar a la mujer mayor apellidada Yoshimura. Entre aquellos bloques de hormigón trazados con formas diversas, unos rectangulares, algunos al modo de una

estrella y otros curvilíneos, sintió que, si no hubiera grabado en la mente el letrero *Zona B, Edificio H, apartamento 312,* se habría metido en un laberinto maldito de edificios que se repetían indefinidamente. El cielo estaba azul y muy seco. Eran días perfectos para hacer la colada una y otra vez. La ropa tendida ondeaba al viento en cada balcón del inmenso complejo como si se tratara de banderas izadas para indicar la vida pujante de cada familia poseedora de una de esas viviendas.

En la urbanización se extendían anchas calles asfaltadas trazadas en líneas rectas o semicirculares. Ichiko comenzó a caminar por una calle cuyo firme se inclinaba de izquierda a derecha. ¿Por qué estaba tan desnivelada la calle?, ¿la habrían asfaltado sin nivelar el suelo antes? La gente que pasara cada día por allí se sentiría desequilibrada, pensó Ichiko. Ocupada en cavilaciones sin sentido mientras andaba, Ichiko se dio cuenta de que se había pasado la esquina en la que tenía que haber girado. Calculó a ojo y tomó un camino que la llevaría en dirección a la zona B, edificio H, apartamento 312. Una bicicleta con un adorno de la máscara de Kamen Rider, el héroe de la serie infantil que luchaba contra el mal, yacía junto a una caja de galletas tirada. Se acercaron tres niños y uno de ellos cogió la caja. Parecía que habían quedado algunas galletas dentro, porque el niño empezó a comerlas como un perro callejero. De repente, otro de los niños echó a correr y se acercó al montón de residuos que se apilaban junto a la máquina incineradora; había cajas de papel, botellas vacías y restos de residuos. Con agilidad, siguiendo algún criterio selectivo, tomó una caja de cartón. Con todas sus fuerzas trató de arrancar un elemento curvo de plástico que estaba adherido al cartón. Sin embargo, no pudo extraerlo fácilmente. Finalmente, con violencia, rompió la caja en pedazos. ¿Qué haría ese niño con un simple trozo de plástico? Cuando por fin lo consiguió, el niño gritó de júbilo y, acarreando el plástico con las dos manos, se marchó corriendo hacia la entrada de hormigón.

—Es lo mismo —dijo Ichiko hablando sola.

Ichiko continuó andando. En el camino se cruzó con estudiantes de primaria que volvían a casa. ¿Por qué sentía de pronto fascinación por los niños? La explicación parecía residir en aquella niña. Vio a un grupo de siete u ocho con mochilas de estudiante que lanzaron un grito y echaron a correr. Observó con atención a la única niña que estaba en la pandilla mezclada con los chicos. El grupo se abalanzó sobre un parterre de flores que alguien había levantado en un terreno vacío. Dentro florecían algunos narcisos amarillos. Los niños los arrancaron todos y, con furia, corrieron hasta desaparecer detrás del edificio.

—Es lo mismo.

Ichiko estaba cada vez más segura.

Resultó que no había nadie en el apartamento 312 de la zona B, edificio H, que tenía la placa con el apellido Yoshimura. El piso no estaba cerrado con llave y cualquiera podía abrir y cerrar la puerta. Cuando Ichiko preguntó a un vecino que estaba en la planta inferior, éste le explicó que la anciana vivía sola y que allí no había ninguna niña.

«Pero estoy segura de que entró en la casa. Yo la vi», seguía diciéndose Ichiko mientras caminaba de vuelta.

El tren llegó a la siguiente estación y uno de los asientos situados de cara a los que ocupaban los niños se quedó vacío. La madre iba a desplazarse a ese asiento libre, pero rápidamente, antes de que pudiera hacerlo, el niño menor lo ocupó. Entonces la madre se sentó en el que el niño había dejado libre. Como resultado de ese cambio, el niño e Ichiko acabaron sentados a unas filas de distancia, pero frente a frente. Sin duda, ésa había sido la intención del niño.

El niño permanecía sentado con la mirada baja posada en un libro ilustrado. A pesar de que miraba el libro, no pasaba una sola página. Podía ser que el niño estuviera inquieto porque Ichiko lo estaba observando. El hermano mayor vestía una chaqueta gris y una corbata roja, pero el pequeño llevaba un conjunto azul marino bajo el que asomaba el cuello de una prenda deportiva.

Al principio el niño se había dado la vuelta una y otra vez para verla, pero luego había abandonado la estrategia de volverse contantemente hacia ella. Ahora, mientras dejaba vagar la vista por el libro ilustrado, daba la impresión de que estudiaba cómo aprovechar la nueva posición que había conseguido al cambiar de asiento. Era como si en ese cerebro infantil, de un niño de apenas 8 o 9 años, ya se hubiera instalado con firmeza el orgullo de un hombre adulto que evita mirar a una mujer de modo imprudente, y ese intento le causara inquietud. De vez en cuando esa mirada caída se deslizaba por el suelo del pasillo y se alzaba sutilmente hasta que llegaba al límite del asiento de Ichiko y entonces volvía a deslizarse hacia atrás y regresaba al punto de partida.

Entretanto, Ichiko vio cómo la madre sacaba de un bolso enorme un termo y vasos de papel y servía zumo a sus hijos. El niño menor levantó la vista para asir el vaso que le ofrecía su madre y, en ese preciso instante, como si hubiera llegado su oportunidad, lanzó una mirada a Ichiko. En ese momento, como si fuera un *flash* fotográfico, le lanzó una sonrisa. Y, al tiempo, el vaso se le cayó en las rodillas y el zumo amarillo se derramó.

—Makio-san, eso no está bien. No has sujetado el vaso con firmeza.

A Ichiko le llegaron las palabras de la madre. Eso fue lo que la madre le dijo a su hijo mientras le secaba las rodillas, con presteza, con un gran pañuelo blanco.

«Makio. ¿Qué *kanjis* concretos utilizarán para escribir ese nombre?», pensó Ichiko.

—Lo que has hecho es de mala educación y no debe hacerse en público. Estabas mirando para otro lado.

Ichiko reaccionó a las palabras «mirando para otro lado» y tuvo la impresión de que, simultáneamente, el niño también reaccionaba. Y esta vez no le destinó una sonrisa, sino una rápida mirada cómplice. Las miradas del niño y de Ichiko se cruzaron como si ese encuentro ratificara que la madre desconocía a qué otro lado miraba su hijo. Sin embargo, esta vez Ichiko no sonrió. Inicialmente le había brindado una sonrisa al niño como señal de reconocimiento, pero tras esa sonrisa había continuado mirándolo con intensidad.

El niño se volvió más atrevido y sagaz a partir de la oportunidad que le había proporcionado su desliz. Pese a que su hermano mayor y su madre estaban sentados frente a él, el niño inventaba excusas continuas para lanzarle ojeadas a Ichiko. Si la mirara directamente podría verla sin dificultad, pero en vez de hacerlo así permanecía con los ojos bajos, posados en el libro, a la espera de la más mínima ocasión. De ese modo, fingiendo que no miraba de forma deliberada, le echó un vistazo cuando su hermano se dirigió a él y otra vez que se movió para contener un bostezo. Sin embargo, cada vez que aprovechaba una de esas excusas, el niño traicionaba su disimulo y su mirada se volvía más coqueta. Parpadeaba intencionadamente, y, cuando lo hacía, las pestañas curvadas parecían las de una niña.

Ichiko y el niño continuaron con ese juego durante una hora, pero luego a él se le ocurrió probar una estrategia más atrevida. Se levantó para ir al baño y caminó por el pasillo en dirección a Ichiko. Y, tal como ella había imaginado, justo al pasar a la altura de su hombro, el niño le dirigió una mirada seductora. En ese instante Ichiko percibió un aroma infantil, semejante al olor de la leche. El chocante contraste entre ese olor y la mirada furtiva dotaron a ese acto sugerente de un carácter absolutamente único.

«Bonito, ¿cuántos años tienes?».

Si Ichiko se hubiera dirigido al niño de esa forma, todo se habría resquebrajado. De haberlo hecho, la situación se habría reducido a la de una mujer corriente a la que le gustan los niños. Y no hay nada más opuesto al erotismo que el diálogo entre una mujer amable y un niño. Además, a Ichiko los niños no le gustaban en absoluto.

«¿Adónde has ido hoy?».

«Qué bien te llevas con tu hermano».

«¿En qué zona de Tokio vives?».

Cualquiera de esas preguntas habría roto la atmósfera, frágil como una figura de cristal y cargada de tensión, que se había erigido a lo largo de esa hora. Desde algún lugar manaba una luz que se reflejaba

en cada una de las múltiples caras de esa figura de cristal y creaba tonalidades de arcoíris. Nadie más del vagón lo percibía. Debido a su sutileza, resultaba casi imperceptible. Hasta que el niño subió al tren, Ichiko jamás había imaginado que pudiera suceder una cosa así, y nunca había experimentado nada parecido. Aunque tratara de volver a sentir algo semejante, en cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, casi con total certeza no lo lograría, no podría volver a percibirlo como real. Se trataba de una construcción tan frágil que bastaba el más leve descuido por su parte para que todo se desvaneciera. Hacía ya tiempo que, por momentos, crecía la inestabilidad generada por el niño en el interior del vagón. Y el papel de Ichiko en ese escenario consistía únicamente en mirar, nada más que en eso.

La luz de la tarde que entraba por la ventana y la temperatura creciente habían mecido a Ichiko en la pereza. Todo se había llenado de algo resplandeciente, como si en el aire flotaran infinitas partículas de mica, e Ichiko percibió que transitaba con los ojos abiertos por el interior de un sueño. Sin embargo, seguía viendo a la gente dentro del vagón y oía el ruido de las ruedas; no dormía de verdad.

Aquella niña llamada Ruriko Yoshimura y el niño de este vagón, al que habían llamado Makio, bailaban juntos en una danza vaporosa. No se trataba de un baile festivo ni de una danza escolar. Se asemejaba más a esos bailes monótonos y melancólicos de la nobleza que tenían lugar en los palacios occidentales que Ichiko había visto en las películas.

A menor tamaño, como un séquito que rodeaba a la niña y al niño, se movían otros niños. El niño que había roto el cristal de la ventana con la piedra, la criatura del supermercado que pronunciaba palabras cuya lengua era incomprensible, el chiquillo que había destrozado con violencia la caja de cartón en la inmensa urbanización, los estudiantes de primaria que habían destruido, igual que haría una manada de perros salvajes, las flores de narciso del parterre de la urbanización antes de marcharse…

Los niños elevaban sus voces suaves y exclamaban *hooo,* y entonces, del centro del círculo de los bailarines, se alzaba una llama bermellón y transparente. El aire que exhalaba de sus bocas era lo que se convertía en esa llama.

«Eso es el fuego del fantasma del zorro», pensó Ichiko y despertó del sueño.

Ichiko se sentía incapaz de determinar si había sido un buen o un mal sueño. En su conciencia profunda permanecía algo escalofriante.

El niño se quedó de pie frente a su madre mientras ella le quitaba el chaleco de lana que llevaba entre la chaqueta y la ropa deportiva. La

temperatura en el interior del vagón había subido tanto que, probablemente, el niño había comenzado a sudar. Tras quitarse el chaleco, se había puesto de nuevo la chaqueta. Como un niño pequeño incapaz de hacer nada sin ayuda, dejaba que las manos expertas de su madre actuaran; sin embargo, por encima del hombro de su madre, sólo los ojos del niño escapaban con astucia del papel de niño educado y enviaban miradas coquetas a Ichiko.

Un día, de camino al almacén, Ichiko pasó junto a la sección de pelucas. Cuando llegó a una de las columnas anchas que separaban las secciones, percibió que, en el límite de su campo visual, brillaba algo dorado. Entre las pelucas de cabello negro y castaño había algunas de pelo rubio que eran las que lanzaban esos destellos. Al mirar allí con calma vio que había cuatro o cinco mujeres probándose las pelucas delante de los espejos. La niña estaba entre esas mujeres. Aquella otra vez había elegido una peluca de color castaño, y ahora se había puesto una rubia. Era un modelo de media melena que le llegaba a los hombros. Ataviada con la peluca, la niña posaba y cambiaba de postura para contemplar su imagen en el espejo. Gracias a la peluca, la niña destilaba una sensualidad que en sí misma no poseía. Mejor dicho, tal vez se trataba de algo propio, escondido en su interior, que la peluca conseguía hacer patente. Con la peluca en la cabeza hasta su aspecto miserable se veía engalanado de polvo de oro.

De nuevo la niña descubrió a Ichiko. Le dirigió una mirada penetrante. Las dos miradas se retaron en duelo, pero ahora, a diferencia de la vez anterior, la niña empujaba poco a poco a Ichiko. Y, tocada con el cabello rubio de una señorita de buena familia, sonrió con total seguridad.

—No, no me vas a engañar con esa trampa —murmuró Ichiko. —Ichiko pasó de largo, como si no la hubiera visto, igual que si estuviera esquivando algún peligro—. Si tanto deseas tener esa peluca rubia, quédatela —dijo a la espalda de la niña.

Cuando volvió del almacén y paso de nuevo junto a la sección de pelucas, la niña ya no se encontraba allí. La peluca rubia, que Ichiko daba por hecho que habría robado, coronaba la cabeza de un maniquí. Ichiko lo observó unos segundos. Tuvo la impresión de que en la cara del maniquí se veía el rostro de Ruriko Yoshimura.

Haruyo caminaba a paso rápido entre la multitud. A pesar de su estatura, siempre calzaba zapatos de tacón alto. Le gustaba la sensación de marcar cada paso con la precisión ligera que otorga una puntera fina y estrecha. La gente siempre elogiaba su forma de andar. Tap, ship, tap, ship. Cuando caminaba, la flexibilidad de la suela de cuero al curvarse le transmitía una sensación de juventud. Pero ahora Haruyo caminaba más deprisa aún que de costumbre.

Tenía prisa. La visita le había llevado más tiempo del previsto y seguro que los niños estaban hartos de esperar.

—¡Ey!

Haruyo emitió un gritito contenido y, nada más hacerlo, percibió que otra persona que iba entre la multitud, en sentido contrario, había exclamado un *¡ey!* semejante.

Haruyo y el otro viandante caminaban a paso rápido, y ambos, como dos coches que dieran un frenazo repentino, se detuvieron en seco en mitad del paso de cebra.

La otra persona desanduvo sus pasos. Era Iwao Matsuyama. Habían pasado trece años desde que ambos se graduaron en la misma universidad. Haruyo le habría visto unas tres veces poco después de la graduación, pero luego la empresa en la que él trabajaba lo envió a una sucursal fuera de la ciudad; desde entonces no había vuelto a saber de él. De hecho, no sabía nada de él ni de ninguno de sus compañeros de entonces. Era Haruyo quien, de forma consciente, había cortado el contacto con todos.

—Has regresado a la oficina central —dijo Haruyo y se fijó en Iwao Matsuyama, que parecía haber ensanchado una talla. Mientras lo observaba, tuvo la impresión de que brotaban de él los recuerdos del pasado como si se tratara de un olor viciado. Los rostros de sus compañeros de entonces comenzaron a dibujarse en torno a la cara de Iwao como si alguien los delineara con tinta simpática. A derecha e izquierda de ambos fluía una corriente incesante de personas que regresaban a sus casas tras el trabajo.

Una voz interior le susurraba a Haruyo: «No te detengas, sumérgete en la marea de los que pasan, vete de aquí lo antes posible». Probablemente se trataba de un instinto defensivo, de protección, que su cuerpo emitía.

—También él ha vuelto. ¿Lo sabías? Ah, ya lo sabías —dijo Iwao Matsuyama.

El impulso de zambullirse en la marea de gente y marcharse, detonado de forma instintiva por su cuerpo, se debía, probablemente, a la premonición de que Iwao Matsuyama iba a decirle

inmediatamente esas palabras. Haruyo se quedó atónita con esa revelación. Iwao Matsuyama había malinterpretado la expresión vacía del rostro de Haruyo cuando oyó la noticia y pensó que ella ya lo sabía.

—No, no sabía nada —respondió Haruyo, pronunciando las palabras en voz muy baja.

Él. Toshiaki Igawa.

Cuando era niña, Haruyo soñaba algunas veces con un puente colgante. No sabía por qué aparecía ese elemento en sus sueños. En realidad, sólo había cruzado un puente colgante una o dos veces, en alguna excursión del colegio. No podía recordar cuándo había sido ni dónde. Cuando cruzaba ese puente colgante, construido únicamente con cables y tablones, suspendido en el aire sobre ríos clavados en montañas profundas, cuando llegaba al centro y miraba hacia abajo, el puente se mecía y ella sentía como si algo diabólico, ajeno a este mundo, cruzara emitiendo un sonido chirriante al rozar con el aire. La sensación crecía hasta el límite de lo soportable y Haruyo sentía que, si cayera en ese vacío infinito, jamás llegaría al fondo.

Esa sensación la había experimentado realmente. Pero en el sueño se le había adherido una impresión distinta. En el sueño le invadía una inestabilidad, la impresión de irse disolviendo en una fuerza más grande; ella, impotente, quieta en mitad del puente colgante, miraba embobada al azul del cielo. Bajo sus pies se abría un cálido abismo infernal. «Peligro, peligro», en algún lugar resonaba un chirrido semejante al graznido de un pájaro. Era una sensación de sufrimiento y, al mismo tiempo, de placer. Incapaz de decidir qué opción era mejor, si continuar avanzando hasta cruzar del todo y pisar tierra firme o dejarse caer en el infierno caliente, Haruyo permanecía quieta en mitad del puente, que oscilaba de un lado a otro, fuera de sí por completo.

Por alguna razón, Haruyo recordó que había tenido ese sueño algunas veces cuando era pequeña.

—¿Qué ocurre? ¿He sido inoportuno? —dijo Iwao Matsuyama con una sonrisa burlona. Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo una tarjeta de visita y se la ofreció a Haruyo; con unos golpecitos con la punta del dedo señaló su cargo y el lugar en el que trabajaba.

—¿Es verdad lo que me has dicho? —preguntó Haruyo. Apartó la mirada de él y la bajó a la tarjeta de visita en la que figuraba la información de Iwao Matsuyama.

Adjunto al director
Departamento comercial
Sección dos
XXX Trading Company

Iwao Matsuyama recogió la tarjeta de visita que acababa de darle a Haruyo, sacó un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y, con rapidez, anotó una serie de cifras en la parte posterior.

—*Él* está ahí. El *él* de entonces. Quizás he sido imprudente, quizás no debería haberte dicho nada.

En ese momento los ojos de Iwao Matsuyama mostraron un cariz bondadoso en esa cara que había ensanchado.

El semáforo cambió de color y, a esa señal luminosa, los dos prosiguieron con premura sus caminos contrapuestos, cada uno hacia su destino. En el espacio en el que ambos se habían detenido un instante a contemplar una piedra de rubí llamada pasado, una corriente de coches comenzó a circular a derecha e izquierda. Haruyo se dio la vuelta en la acera e, instantáneamente, sintió que ese rojo resplandor rubí quedaba aplastado por los neumáticos de los coches que avanzaban sin tregua. En la acera de enfrente, Iwao Matsuyama miraba a Haruyo y le decía adiós con las manos.

A ojos de Haruyo, toda la ciudad se había convertido en un puente colgante, suspendido del cielo amarillento del crepúsculo, que se balanceaba.

Cuando miró la cara posterior de la tarjeta confirmó lo que se había figurado. Las cifras 587 11 XX correspondían a un número de teléfono.

Haruyo se quedó quieta en la acera. Inmóvil, saboreó la percepción de que otra Haruyo había emergido desde el interior de la Haruyo que, hasta ese momento, caminaba con prisa para volver a casa y preparar cuanto antes la cena a los niños, que estarían esperándola. Sin embargo, una Haruyo rechazaba a la otra y todo su cuerpo gesticulaba en un rotundo «no».

Se sintió tan inestable que deseó agacharse allí mismo ante la imposibilidad de sostener su cuerpo. Recordó que, tiempo atrás, había sentido con frecuencia ese mismo deseo de agacharse, dondequiera que estuviese.

Haruyo miró a su alrededor. La metrópoli, la multitud que volvía a casa, la aglomeración urbana, la inmensa cantidad de tiendas. Parecía asombroso que, a pesar de la innumerable acumulación de personas y elementos que había en torno a ella, éstos no tuvieran el más mínimo vínculo con lo que sucedía en su interior. Haruyo sintió como si se estuviera quedando sola, aislada en el interior de una burbuja apartada, rodeada de vacío. Y tan extraño como eso era que una simple palabra pronunciada por Iwao Matsuyama la hubiera sacudido con una fuerza capaz de arrancarla con raíces de la tierra, como a una planta.

«Pasión», se dijo Haruyo.

Algo que sólo podía ser definido como pasión removía el interior de

Haruyo.

Volvió a mirar la tarjeta de visita que sujetaba entre el índice y el pulgar como si manipulara una carga explosiva y, sólo en el interior de su boca, pronunció, uno a uno, cada uno de los números que Iwao había escrito con rapidez.

«Cinco. Ocho. Siete. Uno. Uno…».

Números que podían llevarla al pasado si, en ese instante, los marcara en un teléfono público. Números capaces de abrir la puerta de un pasado que ella había cerrado con fuerza.

Él. Toshiaki Igawa.

Como una fuerza violenta, el pasado había golpeado para infiltrarse en el presente. Como si Iwao Matsuyama hubiera golpeado a Haruyo cuando cruzaba el paso de peatones antes de marcharse.

Existe un elemento denominado pasión que, al tocarlo, conduce irremediablemente a la autodestrucción. De algún modo, en el interior de este mundo hay un yacimiento subterráneo de ese elemento llamado pasión. Aquellas personas que nunca han entrado en contacto con él pasarán toda la vida sin conocer su existencia. Ella misma, si no hubiera conocido a ese hombre llamado Toshiaki Igawa, habría podido pasar perfectamente sin llegar a conocerla. Ni su marido ni otros hombres le habían dado nunca acceso a ese yacimiento.

—Pasión —balbuceó Haruyo y echó lentamente a andar.

Un elemento que, una vez palpado, ya no puede dejar de tocarse, que lleva finalmente a la persona a destruirse; pese a que esa persona se aleje de él, éste nunca desaparecerá. En el abismo más profundo de este mundo, su energía negra y caliente continúa manando. No todo el mundo puede entrar en contacto con él por mucho que lo desee. Sin embargo, una mujer puede adquirirlo a través de un hombre que se lo inocule.

Cuando Haruyo llegó a casa, los niños corrieron a recibirla con gritos. Le sorprendió que jamás hasta entonces hubiera experimentado el rechazo que acababa de sentir por ellos.

—Cariño, ten cuidado con los coches, por favor —le dijo Haruyo a Eizô cuando lo acompañaba hasta la verja. Era la primera vez que pronunciaba una frase de este tipo.

—Todo está bien, no te preocupes, no pretendo que me ocurra como a Satokichi.

Eizô se refería al hermano de Haruyo, fallecido recientemente en un accidente automovilístico. Mientras hablaba, tiraba con fuerza del gozne de hierro de la verja.

—Ayer me desperté en mitad de la noche y pensé qué sería de mí si fueras tú el que desapareciera.

De nuevo, Haruyo pronunció un tipo de frase que jamás había

dicho.

—Aunque hubiera una persona en cualquier lugar tramando algo para tenderme una emboscada, me libraría de ella. Cada vez que hay algún peligro, escapo indemne. Tengo ese don, siempre ha sido así.

Eizô solía repetir esa cantinela de que no existía nada que pudiera hacerle daño. Mientras hablaba se agachó para comprobar el estado de los goznes de la verja.

—No es eso a lo que me refiero. Si te murieses de repente, me quedaría perdida, sin saber qué hacer. —Al pronunciar cada palabra, Haruyo fue consciente de que se estaba poniendo nerviosa.

—Las bisagras están a punto de ceder. Las cambiaré el domingo. Di a los niños que tengan cuidado. Si les cayera encima una verja tan pesada, sería espantoso.

Eizô se sacudió las manos para desprender el óxido que se le había adherido.

—Eres tú quien tiene que estar atento para que no te golpee un coche cuando conduzcas. Sea hoy, mañana o pasado.

Haruyo dijo su última frase atípica y miró fijamente a Eizô.

Desde la ventana de la planta superior, los niños llamaban a su padre:

—Papá, papá.

Eizô movió la mano hacia ellos y comenzó a andar por el camino paralelo a la verja.

—Ay, qué poca imaginación tiene —suspiró Haruyo y observó cómo se alejaba la figura de Eizô. Su espalda ancha era poderosa, segura como un arma contundente. Y todo su cuerpo estaba recorrido por nervios prácticos que siempre le protegerían de caer en la red de una trampa, aunque en algún lugar alguien la estuviera tramando. Incluso parecía carecer de cualquier nervio que no tuviera un sentido práctico. Se trataba de alguien que jamás pensaría la razón de por qué estaba allí, o de por qué su mujer estaba allí.

Haruyo había despertado en mitad de la noche con la sensación de que una especie de memoria dolorosa acababa de emerger de la profundidad del sueño. Entonces pensó qué sería de ella si, de pronto, desapareciera su marido. Desde que había contraído matrimonio, jamás había pensado algo similar ni le había contado a su marido nada parecido.

¿Por qué Eizô no había percibido la anomalía de esa conversación?

Mientras lo meditaba, Haruyo comenzó a caminar tras Eizô, que avanzaba en dirección a la parada del autobús. Se dio la vuelta y miró a la ventana de la planta superior; las caras de los niños ya no estaban. Al recibir el sol directo de la mañana, la cortina con motivos florales brillaba con un fulgor excesivo.

—Cariño, te acompaño un poco —dijo Haruyo al acercarse a Eizô.

—¿No es demasiado temprano para ir al supermercado? —dijo Eizô sin aminorar la velocidad.

—No es eso. Simplemente, se me ha ocurrido caminar contigo —sonrió Haruyo en actitud de coquetería.

—Ah, bueno.

—¿No te parece que estoy algo extraña esta mañana? —dijo Haruyo, dispuesta a ir directamente al meollo del asunto.

Eizô detuvo el paso, sacó un cigarrillo, se lo llevó a la boca y lo prendió.

—¿Sí?

—Anda, se te ha caído un pelo.

Con dos dedos, Haruyo pellizcó un pelo caído sobre el hombro de Eizô. Al hacerlo, sintió como si hubiera cogido algo extraño. Así percibió el pelo de Eizô, el hombre al que se había habituado a lo largo de doce años. Simultáneamente sintió que estaba recordando la familiaridad de otro pelo, distinto de éste. Era un pelo que siempre estaba lavado y desprendía un agradable olor a fijador. Las marcas del peine se imprimían claramente en él y mantenían peinado ese cabello corto, negro y duro.

Haruyo percibió en ese instante, brotando de la memoria, el aroma del fijador. En el aire fresco de la mañana primaveral, la corpórea atmósfera del pasado flameó como una llamarada.

—Qué rara estoy, ¿verdad? —repitió Haruyo como si tratara de sacudir a Eizô. Los dos caminaban juntos hacia la parada del autobús como una pareja feliz.

El recorrido era el mismo que hacía cada mañana, cuando llevaba a su hija mayor a la guardería. Pero ahora, como era dos horas más temprano que de costumbre y la luz del sol era distinta, tenía la sensación de recorrer un camino nuevo.

—No puedo estar siempre atento a los sentimientos de otras personas.

—¿Te refieres a mis sentimientos?

—No. Me refiero a percibir los sentimientos de cualquier persona. Es así, Haruyo. Es simplemente así.

—¿Qué es simplemente así?

—Lo único seguro es lo que se ve con los ojos, lo único infalible.

—Pero hoy, ¿no crees que hay algo en mí diferente a lo habitual? Como puedes ver, es perceptible que estoy andando contigo hasta la parada del autobús.

—Tranquila. Estás igual que siempre —dijo Eizô y expulsó el humo del cigarrillo al aire de la mañana.

Haruyo sintió una punzada de renuncia o desesperanza. Había cambiado significativamente desde el día anterior, y su marido ni se había dado cuenta. Pensó que haría un esfuerzo al día siguiente y al

otro para que su marido se percatara. Sin duda, sería un esfuerzo un tanto extraño. En realidad, no era conveniente que Eizô se diera cuenta del cambio. Pero Haruyo quería comprobar si podía provocar una leve fisura en la existencia, firme como un muro, de su marido.

«Y eso que es debido a ese carácter por lo que tengo confianza en él», se repetía Haruyo, pegada a Eizô, mientras caminaban hacia la parada del autobús.

Este tipo de marido que sólo apreciaba la cara externa de Haruyo y desconocía su interior era el marido ideal, un guardián que la protegía de la pasión que podría causarle el daño del fuego. En caso de que ese marido falleciera hoy en un accidente repentino, ella se convertiría con certeza en un cálido torrente de agua que sería inmediatamente engullido en dirección al número de teléfono que le había dado Iwao Matsuyama.

Tras despedir a Eizô, a Haruyo se le antojó ir a ver el mar. Cuando se lo contó a los niños, la hija mayor insistió en que no la dejara en la guardería, así que Haruyo tuvo que llevarse con ella a los dos niños. Desde el día anterior se irritaba cada vez que le llegaba la voz aguda de sus hijos.

—Primero paso por la casa familiar, dejo allí a los niños con mi madre, que vive sola, y sola, cuanto antes, voy a ver el mar. Quiero estar sola en la orilla del mar de la costa de Shônan, el lugar al que cada verano, de joven, iba con mis padres y mi hermano pequeño.

Desde que había llegado a casa la víspera, Haruyo había estado todo el tiempo en la compañía de su marido y de sus hijos, sin posibilidad de estar sola. Cuando su ser interior ardía, se expandía y ascendía hasta la boca; cuando su existencia flotaba fuera de sí y sentía que sus pies abandonaban la tierra; cuando se irritaba al sentirse como secuestrada por alguien en algún lugar que no era su lugar, preparar la cena igual que siempre, mantener una conversación en la mesa y responder de forma cuidadosa a las preguntas que los niños lanzaban sin descanso suponía una tortura.

—Quiero quedarme sola cuanto antes. Quiero enfrentarme conmigo misma a solas.

Como no se sentía con las fuerzas necesarias para conducir, decidió que irían en taxi a la estación de Tokio y allí tomarían el tren.

El taxi tenía la radio encendida. Estaba sintonizado, a un volumen alto, un programa con consejos para gente corriente. Sin más remedio que escucharlo, Haruyo tuvo que oír la voz de una mujer de mediana edad que explicaba lo deprimida que se sentía, días tras día, por la imposibilidad de pagar un préstamo que había solicitado, por lo que su vida estaba desbordada y pensaba que su única escapatoria era el suicidio. Cuando terminó la conversación, otra voz, también de una mujer de mediana edad, relató sin pausa su preocupación por las

relaciones que su marido tenía con otras mujeres. No parecía tratarse simplemente de infidelidad, pues ambos cónyuges se amaban. Sin embargo, el marido tenía relaciones con otras mujeres, cometía adulterio de forma constante e insistía en mantener una relación abierta y libre.

—Es como un monstruo. Un monstruo de amor. Sí, es de mi marido de quien hablo —dijo la mujer.

—Pero usted, ¿qué solución querría encontrar al problema? —preguntó el conductor del programa. —La mujer guardó silencio—. ¿Quiere encontrar una solución para que su marido esté únicamente con usted, o quiere buscar la forma de obtener un divorcio que pueda serle favorable? —dijo el hombre guiando a la mujer. —La mujer continuó en silencio—. De todos modos, debería tomar una decisión. Si sigue en la situación actual, no hará más que sufrir. Piense y dígame qué desea hacer y, según lo que me muestren sus palabras, trataré de darle consejo.

—Voy a matarlo.

—… Eh, señora…

—Ya lo he hecho. Lo he matado.

—Por favor, ¿puede apagar la radio? —le pidió Haruyo al conductor.

Cuando el sonido de la radio se detuvo, los niños comenzaron a armar jaleo.

Tal vez había entendido mal la última frase de la mujer. Haruyo se arrepintió de haberle hecho apagar la radio al taxista sin corroborarlo.

Al observar la ciudad de Tokio por la ventana del tren, Haruyo sintió que ese paisaje al que estaba acostumbrada albergaba algo insinuante. La ciudad, que hasta ayer se avenía con la vida cotidiana que llevaba y se extendía como una prolongación de esa existencia, brindaba ahora una atmósfera atractiva y aterradora al tiempo, por el hecho de que el aire de la ciudad era el que respiraba Toshiaki Igawa.

«Así que ha vuelto de los Estados Unidos de América», se repitió Haruyo.

Cómo podía cambiar la atmósfera de una ciudad dependiendo sólo de que se tuviera información de la presencia de un hombre en ella. No se trataba de que esa persona estuviera o no estuviera, sino de saberlo: eso era lo que marcaba la diferencia. El pasado de Haruyo, enterrado en vida, había recobrado el aliento, y Haruyo miraba con los ojos entreabiertos, como si quisiera evitar la brillante luminosidad de la ciudad, una visión que estaba preñada de memorias y esperanzas, que se asemejaba a un ser vivo y se encontraba envuelta en un cálido halo luminoso.

—Mamá, vamos al mar. ¿A cuál vamos? —La hija mayor llevaba un rato repitiendo la misma pregunta.

—Mamáááá, mamáááá. —El hijo pequeño emitía un sonido semejante al que hacen los muñecos que hablan.

—¿Por qué vamos a ver el mar? Dímelo, ¿por qué vamos? No estamos en verano. ¿Por qué?, ¿por qué? —insistía la niña.

Haruyo observaba fijamente el exterior a través de la ventana del tren. Le parecía percibir los latidos del corazón de Igawa Toshiaki que emanaban de algún lugar del paisaje de la ciudad.

—Mamá, estás muy rara —dijo de pronto la hija mayor con una voz aguda y se echó a llorar—. Tengo miedo. Tengo miedo de ti, mamá —dijo entre sollozos.

—¡Tengo miedo, tengo miedo! —repitió el pequeño como un loro.

A pesar de esas palabras, Haruyo continuó como si no hubiera oído nada.

De repente percibió la voz de la mujer que había oído minutos antes en el programa de radio en que daban consejos a los oyentes. Haruyo se imaginó que era ella quien estaba atormentada por las deudas y se dirigía con decisión al mar para suicidarse con sus dos hijos pequeños. En ese caso, muy probablemente, los niños sentirían miedo de su madre, una mujer que miraba fijamente algo imaginario, y experimentarían una reacción física. En esa situación hipotética, el océano que se extendía mucho más allá de la vista de la mujer sería un frío mar rizado, de un color plomizo y festoneado por crestas blancas a modo de dientes. Sin embargo, Haruyo contemplaba ahora un mar totalmente diferente. En esa escena, los deseos que habían estado profundamente sumergidos emergían y flotaban en la superficie como una lámina de aceite, y esa capa confería al mar un deslumbrante colorido de arcoíris.

—Por fin —soltó Haruyo en su casa natal, en la que había sido su habitación, cuando se quedó sola.

Haruyo sacó del bolso aquella tarjeta de visita como si extrajera material explosivo. La sostuvo en la mano derecha y la observó. Observó fijamente el número de teléfono escrito en el reverso. El número podía ser de su trabajo o de su casa. Pero Iwao Matsuyama había comentado que estaría allí, así que probablemente se trataba del número del trabajo.

La luz perezosa de la primavera flotaba con languidez.

Desde la habitación no se veía la casa vecina, oculta por el gran jardín, sólo un cielo brillante recortado por el marco de la ventana. El agua del estanque del jardín se reflejaba en el techo y creaba en él ondas como espejismos.

Haruyo se levantó de repente, aunque despacio. Quizás por la altura de la planta de arriba, quizás por la luz que llenaba el cuarto, se sintió como si estuviera sobre un puente colgante. Intentó agarrar algo real para evitar quedarse suspendida en el aire y comenzó a bajar despacio

las escaleras. Al pie de la escalera estaba la entrada y allí había un teléfono.

0348512XX

Haruyo hizo girar el disco del teléfono con cada número. No, jamás podría haberlo hecho en su casa. Sintió que la razón por la que había ido hoy a la vivienda familiar no era contemplar el mar, sino marcar ese número en el teléfono de esa casa.

—¿Diga? —respondió una decidida voz masculina.

Haruyo sintió que, tras un latido grave, su corazón había dejado de emitir otros latidos, así que su interior se había quedado extrañamente mudo. Ese silencio le oprimía dolorosamente la carne del pecho y le provocaba asfixia.

—Pues… —balbuceó Haruyo.

—Sí. Habla con la XXX Trading Company. Departamento comercial, sección dos —continuó la voz.

Haruyo se quedó desorientada.

—Ah, ¿usted es el señor Matsuyama? Eres Iwao Matsuyama, ¿no?

Enseguida se dio cuenta de que se había equivocado de número. Advirtió que su angustia se desvanecía hasta convertirse en una sonrisa y se sintió repentinamente aliviada. Se estremeció con sólo pensar que Toshiaki Igawa hubiera respondido. Además, después de tanto tiempo, ¿qué iba a decirle de improviso a Toshiaki Igawa?

—Discúlpame por lo de ayer. De verdad, lo siento mucho —dijo Iwao Matsuyama. Su tono de voz sonaba como si se estuviera inclinando ante ella detrás del auricular.

—No, no digas eso —respondió Haruyo.

—…

El silencio se mantuvo un tiempo a ambos lados de la línea. Haruyo esperó a que el otro comenzara a hablar.

—Vaya, pues me tranquilizas. Me siento aliviado si no ha sido una molestia.

—¿Hice algún gesto, alguna expresión, que pudiera interpretarse en ese sentido?

—Pues…, un poco.

—¿Qué significa *un poco*?

—Si te soy sincero, se te puso una expresión tan heladora que me dejó totalmente sorprendido.

—¿De verdad?

Haruyo contuvo un grito y sintió que, también ahora, su rostro tenía esa misma expresión heladora.

La gente piensa que muestra en todo momento la cara que considera su rostro característico. Imagina que la cara que ha visto e identificado por la mañana en el espejo es la que continúa teniendo a lo largo del día; cree que cuando se encuentra con alguien y mantiene una

conversación con otra persona, conserva aún esa misma cara que contempló por la mañana en el espejo.

Haruyo recordó algunas historias que había leído. Un día, una mujer atormentada por una pasión se asomó al río y vio en la superficie el rostro de una *hannya,* el demonio femenino devorado por los celos del teatro *noh*. La mujer fue contando a todo el mundo que había encontrado una *hannya* en el río. Lo que no sabía es que esa cara que había visto era la suya, reflejada en la superficie del agua.

El demonio femenino *hannya* no es sólo algo imaginario. Cualquier mujer normal puede convertirse en una *hannya* si se dan las circunstancias. Tal vez le brotarán cuernos, los ojos se le agrandarán, se le saldrán de las órbitas y se volverán dorados. La cara adquirirá una expresión tal como si estuviera a punto de ser presa de las llamas. Esto puede ocurrirle fácilmente al rostro de un ser humano.

Es cierto. En aquellos días… Haruyo estaba a punto de recordar algo relacionado con una *hannya*.

—Sobre Igawa… —dijo Iwao Matsuyama.

—¿Qué ha sucedido para que haya regresado de los Estados Unidos?

Haruyo detuvo lo que estaba a punto de recordar y regresó al momento presente.

—Hubo un problema en la embajada de Washington D. C. Igawa había ascendido al puesto de primer secretario en la carrera diplomática, pero regresó al Ministerio de Asuntos Exteriores. Volvió ya el año pasado.

—¿Qué tipo de problema sería?

—No te preocupes, no era un lío de faldas.

—No, es ese tipo de persona que jamás protagonizaría un escándalo por un asunto de mujeres. Nunca, lo tengo absolutamente claro. Aunque estuviera enredado en múltiples asuntos relacionados con mujeres, se mostraría ante todos perfectamente pulcro. Así es él, alguien frío como el hielo —dijo Haruyo, recordando la cuidada forma de vestir, con trajes impecables, de Toshiaki Igawa.

—Venga, no te pongas tan seria. Todo es ya antiguo, agua pasada —dijo Iwao Matsuyama, rió y colgó el teléfono.

Entonces, lo que había estado a punto de recordar instantes atrás explotó y manó como un chorro de lava. Haruyo cogió una cajetilla de cigarrillos que su madre había olvidado y enfiló la escalera para regresar a la habitación.

—Mamá, ¿no vamos al mar?

—Mamáää, mamáää.

Las voces pegajosas de sus hijos trepaban desde la base de la escalera y se le enredaban a Haruyo.

Haruyo se quedó en el descansillo de la planta de arriba y, desde allí, miró a sus hijos. Se dio cuenta de todo el amor con el que los

había envuelto; sin embargo, ahora los miró con apatía. Sus hijos le parecieron unos animales molestos, desconocidos.

Cuando una mujer deja de verdad que un hombre entre en su vida, el instinto maternal prácticamente se desvanece. Éste fue el pensamiento de Haruyo.

—Mamá, eres una mentirosa. ¡Mentirosa! —gritaron los niños a dúo.

Haruyo entró en la habitación en la que había estado poco antes. Allí se dejó envolver por la nostalgia.

Habían pasado catorce o quince años, ella era una estudiante universitaria; a veces iba a reuniones que organizaban sus amigos en las que se bailaba. Un día se vio con Toshiaki Igawa antes de ir a una de esas reuniones que iba a comenzar al atardecer.

En esa época, Haruyo quedaba con Toshiaki Igawa como si se arrojara a las profundidades del averno. Con él, su cuerpo ardía como una antorcha. Era semejante a la madera de pino que, al prender, expulsa al aire una poderosa llamarada debido a la resina que contiene. Cuando estaba en la intimidad con Toshiaki Igawa, no existía nada incoherente, superfluo, impreciso o insuficiente. Descubría, sabía que estaba en el infierno, toda su carne lo percibía, pero al tiempo sentía que ése era el lugar al que pertenecía, en el que debía estar, y de ese modo el tiempo se enriquecía. Toshiaki Igawa la llevaba a un hotel lujoso al que nunca iría un estudiante. Reservaba la habitación para alojarse toda la noche, pero nunca se quedaban a dormir. Él transformaba el aire de esa habitación en una pira ardiente, pero esa atmósfera jamás se filtraba al exterior de ese espacio. Cuando abandonaban la habitación y tomaban un té en el *lobby,* él se convertía en un hombre desagradable.

—Se te ha corrido el carmín, ve al lavabo a retocarte el maquillaje.

—No te exaltes, en el instante en que una persona pierde la educación, la fealdad se hace patente.

—El color del bolso y el de tu ropa no están conjuntados con armonía. Me avergüenza estar con una mujer que no viste de forma apropiada.

Las conversaciones que mantenían en el *lobby* del hotel transcurrían con frecuencia de ese modo. A pesar de que Toshiaki tenía la misma edad que Haruyo, su forma de hablar era la de un hombre de mediana edad, y eso cuadraba perfectamente con él.

Aquella tarde, justo antes del baile, tomaron té en el *lobby* igual que de costumbre.

—Tienes perfume, ¿verdad?

—Sí, tengo tres o cuatro frascos; mi padre me los trajo del extranjero.

—Me refiero a si ahora tienes perfume.

—¿Por qué?

—Vamos a ir al baile, ¿entiendes qué quiero decir?

—No, lo siento.

—Soy incapaz de bailar con una mujer que desprenda olor corporal; si me sucediera eso con una mujer, nunca volvería a bailar con ella.

Hasta que encontró a Toshiaki Igawa, muchos hombres le habían dicho a Haruyo que no había mujer que pudiera compararse con ella y habían alabado su rostro, su figura y su estilo. Sin embargo, cada vez que se enfrentaba a la opinión destemplada de Toshiaki Igawa, se sentía como una paleta.

Salieron del *lobby*. Cuando conducía su coche, Toshiaki Igawa se quedaba mudo y no abría la boca. Era habitual que se mostrara malhumorado, con una actitud totalmente opuesta a la pasión que acababa de mostrar en la habitación, pero aquel día el contraste se percibía excepcionalmente, tal vez porque la intimidad en la habitación había sido excepcional. Pervivía aún la memoria de su cuerpo convertido en una antorcha, y la diferencia entre esa memoria y el momento presente le desconcertaba.

En la reunión, Toshiaki Igawa no eligió a Haruyo, sino a otra chica como pareja de baile. Haruyo no la conocía. Cuando terminó una canción y comenzó la siguiente, él volvió a bailar con esa mujer. Haruyo no podía comprender por qué él le infligía ese desprecio, sólo intuía que su comportamiento era una especie de castigo. Apenas unos momentos antes, su cuerpo se había incendiado como una antorcha, y ese recuerdo estaba aún vivo en ella y desgarraba sus entrañas con crueldad. Sentía que sus órganos internos daban vueltas y más vueltas y se enroscaban, produciendo un dolor que se mezclaba con el calor residual del fuego.

Ahora Haruyo sintió como si estuviera experimentando, de forma vívida, aquella escena remota que había ocurrido catorce o quince años atrás. Tras años sin fumar encendió uno de los cigarrillos de su madre que había cogido sin preguntar. Había comenzado a fumar en el tiempo en el que trataba de olvidar a Toshiaki Igawa. En esa época, su madre le hizo llegar una propuesta de matrimonio y ella la aceptó con agrado. Fue entonces cuando dejó de fumar del todo. Sin embargo, Haruyo asociaba el sabor aromático de los cigarrillos al de la pasión.

Aquella tarde, en el baile, Haruyo había ido discretamente al aseo. El rostro que descubrió en el espejo era, claramente, el de una *hannya*. Podía deberse a que se había maquillado con prisa antes de abandonar la habitación o a que la transformación de Toshiaki le había provocado una transpiración sebácea incontrolada, el caso es que el maquillaje se extendía irregularmente. Se vio los ojos fuera de las órbitas y con un brillo metálico, y el pelo erizado.

En realidad, no existe tal monstruo legendario denominado *hannya,* pero lo que sí sucede es que una mujer corriente, en un momento cualquiera, en un instante preciso, bajo unas circunstancias concretas, se convierte en ese demonio. Si alguien lo presencia, lanzará un grito de sorpresa. Y sólo quien haya visto con sus ojos el reflejo de esa metamorfosis sabrá la razón por la que se convirtió en demonio *hannya.*

¿Cuántas veces se transformó Haruyo en *hannya* durante el tiempo que continuó viendo a Toshiaki? Hubo un tiempo en el que, cada vez que se citaba con él, se volvía sin remedio esa clase de demonio, hasta tal punto que un día fue incapaz de sostenerse.

Hay un tipo de hombres que provoca que las mujeres se conviertan en *hannya.* En general, son hombres amables, más apasionados que el resto. Sin embargo, este tipo de hombre arroja a las mujeres desde un crisol ardiente a una áspera y árida tierra. Si alguien ajeno lo observa de forma objetiva, será incapaz de determinar si se trata de un acto intencionado o no. Cuando este tipo de hombre se encuentra a solas ante una mujer, actúa con amabilidad y la mujer acaba quemándose por completo. No se trata de hombres frívolos o seductores. Y, a pesar de eso, las mujeres se esfuerzan en buscar inútilmente en ellos la auténtica masculinidad. Las mujeres nunca llegan a saber si es verdadero o no lo que perciben. La apariencia de esos hombres ofrece una masculinidad certera.

—Cariño —llamó Haruyo a Eizô, que estaba en la cama de al lado. La luz del jardín se colaba por una fisura de la puerta corredera exterior y pintaba líneas en la oscuridad.

Como Eizô dormía, Haruyo lo llamó varias veces, cada vez con la voz más alta, hasta que éste finalmente despertó.

—Dime, ¿me quieres? —preguntó Haruyo con una frase insólita en ella.

No lo hizo esperando respuesta, sino porque así, pensó, tal vez Eizô se daría cuenta de que ocurría algo extraño.

—¿Por qué te casaste conmigo? —continuó Haruyo con otra pregunta que jamás había formulado. Como Haruyo había saltado al vacío con los ojos cerrados al aceptar la propuesta de matrimonio que su madre le había ofrecido, nunca sintió la necesidad de preguntarle a su prometido sus sentimientos.

—Porque Haruyo era más hermosa que cualquier otra mujer.

Eso es lo que respondió Eizô. Si otro hombre hubiera pronunciado esas mismas palabras, habrían sonado a una aduladora frase hecha, pero cuando Eizô las dijo sonaron como una verdad objetiva.

—Es cierto, yo era muy hermosa. —Al decirlo, Haruyo pensó que Toshiaki Igawa había llevado a esa mujer hermosa a convertirse en una *hannya.* A Haruyo se le ocurrió la idea de contarle a Haruyo

historias de hombres que convertían a mujeres hermosas en demonios legendarios.

—Conoces a Masako Okamura, ¿verdad? —comenzó.

—¿Quién es? —Ésa era la respuesta que esperaba de Eizô.

—¿No te acuerdas? Una amiga de la universidad, aunque hacía mucho tiempo que no la veía —siguió Haruyo. El nombre, Masako Okamura, acababa de ocurrírsele en ese momento.

—No me acuerdo. ¿Vino a nuestra boda? —respondió Eizô con sinceridad.

—Pues me la encontré hace poco, por casualidad. Fuimos juntas a una cafetería y me contó de su vida. Resulta que estaba felizmente casada, pero el año pasado volvió del extranjero su antiguo novio. Masako Okamura es una mujer muy hermosa. Pero me contó que tiempo atrás, cuando estaba con aquel novio, a menudo se convertía en una *hannya*.

—Haruyo, mira, son las dos de la madrugada. Puedes contarme el resto de la historia el sábado por la noche.

Eizô respondió con un tono tal que era como si estuviera señalando con el dedo, de forma que Haruyo miró a la mesilla y vio que, efectivamente, las agujas luminosas del reloj indicaban las dos y cinco minutos de la noche.

—¿Cómo que el sábado por la noche? No puedo esperar tanto tiempo. Masako Okamura está en apuros. Tengo que darle algún consejo.

—Eso es, Haruyo, tú puedes pensar cómo aconsejarla y decírselo. Yo no soy muy hábil en esta clase de asuntos.

Los dos se quedaron callados y el silencio volvió la oscuridad más densa.

—Cariño, ¿me quieres? —volvió a preguntar Haruyo.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Lo único que digo es que en este momento no quiero escuchar la historia de tu amiga. Sólo eso —dijo Eizô y se volvió hacia el otro lado para intentar dormir.

«¿Por qué no se da cuenta de mi estado alterado? —pensó Haruyo —. ¿Me ama de verdad?», barruntó para continuar con sus pensamientos.

Exhausta de tanto bregar con la apariencia de autenticidad de Toshiaki Igawa, se había casado con Eizô, que parecía poseer una autenticidad sincera. Sin embargo, ¿cuál sería el verdadero carácter íntimo de la autenticidad de Eizô?

«Así que te casaste conmigo porque yo era hermosa. Bueno, imagino que lo era. ¿Así que era mi belleza externa, mi apariencia superficial, todo lo que te interesaba de mí? Es así, ¿no?», siguió Haruyo engarzando sus cavilaciones.

—Esta mañana me dijiste que, para ti, lo único infaliblemente cierto

era aquello que se podía ver con los ojos —dijo Haruyo en alto mientras arañaba, inquieta, la piel de Eizô. Esa cutícula tenía para ella un aire doméstico similar al del cuero del sofá que habían compartido largos años—. ¿No son los objetos materiales lo que se puede apreciar con la vista? Son sólo objetos —continuó Haruyo. Al tiempo que hablaba, pensó si alguna vez había echado un vistazo al interior de Eizô, cuya piel era semejante al cuero del sofá.

—Si intentas captar aquello que no se aprecia con la vista, estás buscando un imposible. Pon el límite de la búsqueda en aquello que puedes ver. Conténtate con eso. En eso consiste la sabiduría —dijo Eizô, todavía de espaldas a ella.

«Anda, habla como un filósofo. No imaginaba que fuera alguien que dice este tipo de cosas», pensó Haruyo.

—Ay, Masako Okamura. Tengo que hacer algo para ayudarla. Cariño, ya que eres capaz de pronunciar esos pensamientos sabios, ¿no podrías pensar en algo que decirle? Masako me habló sobre la diferencia entre lo auténtico verdadero y lo que tiene apariencia de autenticidad. Había sufrido mucho por esa apariencia de autenticidad de su antiguo novio y ahora se sentía feliz y segura al confiar en la autenticidad del hombre con el que se había casado —dijo Haruyo, hablando al tiempo que pensaba. Cuando alguien intenta con tesón captar la esencia interior de algo que se puede ver, sólo encuentra una apariencia de autenticidad; sin embargo, quien se queda sólo con lo que muestra la vista, puede pensar que ha conseguido captar lo auténtico. Y, a pesar de la autenticidad que percibía en Eizô, ésta podía ser equivalente a la autenticidad del sofá de cuero.

—¿Por qué Eizô no duda ante nada? Voy a tratar con todas mis fuerzas de que intente captar en mí lo que no se ve —se dijo Haruyo.

Haruyo sintió que había algo extraño en su intento de inquietar a su marido tras una vida conyugal estable de doce años. Era como si le lanzara una acusación que, en realidad, tendría que ir dirigida a Toshiaki Igawa.

Sonó un ronquido en la cama pegada a la suya. Haruyo se sintió como si yaciera en el corazón de las tinieblas. Tumbada, acechaba la existencia del ser que estaba casi pegado a ella y al que no veía. La duración de los ronquidos cambió. Eizô dormía ya profundamente y era como si sus ronquidos fueran la única señal de que estaba vivo.

«Pero ¿quién es esa Masako Okamura?». Si Eizô hubiera contestado con esas palabras y se hubiese puesto nervioso, habría mostrado una señal más clara de que estaba vivo.

Cinco. Ocho. Siete. Uno. Uno…

Haruyo giró el disco del teléfono. Hasta que al fin lo hizo, pasó diez minutos con los ojos fijos en el reloj, siguiendo el movimiento del

minutero. Alguien respondió sin que hubiera transcurrido el tiempo de un latido. Haruyo sintió como si el corazón hubiera abandonado su cuerpo y sus latidos sonaran en el aire.

—Ministerio de Asuntos Exteriores. Primera jurisdicción, división de Norteamérica —dijo la voz al otro lado de la línea. Era una voz muy ronca. ¿Habría llegado Toshiaki Igawa a tener esa voz? Siempre había tenido un tono grave, pero de grata sonoridad. Al recordar esa voz del pasado, Haruyo sintió los latidos de su corazón batir en lo alto, como si para llegar a ella cruzaran el aire desde un altavoz colgado en diagonal adonde estaba.

—¿Es usted el señor Igawa? —Haruyo supuso que, al hablar con dificultad, su voz sonaba con un timbre diferente al de costumbre.

—Igawa no ha venido hoy —dijo la voz al otro lado.

—¿No ha vuelto aún de Washington? —preguntó sin pensar sus palabras.

—¿Puede decirme quién llama, por favor?

—No, no pasa nada. ¿No ha ido hoy? De acuerdo.

—No creo que venga tampoco mañana.

—Ah, ¿y eso?

Al otro lado no respondieron a la pregunta. Haruyo se despidió y colgó el teléfono.

Haruyo se acurrucó en el suelo, encogida, delante del teléfono. Se sentía como si toda la energía fuera abandonando su cuerpo. Se preguntó cuántas veces a lo largo de su vida se había tenido que agachar así, encogida, por cosas relacionadas con Toshiaki Igawa. Delante de ella estaban las zapatillas rosas, una dada la vuelta, que su hija mayor había dejado antes de ir a la guardería.

—¿Es ésta la casa de Igawa? —había preguntado Haruyo haría unos trece años.

—Toshiaki no está ahora —le había contestado la madre a través del telefonillo.

—Enhorabuena por su aprobado en el examen para el cuerpo diplomático —respondió Haruyo marcando cada palabra con todas sus fuerzas para contrarrestar el tono formal de la voz del otro lado.

—¿Quién es usted?

—No importa. ¿No estará en todo el día?

—Probablemente tampoco esté mañana.

—¿Por qué?

Haruyo recordó la conversación, tan semejante, que había mantenido unos trece años antes.

Toshiaki Igawa era el prototipo de hombre con el que se tiene la sensación de que nunca se sabe qué hace ni dónde se encuentra, salvo en el preciso instante en que se está con él. Excepto en esos momentos en los que Toshiaki hacía la *parada Haruyo,* su tiempo le resultaba a

Haruyo algo brumoso, como el mar de nubes que se ve desde la ventana de un avión. Si ella le hubiera formulado la más mínima pregunta sobre eso, él la habría penalizado y habría cortado cualquier comunicación con ella durante dos o tres meses. De hecho, eso había ocurrido en una ocasión. Una vez Haruyo le preguntó a Iwao Matsuyama si Toshiaki se veía con distintas mujeres. La respuesta de Iwao Matsuyama fue que Toshiaki estaba muy ocupado en mantener relaciones con personas que pudieran cimentar su éxito en el futuro. Haruyo pensó que ese término, «relaciones», podía tener varios significados.

A modo de preparación perfecta, antes de ocupar su destino como diplomático en Washington se había casado con una mujer de una familia de abolengo, pero a Haruyo nunca le llegaron rumores sobre los asuntos amorosos de Toshiaki Igawa. A pesar de esa ausencia de rumores, Haruyo veía en todo eso una pura apariencia de autenticidad.

—Probablemente tampoco esté mañana.

—¿Por qué?

Haruyo daba vueltas, de forma imprecisa, a las dos conversaciones telefónicas que parecían repetidas. Si las contestaciones hubieran sido más concretas, como, por ejemplo, «Mañana también se ha tomado el día libre» o «Mañana tampoco estará en casa», las respuestas podrían haber supuesto un alivio. Tanto la madre de Toshiaki como el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores hablaron como si le ocultaran algo a Haruyo. O quizás, igual que hacía con Haruyo, él no daba ninguna información a su madre ni al personal de su trabajo, de forma que tanto la madre como el funcionario sólo podían responder con vaguedades.

Haruyo no pudo evitar llamar a otro número de teléfono.

—Le he llamado —le dijo Haruyo a Iwao Matsuyama.

—Y has notado cómo ha cambiado.

Esas palabras de Iwao Matsuyama sorprendieron a Haruyo.

—¿Cambiado? ¿Crees que él es capaz de cambiar? Es de ese tipo de personas incapaces de sufrir un cambio. Seguro que ahora está disfrutando de su vida de ensueño, con su mujer perfecta, sus hijos perfectos y su perfecto trabajo. El hombre modélico que siempre actúa bien y muestra a todos su excelencia. Finge como nadie, y lo hace a la perfección. Vive por eso y para eso —soltó Haruyo de un tirón.

—Pues parece que, mentalmente, está sufriendo —dijo Iwao Matsuyama.

Haruyo tocó con la punta del pie las zapatillas rosas de su hija mayor, tiradas en el suelo bajo el teléfono. Había hecho esta llamada arriesgada aprovechando el escaso momento libre que le dejaba la siesta de su hijo menor.

—Familia perfecta. Perfectas relaciones amorosas.

Haruyo prosiguió con su monólogo, era incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de Toshiaki Igawa con múltiples mujeres.

—No —masculló Iwao Matsuyama.

—¿Qué dices? ¿Tú qué sabes? —Haruyo se sentía como si la sangre manara desde una antigua cicatriz.

—¿Te contó algo?

—Si te lo acabo de decir: no estaba en el trabajo.

—Tenía que haberlo imaginado —contestó Iwao Matsuyama con voz de sujetar un cigarrillo en la boca.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Te lo he dicho, parece que está agotado.

—¿Por el solo hecho de estar cansado no acude al trabajo?

—No sé muy bien qué ocurre, pero ya no es como antes. Quizás se ha convertido en el clásico burócrata, el caso es que no desvela ni un solo detalle de sí. Antes ya era así con todos, pero conmigo no lo era. Sólo me dijo unas palabras: «Estoy agotado»; y me contó también que sentía que la presión atmosférica entre Estados Unidos y Japón era distinta y que era diferente la densidad de oxígeno.

Iwao Matsuyama no dijo nada más.

Sin poder obtener ni una brizna de certeza, Haruyo sintió como si la hubieran arrojado al vacío. Era lo mismo que le había sucedido tiempo atrás. Por mucho que preguntara a Iwao Matsuyama, jamás podría llegar a conocer el lado oscuro de Toshiaki Igawa.

Un globo rojo, un globo rojo,
vamos a soltarlo al cielo.
Un globo rojo, un globo rojo
se ha inflado velozmente.
Un globo rojo, un globo rojo
convertido en el sol del cielo.

Parecía que su hijo pequeño se había despertado y bajaba la escalera a gatas cantando de forma empalagosa.

Haruyo observó el exterior a través de la ventana.

Tras el marco rectangular, la luz brillante llenaba el aire. Haruyo se acercó a la ventana y miró hacia lo alto. En lo alto del cielo de mediodía, húmedo de primavera, ascendía un globo rojo.

Pasaron días y más días, y el estado de Haruyo, la sensación de inquietud que la hacía sentirse incompleta, no mudó. Había juntado todas sus fuerzas para hacer una llamada y desterrar de una vez por todas ese sentimiento, pero el destinatario no estaba en su trabajo, por lo que no podía repetirla; a consecuencia de lo que esa llamada había destapado, sentía cada vez más que no sabía qué hacer consigo misma.

Una mañana de domingo, Haruyo vio el periódico que Eizô había dejado abierto, después de leerlo, en la mesa del comedor. Allí recibía la luminosidad del día. *¡Ay!* A Haruyo le brotó ese breve gritito tras leer un titular que informaba del suicidio de un funcionario de élite.

El cuerpo de la noticia continuaba así:

> El 14 de abril, a las 4:22 horas de la tarde, un conductor de la empresa Transportes XXX que trabajaba en la calle encontró el cadáver de un hombre que había saltado desde la quinta planta del edificio XXX, cercano al Ministerio de Asuntos Exteriores. El hombre fue identificado como Toshiaki Igawa, de 36 años de edad, funcionario del cuerpo diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores, adscrito a la primera jurisdicción, la división de Norteamérica. A consecuencia del violento golpe, Igawa falleció al instante.
>
> Toshiaki Igawa había ejercido como agregado diplomático de la embajada de Japón en Washington en el año 19XX. El pasado año regresó a Japón, donde se le asignó el puesto que desempeñaba en la actualidad. Funcionario de élite, tras finalizar la carrera en la Universidad de Tokio, nada le había apartado de su brillante trayectoria, ejemplo de éxito profesional. Hasta el momento no se ha encontrado nada semejante a una nota de suicidio.

—Así que era cierto. Saltó ayer por la tarde desde el edificio —murmuró Haruyo y contempló la escena ilusoria que le llenaba los ojos. En una calle de rascacielos, al pie de un edificio, el hijo de Haruyo, de 4 años de edad, canta sin pausa con voz pegajosa:

> Un globo rojo, un globo rojo,
> vamos a soltarlo al cielo.
> Un globo rojo, un globo rojo
> se ha inflado velozmente.

Después, el niño da un pequeño empujón al globo y éste sale volando camino del cielo; flota como en un sueño y, como si hubiera percibido el deseo del niño, comienza su ascenso, fuuuu, fuuuu. Un hombre, cansado por algún motivo que nadie conoce, camina solo por el interior de un edificio de oficinas vacío el atardecer de un sábado. La puerta de emergencia de la quinta planta está abierta por alguna razón desconocida y el hombre se dirige a ella, llega al descansillo en el que está la escalera de incendios y, sin motivo concreto, dirige la mirada al cielo que se recorta sobre los edificios. En el aire resuena una voz infantil y enigmática, *un globo rojo, un globo rojo, vamos a soltarlo al cielo.* Efectivamente, un globo rojo idéntico al sol del atardecer se acerca flotando. *Un globo rojo, un globo rojo se ha inflado velozmente,* continúa esa voz infantil que parece provenir de otro mundo. De pronto, el hombre siente el deseo de armonizarse con el globo que flota y avanza un paso hacia el vacío. El globo se convierte en el sol del atardecer.

«Quizás los que se suicidan actúen de esta forma», pensó Haruyo.

—Cariño —llamó a Eizô, que estaba en el jardín, y salió al patio.

Aquel mar de pasión que brillaba con siete colores y emergía de algún lugar de las profundidades de la tierra creció tanto que sumergió hasta el cuello el cuerpo de Haruyo.

—¿Qué te ha pasado? Tienes la cara totalmente roja.

Eizô se volvió, empuñaba una pala grande. Estaba cavando un agujero en la esquina del jardín para encajar el plantón de gardenia que había comprado la víspera en el mercadillo de jardinería.

—¿Recuerdas a Masako Okamura? Ayer por la mañana vino a casa —dijo Haruyo atolondrada.

Instantáneamente, a Eizô le brotó un gesto de aburrimiento; sin embargo, sin duda fue capaz de controlarlo porque su rostro recobró con rapidez su aspecto habitual, ése en el que los sentimientos no se reflejaban.

—¿Que tengo la cara muy colorada?

Haruyo comenzó a andar hacia él sobre el césped, sin calzarse siquiera, como si fuera abriéndose camino entre el agua de un mar caliente y espeso.

—Pues no. Sólo me lo había parecido. —Por alguna razón, Eizô rectificó sus palabras anteriores. Haruyo pensó que realmente estaba muy colorada, precisamente porque Eizô se había retractado.

—Masako Okamura, ya sabes. Te hablé de ella el otro día. Era feliz en su matrimonio. Con su marido, un hombre honesto, y sus niños adorables; tenía una vida acomodada. Pero me contó que, de repente, su antiguo novio había regresado de Estados Unidos. Ese antiguo novio es el tipo de hombre que todas las mujeres considerarían atractivo. Es perfeccionista en todo, y es también perfeccionista como amante. Pero a menudo, cuando eran novios, desaparecía de la vida de Masako Okamura inesperadamente, como si se desvaneciera en el vacío. Ella suponía que mantenía relaciones con varias mujeres, aunque no hubiera llegado a tener una prueba fehaciente. Lo imaginaba actuando a la perfección ante todas y cada una de esas mujeres. Era ese tipo de hombre. Así es al menos como me lo describió Masako Okamura —continuó Haruyo con una voz chillona debida a los nervios.

—¿Qué quieres decir, Haruyo? Esta historia no parece muy adecuada para una mañana tan buena como ésta.

Eizô se movió de forma que hizo patente su deseo de concentrarse en el jardín, pero a pesar de eso no rechazó a Haruyo.

—¿Estoy extraña? —insistió Haruyo con rotundidad. Si Eizô no pensara que había algo extraño en Haruyo, entonces sería él quien no mostraba normalidad.

—No, no estás rara —contestó Eizô tras un breve silencio.

Haruyo miró fijamente a Eizô para averiguar si pensaba lo que había dicho o había forzado las palabras.

—Cuando Masako Okamura tuvo noticia de que ese hombre había regresado a Japón, empezó a sentirse insegura. Me contó que lo que había dejado atrás, enterrado como pasado, comenzó a volver a ella igual que si estuviera ocurriendo de verdad en ese mismo momento. El pasado regresaba y la golpeaba hasta poner en peligro el presente. ¿Puedes entender esa sensación? Como las dos somos mujeres, yo puedo comprender sus sentimientos. —Rió Haruyo levemente.

Eizô movió la cabeza en lo que podía interpretarse como un gesto negativo. Haruyo no pudo captar totalmente el significado de ese movimiento. Podía percibir que entre ella y Eizô se había interpuesto una película transparente y resbaladiza como gelatina de algas.

—Hace mucho tiempo, Masako Okamura me invitó a comer en un restaurante. En aquel momento yo no sabía nada de su situación. De hecho, me habló del asunto de pasada el día en que nos encontramos por casualidad. Aquel restaurante era muy elegante. Cuando estábamos comiendo, entró aquel hombre; iba acompañado por una mujer. Probablemente no se trataba del restaurante al que solían ir juntos, porque ese hombre jamás cometería semejante error. A este restaurante con esta mujer, a aquel restaurante con aquella otra…; las separaba con astucia. Así que ese encuentro se produjo por pura casualidad. En ese momento me quedé muy sorprendida porque a Masako Okamura se le puso cara de demonio *hannya*. ¡Qué cara! Es imposible olvidarla. Pero en aquel momento yo no sabía nada. Masako Okamura no pudo seguir comiendo esos platos que, hasta ese momento, estaba saboreando con placer. ¿Puedes comprender esa sensación? No era siquiera capaz de tragar un bocado del dolor que sentía. Es algo tan doloroso… No es un dolor emocional, no, sino un dolor semejante al que se siente en el cuerpo o en las entrañas.

—Haruyo, Haruyo —dijo Eizô para interrumpir el relato.

—No. Sea como sea, necesito que lo escuches todo. Ahora mismo voy a ir a ver a Masako Okamura.

—¿Ahora?

—Sí. Masako Okamura se siente fatal.

—¿No ibas a ir esta tarde a los grandes almacenes con los niños?

—Esto es urgente.

Haruyo miró fijamente al frente. La cara de Eizô estaba a un metro de distancia. Haruyo observó ese rostro con furia, como un vengador mira a su enemigo.

—¿Es posible que este hombre aún no se haya dado cuenta? —barruntó Haruyo.

En ese preciso instante Haruyo tuvo claro que destruía conscientemente la vida estable de la que había dependido tanto. Tras la espalda de Eizô florecían únicamente tulipanes amarillos; sus tallos sanos crecían a lo alto. La brillante luz del sol de la mañana

destelleaba como polvo de oro sobre el verde del césped.

—¿Sabes por qué Masako Okamura amaba a ese hombre que le hacía tanto daño? Porque él le ofrecía una muestra de amor perfecta. Cuando estaban los dos solos, era perfecto y la llenaba. El placer de esos momentos y el dolor de los otros se entretejían, y eso ataba a Masako Okamura como una soga. Hay un tipo de hombre que hechiza a las mujeres con su lazo. Toshiaki Igawa era ese tipo de hombre. —Haruyo se dio cuenta de lo que había dicho y cortó sus palabras de golpe.

—Ese nombre me suena de algo —dijo Eizô, y su cara mostró un repentino interés en la historia.

—Si quieres saber la verdad, ese hombre se ha suicidado. Saltó de un edificio. Era alguien que nunca haría algo así.

—¿Qué tipo de trabajo tenía?

—Trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Saltó desde un edificio cercano al ministerio, tras sentirse atraído por un globo rojo.

—¿Has leído el periódico de esta mañana, Haruyo?

Eizô no cambió de postura, pero parecía que su tono de voz sí había variado.

La historia que Haruyo llevaba rato contando y la realidad habían confluido con precisión en un punto. Haruyo volvió a sondear a Eizô con los ojos.

—Por eso tengo que acudir ahora mismo a ver a Masako Okamura —dijo Haruyo, pese a tener la impresión de que lo que decía sonaba un poco diferente de lo que había contado antes.

—Vamos. Te acompaño —dijo Eizô.

—¿Qué dices? —gritó Haruyo sorprendida.

—Voy a conducir yo. Haruyo, estás un poco confundida.

Eizô no se movió. Agarraba el mango de la pala con las dos manos.

—Eh…

En la forma bondadosa con la que hablaba Eizô, Haruyo sintió que las palabras de su marido le presionaban como si fueran las letras de un cartel dorado reluciente.

—¿No sería conveniente que acudieras donde el hombre que se suicidó? —le preguntó él. Aunque la amabilidad de Eizô era la misma de siempre, a Haruyo le sonó especialmente amable. Y tuvo la impresión de que el hombre que estaba frente a ella se había convertido en un perfecto desconocido.

—No lo conozco. No tengo ningún motivo para ir. Sólo lo vi una vez, en aquel restaurante. Verdaderamente, era un hombre que le resultaría atractivo a cualquier mujer. No sabría cómo explicarlo, pero existe un tipo de hombre que resulta atractivo, a simple vista, a cualquier mujer —respondió Haruyo poniéndose seria.

—¿Me repites cómo se llamaba?

—Toshiaki Igawa.

—También su nombre era bonito.

—Una persona que absolutamente nadie imaginaría que se podía suicidar, eso es lo que me dijo de él Masako Okamura —dijo Haruyo y advirtió su propia confusión. No podía haber hablado con Masako Okamura tras leer la noticia del suicidio.

—De acuerdo. Entendido. Voy a sacar el coche. Haruyo, prepárate lo antes posible. Tienes prisa, ¿no? Vamos juntos a visitar a Masako Okamura —respondió Eizô sin dar vueltas a lo que había dicho Haruyo.

—Cariño. —Haruyo miró a Eizô con dureza. Su mirada envolvía la idea de que estaba recibiendo un trato cruel de su marido.

—No tienes que preocuparte de nada. Yo conduzco —siguió Eizô con frialdad y se dirigió al garaje.

—¿De verdad vas a ir? —preguntó Haruyo con una voz que era casi un alarido.

—Sí. De verdad —contestó Eizô y se volvió un instante para mirarla.

Ruriko Yoshimura caminaba de cara al áspero viento polvoriento. A la avanzada edad que había alcanzado se le habían secado hasta los poros de la piel y sentía que, por mucho polvo que hubiera en el aire, no se le adheriría ni una mota. Había llegado a comprender que uno sólo se ensucia con aquello que brota de sí.

«Me he vuelto cada vez más limpia con la edad», se dijo Ruriko.

Caminaba casi a diario, tal como hacía ahora. En ocasiones andaba para hacer alguna gestión, y con frecuencia, por el simple hecho de caminar. Incluso percibía el acto de caminar por el exterior como una función interna de su propio cuerpo. Podía deberse a que, desde que era muy joven, siempre había gozado de buena salud. Había caminado sola durante mucho, mucho tiempo. ¿Podrían medirse y compararse las vidas de las personas en función de la distancia total que habían recorrido a pie a lo largo de su existencia? Si fuera posible, probablemente ella figuraría en el nivel más alto. Quizás los hombres que habían ido a la guerra constituían una categoría aparte. Si se comparara con alguno de esos hombres que habían estado en la guerra, podría verse que, a su regreso forzoso de Manchuria, había recorrido una distancia tan larga que resultaba inconcebible en una mujer corriente. En esa época también estaba sola. Tanto su marido como su hijo habían ido a la guerra. Ante ella se extendía un horizonte seco de un tono marrón grisáceo. Ese viento marrón grisáceo soplaba y únicamente el rojo intenso de la puesta de sol flotaba en él. Caminaba mucha gente alrededor; todos eran refugiados. Parecía como si lo único capaz de mostrar la auténtica energía de un ser vivo fuera ese sol poniente.

Ruriko era joven cuando había visto aquel paisaje. Ese sol le había teñido el cuerpo de rojo y ahora, sin embargo, sentía que ni una mota de polvo se pegaba a él, de forma que lo que continuaba avanzando contra el viento, con apatía, sólo era un cuerpo seco. Por el espacio que se abría entre los edificios penetraba una luz amarilla, pero el sol verdadero estaba oculto. Y Ruriko Yoshimura caminaba contra ese viento polvoriento típico de la primavera.

¡Chop! Un ruido retumbó justo detrás de su espalda.

En ese instante Ruriko pensó que, fuera lo que fuera, había sonado como si lanzaran un mazacote de arcilla a la calle, y se dio la vuelta.

Un hombre yacía boca abajo. La postura le confería una sensación de inmovilidad absoluta. Como si de verdad fuera un montón de arcilla o algo similar, un objeto, algo inmóvil. Ruriko se acercó a él. Tras caminar apenas cinco o seis pasos pudo mirar al hombre desde arriba. Bajo su cabeza manaba la sangre, y ésta se extendía sobre los

adoquines de la acera. Ruriko alzó la vista. Ante ella había un edificio de seis o siete plantas con una escalera de incendios. La puerta que se abría a esa escalera, a la altura aproximadamente de la quinta planta, estaba abierta de par en par. La escalera estaba situada en la parte trasera del edificio y daba a una calle de escaso tránsito.

—Otra vez un suicidio —murmuró Ruriko.

Esas palabras cayeron en su interior y provocaron un ruido sordo dentro de ella.

«¿Por qué, con tanta frecuencia, me encuentro en el lugar donde se ha producido un suicidio?», se preguntó Ruriko y echó un vistazo a su pasado.

En la puerta trasera del edificio del otro lado de la calle había un camión parado. Dos trabajadores acarreaban una gran caja de cartón para hacer una entrega. Los hombres interrumpieron su tarea y corrieron hacia donde yacía el hombre. Algunos de los peatones que se encontraban algo alejados del lugar comenzaron a aproximarse. Ruriko dejó al hombre muerto a cargo de esas personas y echó a andar de nuevo.

Era evidente que el hombre vestía de forma meticulosa. También el pelo, que se le había despeinado en la caída, estaba perfectamente cuidado. La cara, como si perteneciera a una categoría totalmente distinta, estaba destrozada. Tras impactar contra los adoquines se había convertido en una masa de carne.

La razón por la que Ruriko Yoshimura no se implicó más en el asunto era que, sin ninguna duda, el hombre ya estaba muerto. Hasta entonces, las otras personas que Ruriko había visto suicidarse estaban, en un caso, totalmente sana, y en el otro, aún con vida. En las dos ocasiones Ruriko había hablado con esas personas justo antes de que murieran. Pero con este hombre que acababa de ver, ya muerto, no cabía la posibilidad de entablar un diálogo.

Cuando Ruriko llegó a la estación de metro, el reloj marcaba las cuatro y cuarenta y ocho minutos. Había llegado allí poco antes, en autobús, y para regresar al gran complejo de viviendas en el que vivía no tomó el metro directamente, sino que decidió andar un poco. No tenía ningún motivo para caminar. Sentía como si, al haber creado un pequeño lapso entre las caminatas que tenían un fin específico, hubiera provocado un encuentro innecesario, un encuentro que de otra forma no se habría producido.

«Un suicidio. Eso es. Hasta ahora he sido testigo en dos ocasiones de la muerte de dos personas que cometieron suicidio y a quienes ni siquiera conocía», barruntó Ruriko.

Su marido y su hijo fallecieron en la guerra, en los lugares a los que habían sido destinados. Mucho antes de esas muertes, su hermana menor, el único familiar que conservaba, falleció. A lo largo de la vida

había sufrido la muerte de seres muy próximos a ella. Sin embargo, parecía que eso no fuera suficiente y tuviera que coincidir con desconocidos que se suicidaban.

Con ese pensamiento, Ruriko entró en el metro.

Ese día había ido a visitar a una conocida suya que estaba hospitalizada. Al bajar del autobús en la parada del hospital XX, vio los cerezos en flor que rodeaban el edificio antiguo, árboles cuajados de flores. Igual que antes había dado un rodeo, en ese momento no entró directamente en el recinto hospitalario, sino que deambuló alrededor del hospital que veía por primera vez. Transcurrieron unos siete u ocho minutos hasta que regresó a la entrada. Los cerezos extendían sus ramas sobre el alto muro de hormigón, y la fachada oscurecida del hospital se traslucía entre nubes de flores blanquecinas. Los árboles crecían frente al muro, en el patio y ante la entrada.

—¿No te parece extraño que florezcan los cerezos en un hospital? Es raro, ¿no? A ti, que estás aquí dentro, ¿no te resulta extraño? —le dijo Ruriko Yoshimura a Miyako Yasui. Las dos se habían hecho amigas cuando ya eran mujeres de mediana edad y, desde entonces, mantenían una relación no muy espaciada, pero tampoco íntima.

—¿Qué es extraño? Eres tú la que dice cosas raras. Los cerezos que florecen animan a los enfermos. No me acuerdo de su nombre, pero un benefactor donó hace mucho tiempo estos árboles; fue hace muchos años, al poco de terminar la guerra. Están aquí desde entonces, por eso también los cerezos son ya ancianos como nosotras.

Miyako Yasui estaba sentada en la cama situada más próxima a la puerta, en una habitación para cuatro pacientes, y hablaba animadamente.

—Ya está. Entonces, esa persona importante que hacía actos benéficos estaba mal de la cabeza. ¿Cómo se le ocurre plantar cerezos en un hospital? —insistió Ruriko, sentada en una banqueta redonda de madera.

—Todos aquí lo agradecen. Qué más da lo que pienses tú —replicó Miyako Yasui.

Si un desconocido asistiera a la conversación, creería que las mujeres estaban discutiendo, pero no era así en absoluto.

—Nada más bajar del autobús pensé eso, que los cerezos habían florecido de un modo increíble y estaban en pleno esplendor. Eso es lo que pensé.

—¿Quieres decir que no combinan bien con los enfermos? ¿Acaso es eso?

—No, no es eso. A mí me resulta algo malvado. Es como si las vidas de los que están ingresados en este hospital hubieran empezado a enloquecer y se hubieran abierto así; como si las vidas de los enfermos se convirtieran en las flores de los cerezos. Los cerezos son sensuales,

obscenos. Al verlos a lo largo del muro del hospital, cargados de flores, prácticamente puede oírse el parloteo sin pausa de los enfermos, raca, raca, raca.

—Ay, ay, ay, ya vuelves otra vez con tus absurdas historias.

—Un lugar como un hospital debe tener un ambiente de severidad y frialdad. Todo tiene que estar dispuesto de forma tal que evite el crecimiento desordenado de la vida. Frío, severo y ordenado, eso es. En un lugar así, los enfermos pueden entregarse con plena confianza.

—¿Cómo puede dar una lección sobre un hospital una persona como tú, que nunca ha estado ingresada?

—No se deben plantar cerezos. Cuando veo cerezos en flor en un hospital, como hoy, siento que este mundo se vuelve insoportablemente sensual.

—Sigues siendo joven, Ruriko-san; te pones tan seria cuando insistes en este tipo de cosas. ¿Verdad, Ruriko-san? —dijo Miyako Yasui remarcando el sufijo honorífico *san* (señor, señora) en tono de broma.

—Ja, ja, Ruriko-san. —Y tras decirlo, cada una sonrió a la otra.

—Me genera confusión que los nombres no envejezcan —continuó Ruriko Yoshimura en un tono de voz grave que no concordaba con ese nombre que parecía remitir a una mujer joven.

—Puede decirse lo mismo de Miyako, suena a nombre de estudiante —dijo Miyako Yasui con una voz que era casi una carcajada.

Las otras tres mujeres de la habitación se unieron a la conversación con un eco de voces que semejaban risas. Las mujeres que estaban en ese cuarto habían ingresado por dolencias gastrointestinales leves. Miyako Yasui tenía una enfermedad gastrointestinal crónica, pero su estado no presentaba complicaciones serias. Como vivía sola en una casa grande, el año anterior había tomado por costumbre trasladarse al hospital cada vez que se le presentaba la más mínima anomalía. Ruriko bebió el té que le había preparado Miyako Yasui, se comió dos galletas y, tras conversar un buen rato, abandonó la habitación.

—¿Te fijaste en la mujer de la cama más próxima a la mía? —le comentó Miyako Yasui a Ruriko cuando la acompañaba a la salida del hospital—. Tendrá unos diez años menos que yo, aunque no lo aparenta, ¿verdad? Cuando era joven vivía con su marido y con su suegra; los tres vivían juntos. Su marido y la madre de él siempre habían vivido solos, y la madre quería muchísimo a su hijo. Residían en la misma casa, una casa de dos plantas, de forma que el matrimonio joven ocupaba la planta superior y la madre la planta baja. Cada día, en mitad de la noche, la madre comenzaba a golpear el techo de su habitación con el palo de una escoba. Es decir, bastoneaba justo debajo de la cama del matrimonio. Lo hacía a diario, todas las noches. ¿Te puedes imaginar qué aspecto, qué cara tendría la madre en esos momentos? Te lo puedes imaginar, ¿no? Eso es lo que me

contó la mujer de la cama de al lado. Tras contarme eso, no dijo nada más, no me explicó nada ni hizo ningún comentario, pero me lo ha contado una y otra vez desde entonces, me lo ha repetido hasta la saciedad. Y el otro día su hijo vino a visitarla. Al ver a los dos juntos y cómo se trataban, me encajaron las piezas y, por fin, comprendí todo; esa historia era la suya, era ella quien se había enamorado de su hijo y golpeaba el techo con el palo de la escoba a diario en mitad de la noche, justo debajo de donde dormía la joven pareja. ¿Qué cara se le pondría en ese momento? ¿Te imaginas? Me da la impresión de que la mujer ya no podía soportar más la situación y por eso se ha trasladado a este hospital. Es que no tiene ninguna enfermedad, nada. Simplemente está enamorada de su hijo. Qué chiflada. Aunque más que la historia en sí, lo que me resulta más demencial es que convierta su propia historia en una historia del pasado en el que invierte los papeles de su nuera y el suyo. Y una y otra vez me cuenta esa historia.

Miyako Yasui lo contó todo seguido, sin detenerse un instante. A Ruriko le dio la impresión de que cuando estaban en la habitación ardía en deseos de narrarle esa historia.

—Con razón en el hospital florecen estos cerezos. ¡Qué cosa más obscena! —contestó Ruriko, y ambas se despidieron.

Ruriko cogió el metro y transbordó para cambiar de línea. De pie, sujeta al agarrador, podía verse con claridad reflejada en el cristal oscuro. Había mantenido una larga relación con ese rostro y, en los últimos diez años, había conseguido enfrentarse a él con objetividad. Cuando era aún joven, por mucho que otras personas le dijeran que era hermosa, se sentía como una molestia para los demás. Sin embargo, sin darse cuenta, ese sentimiento se había acabado desprendiendo por completo, como si fuera un mechón de cabello que cae al suelo, y le había quedado la sensación de llevar una existencia despejada, con la suavidad de una cabeza sin pelo.

Al salir del metro, caminó unos diez minutos hasta alcanzar el complejo de viviendas y, una vez dentro, anduvo en torno a cinco minutos más. La urbanización era gigantesca. Ruriko caminaba sin prestar atención a lo que había a su alrededor. A menudo incluso olvidaba cómo eran los vecinos que vivían en su mismo edificio.

—Ruriko-san, Ruriko-san —dijo una voz infantil.

Ruriko se detuvo y miró con atención en dirección al crepúsculo. Una niña sucia con el pelo largo y sedoso estaba de pie cerca de ella.

—Ah, es esa niña —musitó Ruriko.

Hacía aproximadamente un año que, de cuando en cuando, la veía aproximarse a ella. Vagaba sola o se colaba, única niña, en una pandilla de chicos traviesos. Ruriko ignoraba en qué edificio vivía la niña y nunca había visto a nadie que pudiera ser familiar suyo. Las últimas veces que se la había encontrado, la niña se había dirigido a

ella como Ruriko-san. El tono que utilizaba sonaba simpático, aunque también podía ocultar un deje malicioso. El hecho de llamar a una anciana por el nombre propio en vez de por el apellido parecía algo extraño o retorcido para una simple niña. La última vez que se encontraron, Ruriko le preguntó por qué y dónde había conocido su nombre. La niña contestó con vaguedades, pero, ante la insistencia de Ruriko, respondió que lo había visto en el registro de «Deudos en duelo por los fallecidos en la guerra» correspondiente a ese complejo de viviendas. ¿Cómo podía haber visto esa lista una niña? Los fallecidos podían tener la edad de la madre de la madre de esa niña. El simple enunciado de la lista resultaba mohoso en el brillante mundo actual. Ella misma sólo la recordaba cuando iba a cobrar la pensión.

—Y tú, ¿cómo te llamas? ¿Por qué te acercas a mí? —le preguntó Ruriko.

La chiquilla trotó ligeramente bajo el crepúsculo como si fuera un potrillo. Esa niña presentaba un aspecto sucio a la luz del día, pero ahora, iluminada por las farolas de la calle, con el pelo sedoso y brillante, ofrecía una imagen diferente.

—¿Por qué será? ¿Por qué será? —contestó la niña riendo, dio un salto y se marchó trotando sobre las piernas largas y delgadas. Ruriko retuvo la imagen de la niña en un rincón del cerebro, subió las escaleras hasta su piso y tiró del picaporte de la puerta. Tenía la costumbre de dejarla cerrada sin llave.

Aquella noche el viento en el mar era muy frío. Había una fuerte marejada y el barco se agitaba de un lado a otro. La grisura del cielo cubierto del día se había transformado en oscuridad. No podían verse ni la luna ni las estrellas, sólo los embates del oleaje que expulsaba su aliento violento como si se tratara de una multitud de monstruos marinos.

Ese suceso no había tenido lugar en el barco de la línea regular que unía Busan, en Corea, con Shimonoseki y la llevaba de vuelta a Japón después de que acabara la guerra treinta años atrás, sino más tarde. La causa de que Ruriko confundiera esa imagen con la del viaje posterior podía deberse a que en el mar que separa Corea de Japón el oleaje es siempre violento. Y en el segundo viaje, por el mar interior de Seto, un vendaval sacudía el agua como si fuera un tifón, pese a que ese mar no suele tener gran oleaje. Pero incluso desde ese segundo viaje habían transcurrido ya más de veinte años.

Inesperadamente, Ruriko vio la sombra de una figura humana que cruzaba la cubierta del barco de forma taimada. Se dirigía a proa. Tras la sombra apareció un hombre enfundado en una cazadora. Todo en su cuerpo desprendía la cualidad inanimada de los objetos. Eso, unido a que la figura parecía flotar por la iluminación que llegaba de popa,

confería una apariencia inquietante al hombre. Por eso Ruriko siguió con la vista esa figura masculina desde atrás, de pie, junto a la puerta que se abría a cubierta. Había estado observando el oleaje sin moverse durante decenas de minutos y ahora esa imagen se superponía a la del hombre. En realidad, el mar picado que recordó Ruriko en ese momento y en ese lugar era el mar picado que había observado desde el barco de línea regular que iba de Busan, en Corea, a Shimonoseki.

El hombre se dio la vuelta. Parecía que hubiera visto a Ruriko, que estaba apoyada en el marco de esa puerta que se abría a cubierta. Sin embargo, no la había visto y de nuevo se encaminó a proa. No había nadie más en cubierta. A nadie se le ocurriría ir allí para contemplar el mar en mitad de la noche, en pleno invierno, cuando soplaba un viento con una fuerza prácticamente igual a la de un tifón.

Ruriko cruzó el umbral de la puerta y salió a cubierta. El viento frío estuvo a punto de derribarla. Desde allí podía ver la espalda del hombre. El hombre observaba el mar, inclinado sobre la barandilla de proa, que agarraba, con fuerza, con las dos manos. De nuevo el hombre se dio la vuelta. En esta ocasión no había duda de que había visto a Ruriko. Por un instante le lanzó una mirada afilada, regresó a la posición previa y se asomó al mar. Después elevó una de sus largas piernas por encima de la barandilla y, sin dejar de asirla, pasó el cuerpo sobre ella. Entonces miró por tercera vez a Ruriko.

—¿Podrías decirme «No lo hagas»? —le dijo el hombre.

Al escuchar esas palabras, Ruriko comprendió que el hombre estaba a punto de suicidarse.

—Señora, dímelo, dímelo —le urgió él, elevando el tono de voz.

Era un hombre aún joven. Por la cazadora que llevaba puesta, a Ruriko le dio la impresión de que trabajaba en una fábrica. Pensó que, si se tratara de un estudiante, probablemente no le habría hecho la petición de esa manera.

Más allá de la espalda del hombre sólo se veía un mar negro. A babor y a estribor se alzaban las olas como hambrientos lobos marinos jadeantes que contenían la respiración a la espera de la carne del hombre que estaba a punto de arrojarse a ellas.

—¿Por qué no me haces el favor de decírmelo? Siempre creí que las mujeres tenían buen corazón —volvió a decir el hombre.

Ruriko pensó que, tal vez, le habían roto el corazón. A pesar de la situación, siguió allí parada sin pronunciar una sola palabra. Miró fijamente al hombre, miró fijamente al mar picado que se abría tras la espalda del hombre. En la mente de Ruriko aquel mar se superponía al que había visto desde el barco de la línea regular que partía de Corea.

El hombre saltó. De inmediato, el mar negro se lo tragó.

Tras regresar a su camarote de tercera clase, Ruriko se tumbó boca arriba y, en la estela del suceso, reconstruyó la conversación con el

hombre.

—¿Podrías decirme «No lo hagas»? —dijo el hombre

—¿Por qué tengo que cambiar yo tu destino? —le contestó Ruriko.

—Señora, dímelo, dímelo —le urgió él.

—¡Por Dios! ¿Qué tengo que decirte? ¿Quieres que te diga que este lugar es mejor que el otro? ¿Quieres que te muestre suficientes evidencias de que este lado es mejor? Yo no puedo hacer eso, no podría. Para mí, responder a esa pregunta es lo más difícil del mundo —dijo Ruriko.

—¿Por qué no me haces el favor de decírmelo? Siempre creí que las mujeres tenían buen corazón —volvió a decir el hombre.

—Lo único que puedo hacer es permanecer en silencio. No tengo suficiente confianza en mí misma para intentar cambiar el destino de otra persona —dijo Ruriko.

Ésa fue la conversación imaginaria que mantuvo Ruriko con el hombre cuando estaba tumbada en su camarote de tercera clase. Sin embargo, no pensó que responder de esa forma hubiera sido mejor. En aquel tiempo, Ruriko tenía 48 años.

Tanto tiempo después, Ruriko pudo ver mentalmente aquel mar embravecido que había contemplado en el barco de la línea regular que partía de Corea. Ese bravo mar de Japón que parecía estar tan lejos y, simultáneamente, allí delante. Aquella noche de invierno lo había observado desde esa cubierta que batía el viento como si fuera un enorme cuchillo frío, tan frío que convertía el cuerpo en un carámbano. Hasta donde abarcaba la vista todo era negro y sólo se apreciaba una remota memoria de luz en lo que seguramente sería el cielo, pero en cualquier caso el cielo y el mar no podían distinguirse, engullidos ambos en una extensión negra. Únicamente las motas blancas que salían de las olas que rompían a babor y estribor quebraban el negro. Sonaba un estruendo y esas olas rompían y salpicaban. A cada embestida Ruriko Yoshimura sentía esas salpicaduras como latigazos. Entonces tenía 41 años.

Existía una explicación de por qué la Ruriko Yoshimura de 48 años que navegaba en un barco en el mar interior de Seto, batido por la tempestad, recordaba el océano embravecido que había visto desde el barco de línea regular que partía de Busan cuando tenía 41 años. Se debía al recuerdo de una persona.

Esa persona se llamaba Tadazou Haoka y era unos años mayor que ella.

Antes de subir a bordo del barco de la línea regular que hacía la ruta a Japón, la aglomeración en el puerto de Busan era tal que los pasajeros, amontonados, se vieron obligados a esperar primero una semana, luego dos y finalmente tres. Ruriko Yoshimura aguardaba la salida del barco en una nave atestada de gente junto a un hombre con

el que había coincidido en el compartimento de un tren que ambos habían tomado anteriormente. Ruriko viajaba sola y el hombre también estaba solo, así que se unieron espontáneamente como compañeros de conversación. El hombre llevaba una única maleta como equipaje. Ruriko Yoshimura acarreaba un hatillo de tela y dos maletas. Cuando alguien tenía que ausentarse para ir al aseo o a comer, debía cargar con todas sus pertenencias, por pesadas que fueran, o dejarlas a cargo de alguien que conociera lo suficiente. Si alguien se ausentaba dejando sus pertenencias sin vigilancia, era inevitable que se las robaran. Además, el equipaje que llevaba cada refugiado representaba todo lo que había quedado de sus posesiones. Una noche alguien fue a buscar a ese hombre que esperaba junto a Ruriko y contó que había un enfermo grave; el hombre lo siguió. En ese momento Ruriko pensó por primera vez que aquel hombre podía ser médico. Antes de irse, el hombre le pidió a Ruriko que cuidara de su maleta, su único equipaje. Y ella esperó sentada sobre el suelo de cemento con su equipaje y el del hombre protegidos por sus brazos. La gente que se había metido en la nave como si fuera ganado estaba exhausta y adormecida. No había espacio suficiente para que todos pudieran estirarse a dormir, de forma que tenían que dormitar incómodamente, tirados y sentados con la cabeza entre las rodillas. A pesar de la larga espera, el hombre no regresaba. Hacía tanto frío que, aunque alguien no estuviera derrotado por el cansancio, sentía la soñolencia del entumecimiento.

A Ruriko la venció el sueño; despertó al día siguiente al sentir el bullicio de la gente. La maleta que el hombre había dejado para que se la cuidara había desaparecido. Ruriko pensó que el hombre había vuelto en mitad de la noche y la había cogido, pero cuando el hombre regresó a mediodía se dio cuenta de que no era así.

—¡Ay!

El hombre emitió un alarido semejante al de un animal. Sonaba como si, por unos instantes, alguien le hubiera estrujado las entrañas. A continuación, el hombre se quedó inerte como un muñeco de barro, vacío de sentidos y sentimientos. Un denso, profundo silencio emanó del hombre y se extendió en torno a ellos.

Entonces Ruriko comprendió que, sin querer, había cometido un error tremendo. Ella, como todos los demás, estaba tan cansada que era incapaz de pensar u ocuparse de otra persona.

—Lo siento —se disculpó Ruriko. Pero sus palabras no servían y sintió que estaba en una situación en la que, aunque se disculpara cientos de veces, jamás podría compensar el daño causado. Nada podía hacer ya, pero percibió que toda la pena del hombre se había concentrado en ese llanto de carácter animal que acababa de emitir.

Sin embargo, cada vez que Ruriko repetía sus palabras de perdón, el

rostro del hombre se volvía, paradójicamente, más animado. Esa angustiada cara sombría, surgida al emitir el ruido, se desvaneció.

—Déjelo ya. No pasa nada —le dijo el hombre.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿Qué quiere decir? —preguntó Ruriko sorprendida.

Estaba claro que la gravedad de la pérdida que había sufrido el hombre no tenía comparación con perder, por ejemplo, el monedero. Resultaba obvio para cualquiera que hubiera visto el rostro del hombre y oído el quejido animal que había emitido momentos antes.

—En conclusión, yo no tenía nada. Así que está bien así.

Ésas fueron las palabras del hombre. Y extendió las manos con las palmas abiertas hacia arriba en un gesto que mostraba, con claridad, que no poseía absolutamente nada. Sin ser capaz de comprender la razón por la que el hombre parecía de pronto animado, Ruriko subió al barco al día siguiente, y sumida en el caos, la muchedumbre de la embarcación y el cansancio, el suceso se desvaneció de su mente. Sólo vio una vez al hombre en el interior del barco. Antes de embarcar, Ruriko le había preguntado reiteradamente su nombre y dirección. Pese a que él no le contestó al principio, finalmente le entregó un papel con sus señas.

Desde la conclusión del viaje, la tarea principal de Ruriko había sido buscar a aquel hombre. Acudió a la dirección que él había anotado en el papel y, tal como había supuesto, el hombre no estaba. Sin embargo, no se trataba de que él hubiera escrito una dirección falsa, pues una vez allí le dieron su nuevo paradero.

Ruriko continuó buscándolo. En la siguiente dirección tampoco estaba ya, y otra vez le informaron de su nuevo domicilio. Parecía que el hombre vivía allí, aunque Ruriko acudió muchas veces y nunca consiguió verlo. Ruriko creyó entender entonces que el hombre no era médico tal como había imaginado, pues, de serlo, se habría establecido en un domicilio fijo. ¿Qué profesión ejercería? ¿Por qué habían ido a buscarle cuando alguien estaba grave? El paradero de aquel hombre parecía haberse esfumado mientras ella meditaba sobre eso.

—En conclusión, yo no tenía nada. Así que está bien así.

Ruriko llegó a sentir que aquellas palabras que había proferido el hombre en un sorprendente estado de animación empezaban a cobrar sentido para ella misma.

—En conclusión, yo no tenía nada. Así que está bien así.

De hecho, esas mismas palabras se las dijo Ruriko en alguna ocasión a Miyako Yasui. Personas y objetos, todo lo que era suyo, le fueron arrancados y lanzados, como impelidos por una fuerza centrífuga, a un espacio inalcanzable.

Ruriko recordó que habrían pasado unos diez años desde que se encontró, por segunda vez, en un lugar en el que alguien se había suicidado. En aquel momento también caminaba sola. Fue algo relativamente reciente, así que ya no era en la época en que buscaba a Tadazou Haoka, pero en su mente, a la imagen de sí misma andando sola siempre se le superponía el recuerdo de la búsqueda continua de Tadazou Haoka.

Cuando contemplaba su vida de forma retrospectiva, Ruriko veía su trayectoria semejante a la trama de venas y conductos que mostraban las ilustraciones de anatomía del cuerpo humano; la sangre señalaba el discurrir de sus pasos. Si hubiese sido una mujer normal, habría recorrido un camino único con leves curvas, pero ella había trazado un larguísimo camino en un permanente zigzag.

¿Por qué había buscado a Tadazou Haoka con obsesiva insistencia? Era cierto que quería pedirle disculpas. Sin embargo, aunque lo encontrara y hablara con él, el hecho de pedir perdón no habría sido suficiente para cerrar el asunto. Ruriko no podía olvidar el rostro y la voz que Tadazou Haoka profirió en aquel instante, *¡Ay!,* y aquella expresión de angustia que llenó su rostro y en la que se concentraba el llanto. Al tiempo, tampoco podía olvidar el extraño gesto de animación que, inmediatamente después, invadió su cara. No, no se trataba de un perdón lo que buscaba Ruriko, sino más bien de lo que deseaba preguntarle. Qué le iba a preguntar no podía concretarlo. Pero poco a poco percibía que la esencia de aquello que quería preguntarle se engarzaba en su propia existencia. Aquella pregunta irracional había enraizado en la vida de Ruriko Yoshimura.

Haría unos diez años de aquello. Ruriko estaba caminando por el interior de una gran urbanización nueva. Un niño salió de una casa cuya pared estaba pintada en color crema. Ruriko percibió en él algo que no era normal y se detuvo. El niño se tambaleaba como si estuviera sonámbulo.

—¿Qué te pasa, hijo? —le preguntó Ruriko al niño.

—Aaah, aahh —gimió el niño con una voz mórbida.

En casi todas las parcelas de la urbanización se había concluido la construcción de viviendas. Todas las casas resultaban semejantes; exhibían los tonos de moda, los diseños de moda y detalles decorativos de moda. El resultado era que todo parecía una sucesión de casas de muñecas. Eso era lo que pensaba Ruriko mientras vagaba antes de ver al niño, que se trataba de casas de muñecas alineadas. Casas levantadas por adultos para satisfacer las fantasías de los niños.

«Ah, no, resulta que no es así —decidió Ruriko—. Se trata de viviendas diseñadas según las fantasías edulcoradas de los niños y las mujeres en las que la masculinidad de los hombres tiene que acoplarse

de un modo forzado. Las mujeres y los niños anhelaron con todas sus fuerzas modelos que sólo existían en los libros ilustrados, y resultó que esas ilusiones escaparon de los libros ilustrados y se materializaron en todas las urbanizaciones nuevas. Las ilustraciones jamás tenían que abandonar los libros, pero los niños y las mujeres soñaron con tanta intensidad que convirtieron las ilustraciones en casas y profanaron los sueños». Ese tipo de pensamientos ocupaba a Ruriko mientras caminaba.

Sin embargo, aunque la casa de la que había salido el niño tenía el mismo aspecto de casa de muñecas que las otras, expelía un aire diferente, algo mohoso. Ruriko tuvo esa sensación por la forma en la que el niño salió de la casa y por su manera extraña de andar y de hablar.

—A ver, ¿qué te ha pasado, hijo? —repitió Ruriko.

El niño, que tendría unos 4 o 5 años, levantó sus ojos adormilados y señaló hacia la casa. Lo hizo con un gesto lento.

Ruriko se acercó a dos o tres pasos de la puerta que el niño había dejado abierta al salir y percibió un tenue olor a gas. Entró en el recibidor. No corrió para hacerlo. Hacía mucho tiempo que había perdido la capacidad de sorprenderse por algo. Aunque rebobinara su vida y se remontara a un tiempo remoto, no podía averiguar cuándo la había perdido.

Un hombre yacía tirado boca arriba en la cocina, y el gas llenaba el aire. Ruriko cerró la llave del gas y abrió la ventana. El hombre no estaba muerto. Pero tampoco podría afirmarse que estuviera vivo. Abrió los ojos y volcó una mirada vacía a Ruriko. Ése fue el único indicador de que no había muerto: la piel de su cuerpo estaba ya tan fría como la de un cadáver. Junto a él había un pedazo de papel en el que habían escrito, con rotulador, una sola línea:

«A quien me encuentre: por favor, déjeme morir».

Ruriko leyó el mensaje en voz alta.

Al mirar al hombre le pareció que eran sus ojos quienes pronunciaban esa frase. Pero el hombre estaba prácticamente muerto. Un débil aliento de vida flotaba entre este mundo y el más allá. Ruriko calculó que el hombre tendría en torno a 35 años.

—¿Puedes oírme? —le preguntó Ruriko. Sintió que, más allá de esas palabras, no había nada que pudiera decir.

Pese a que no le cayeran lágrimas ni emitiera ningún sonido, daba la impresión de que algo en el interior de ese cuerpo incapaz de moverse lanzaba un llanto. No lloraba porque se estuviera muriendo, sino por lo que había vivido. Eso es lo que, de alguna manera, percibió Ruriko.

—¿Puedes verme? —le preguntó de nuevo.

Al contrario de lo que había sucedido aquella vez, en el barco del

mar interior de Seto, esta vez fue Ruriko la única que habló.

Un papel pintado de diseño moderno, con un estampado de flores, cubría la pared; una cortina rosa ondeaba en el salón; la cocina exhibía un fregadero de acero inoxidable brillante; la vajilla estaba compuesta por platos de todos los colores; había una jaula para pájaros sin pájaros y un delantal rojo de cuadros, probablemente de la mujer. Era como si el hombre hubiera sido aniquilado por la ilusión empalagosa, delirante y permanente que su mujer y sus hijos habían creado en esa vivienda, una casa extraída directamente de un libro ilustrado. Porque esa casa y el hombre moribundo constituían dos especies absolutamente incompatibles entre sí.

Ruriko contempló al hombre por última vez y leyó en sus ojos esas palabras que pedían, a quien lo encontrara, que lo dejara morir. Luego salió de la casa.

—Hijo, ¿quién es ese hombre? —le preguntó Ruriko al niño, que estaba quieto bajo el sol, en el jardín.

—Es mi papá. Está durmiendo muy profundamente —respondió al fin el niño con claridad. Probablemente antes estaba casi inconsciente por haber inhalado el gas.

—¿Está durmiendo?

—Papá no se despierta. Le di un empujón y una patada, y entonces abrió los ojos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace muy poco.

—¿De dónde vienes, hijo?

—He venido con mamá.

—¿Dónde está tu mamá?

—Está hablando con alguien en aquella casa. —El niño señaló a lo lejos.

—Pero ¿cuándo ha sido eso?

—A mediodía.

—Ya son las tres de la tarde.

—Cuando regresé a casa, papá estaba dormido. Le pegué y le di una patada, y entonces abrió los ojos.

—Ah. ¿Y qué sucedió luego?

—Papá me dijo que abriera la llave del gas.

—¿Y por qué no lo hizo tu papá?

—Papá tenía tanto sueño que no podía levantarse. Cuando abrí la llave para que saliera el gas, papá me dijo «Gracias» y se quedó dormido.

Tras respirar el aire fresco, el niño había recobrado la normalidad. Aunque aún hablaba con algo de torpeza, respondió todas las preguntas.

Ruriko imaginó al niño abriendo la llave del gas después de que su

padre se lo pidiera porque no conseguía morirse con las pastillas que había tragado. Después, probablemente, había estado jugando ajeno a todo, entrando y saliendo de la casa al jardín. Durante las tres horas que habían transcurrido desde entonces, el padre habría inhalado una gran cantidad de gas.

Ruriko permaneció de pie en el jardín, al sol junto al niño, sin pronunciar palabra. No sabía qué otra cosa podía hacer. Porque el hombre había hecho una petición a quien lo encontrara:

«A quien me encuentre: por favor, déjeme morir».

Lo que sucedió después fue lo previsible. La mujer, bien vestida y maquillada con dulzones tonos pastel, regresó y montó un escándalo. Los vecinos llegaron corriendo. El hombre ya había fallecido y la mujer lloraba con un llanto histérico. Pero Ruriko no oía los gemidos de la mujer, sino el llanto que había percibido en el interior del hombre justo antes de su muerte.

Ruriko Yoshimura sólo escuchaba la verdad íntima del hombre, la persona que se había visto obligada a manifestar que se había hartado de todo en este mundo. El hecho de implicar a un niño pequeño en el suceso había provocado que su llanto se viera envuelto en un blanco halo de tristeza.

De pronto, en ese momento, Ruriko recordó otra muerte. Este hombre de la urbanización se había esforzado para alcanzar la muerte, y su deseo de morir había prevalecido. Por el contrario, en el caso que venía a su memoria, la muerte había asaltado a una mujer de un modo semejante a como actuaría un violador.

Cuando Ruriko Yoshimura tenía 27 años, su hermana menor tenía 23. Era la única hermana que tenía. La hermana se acababa de casar y estaba llena de vida. Un día Ruriko recibió una llamada telefónica en la casa de los vecinos. La hermana le pidió que fuera inmediatamente porque le dolía mucho el vientre. La hermana también había ido a la casa de sus propios vecinos para hacer la llamada. En esa época, la mayoría de las casas carecían de teléfono. Ruriko salió inmediatamente de casa y cogió el tren. Su hermana estaba en cama agonizando. Entre jadeos de sufrimiento le explicó que llevaba dos días padeciendo un dolor sordo en el vientre, como si tuviera una piedra dentro; aquel día, cuando estaba comiendo, sintió un dolor intenso. Entonces llamó al médico para que acudiera lo antes posible, pero aún no había llegado. Por fin, cuando se hizo de noche, apareció el médico. Descubrió que la hermana de Ruriko había sufrido un embarazo ectópico. Ya era demasiado tarde para someterla a una intervención quirúrgica. En caso de que pudieran operarla, como la pérdida de sangre por la hemorragia interna le había bajado la presión arterial al mínimo, la cirugía tendría que llevarse a cabo sin anestesia. Entonces volvió el marido de la hermana. La hermana falleció

retorciéndose de dolor, y sus sacudidas eran tan fuertes que ni siquiera tres personas, su marido, el médico y Ruriko, podían sujetarla. Todo tuvo lugar en apenas siete horas. En el breve periodo de tiempo transcurrido entre la llamada de su hermana y su muerte, Ruriko se convirtió en testigo de cómo es el final de la vida de un ser humano. Incluso su hermana, que luchaba con todas sus fuerzas por vivir, bajo ese dolor extremo parecía proclamar que ya estaba harta de esta vida. En ese instante último se le dilataron las pupilas, y los brazos y las piernas fueron perdiendo la movilidad hasta quedar inertes.

Había ocurrido mucho antes de la muerte de su hermana. Ruriko Yoshimura era todavía una estudiante de primaria. Ruriko recordó aquella vez en que un pariente, una anciana, estaba a punto de morir. Ruriko vivía en la misma casa que ella y tuvo que asistir a todo el proceso. La anciana no falleció a causa de una enfermedad, sino de muerte natural por su avanzada edad. Mucha gente, incluidos familiares, parientes lejanos y conocidos, acudió a su lecho de muerte para visitar a la mujer que iba a fallecer. Todos creían que su muerte llegaría de modo inminente, en cualquier momento, pero los días pasaban, la anciana no moría y la situación se prolongaba. La mujer tenía un corazón asombrosamente fuerte que la mantenía aferrada a este mundo. Excepto ese corazón, la anciana tenía todos los órganos tan debilitados que ni siquiera podía articular palabra. Mientras la anciana escuchaba cada día cumplidos, palabras de ánimo, viejas historias, recuerdos compartidos y fórmulas de adiós de gente a la que ya no deseaba escuchar, su corazón mantenía los latidos con terquedad, lo que le impedía poder morir. A pesar de su inmadurez, Ruriko pensó que esa obligación de escuchar palabras bienintencionadas hasta el mismo momento de la muerte tenía que ser una tortura. Semana tras semana, la esperada hora de la muerte se prolongaba y, mientras tanto, la anciana tenía que batallar contra una parte de sí misma, contra ese órgano que era tan fuerte como si le hubieran trasplantado el corazón de un zorro salvaje o un mapache.

El interior de un humano se asemeja a una casa encantada. Eso es lo que pensó Ruriko al revivir el recuerdo.

Ruriko salió de su piso del complejo de viviendas porque esa niña que había visto varias veces acudió a buscarla.

—Venga, venga un momento a ver una cosa —dijo la niña y bajó corriendo las escaleras. Aunque parecía una niña descuidada cuyo aspecto no despertaba el interés de Ruriko, flotaba en ella el aire seductor de una adolescente perversa.

—¿Qué sucede? —preguntó Ruriko y siguió a la niña, a paso rápido, bajo el sol que brillaba después del mediodía. Quería descubrir la razón por la que esa niña quería mantener la relación con ella a pesar de que Ruriko no tuviera ningún interés.

La niña continuó caminando cinco o seis pasos delante de Ruriko por la calle asfaltada que se extendía en el interior del enorme complejo. La última vez que Ruriko se encontró con la niña fue a la vuelta del hospital, cuando volvía de visitar a su amiga Miyako Yasui. Había pasado más o menos un mes desde aquel día. Probablemente, los cerezos del hospital ya se habrían cubierto con el verde de las hojas nuevas. En ese momento pensó que, tras el paseo, iría a visitar a Miyako Yasui, pues no la había visto desde entonces.

—Uuuuaquí, uuuuaquí —exclamó la niña, haciendo un juego de palabras con el ulular de los búhos y el lugar que le indicaba a Ruriko.

Justo ante ella se extendía una de las zonas de casas independientes del complejo residencial. En el jardín de una de las casas se levantaba una columna de humo negro. Ruriko conocía muy bien aquella casa porque siempre le había impresionado el frutal *natsumikan* de naranjas de verano que crecía en el jardín, lleno de hojas verdes brillantes y de grandes frutos amarillos. Y ahora ese árbol de naranjas de verano estaba ardiendo. Una mujer de unos 34 o 35 años, probablemente la mujer de la casa, miraba con estupor hacia lo alto.

—Pero ¿qué es ésto? —le preguntó Ruriko a la niña.

—Está loca —respondió la pequeña y se echó a reír a carcajadas.

—¿Te refieres a esa señora?

—Dicen que anteayer se volvió loca. Y que roció con queroseno todo el árbol que había estado cuidando con tanto mimo y le prendió fuego.

—Es cierto —murmuró Ruriko. Luego miró alrededor—. En un complejo tan grande como éste no resulta nada extraño que una persona que sueña con conseguir algo, por ordinario que sea, se vuelva loca.

Sucedía lo mismo que en aquella urbanización nueva en la que había visto al hombre que quería suicidarse. Ruriko presumió que la competición entre las mujeres de esas zonas residenciales para crear la casita más coqueta y dulzona provocaba un acaloramiento semejante a la locura. Desde luego, para Ruriko no resultaba fácil averiguar la causa de que esa mujer se hubiera vuelto loca.

—Ay, qué barbaridad quemar un árbol vivo. Qué horror. Un árbol que está vivo —dijo Ruriko a la niña, aunque no tenía claro que la niña pudiera comprender el significado de sus palabras.

El aire se iba llenando del olor agridulce del queroseno chamuscado y las naranjas de verano al arder, mientras la mujer observaba atónita, con los ojos abiertos y la mirada fija, el árbol que ardía y llenaba el aire de humo negro. Cada fruto amarillo semejaba un bebé. Ruriko no lo había pensado antes, pero ahora sintió como si el árbol diera como frutos numerosos bebés y éstos se abrasaran uno a uno.

Tal vez, la causa de que la mujer se hubiera vuelto loca podía estar

relacionada con un bebé. O quizás no tuviera nada que ver, pero eso fue lo que imaginó Ruriko.

—Es divertido, ¿verdad? Bueno, hasta luego —dijo la niña antes de echar a correr.

—¿Por qué has ido a llamarme precisamente a mí? —le preguntó Ruriko a la niña, tratando de sacarle de una vez la respuesta.

—¿Por qué será? ¿Por qué será? —contestó la niña y comenzó a mover sus ojos grandes en sentido rotatorio.

—Dime cómo te llamas.

—¿Cómo me llamo? Me llamo Ruriko Yoshimura.

—Hija, no tomes el pelo a las personas mayores.

Como catapultada por el tono de reproche de Ruriko, la niña echó a correr en la calle asfaltada.

Ruriko continuó observándola por la espalda mientras se alejaba. La niña se cruzó con un niño que tendría más o menos su edad y, al encontrarse, ambos se envalentonaron con el otro como si fueran a enzarzarse en una pelea. Ruriko se movió unos pasos para alcanzar al niño y hablar con él.

—¿Cómo se llama esa niña?

—Se llama Ruriko Yoshimura —dijo cortante y se fue.

Incapaz de discernir si la respuesta del niño era también una burla, Ruriko comenzó a caminar en dirección a la salida del complejo de viviendas.

Aún podía distinguir, en la distancia, el cuerpo de la niña que se alejaba corriendo. Ruriko imaginó que la niña retrocedía hacia su pasado y, cuando su figura se desvaneció en la lejanía, le asaltó la visión de que había penetrado en la penumbra previa a su nacimiento. Entonces se detuvo y saboreó esa sensación.

Habitualmente, Ruriko no tenía la sensibilidad tan desarrollada, pero cuando se encontraba en una zona residencial tan grande, con frecuencia le acometía una hipersensibilidad extraordinaria. En esos momentos veía esos complejos urbanos como horribles contenedores de vidas atrapadas en un área acotada. Las angustias que llamamos vidas estaban encajonadas en cientos de cajas de hormigón armado con acero, bajo un orden tan metódico que eran extendidas y colocadas en vertical y en horizontal, a lo largo y a lo ancho.

Ruriko tomó el metro y se dirigió al centro de la capital. Allí abordó un autobús. Miyako Yasui era la compañera ideal para mantener una conversación poco profunda.

Ruriko descendió del autobús en la parada que había frente al hospital y vio que las hojas nuevas de los cerezos cubrían, con su frondosidad, los muros blancos y ásperos. Entró en el hospital, pero antes de ir a la habitación de Miyako Yasui quiso deambular un poco, sin rumbo, por el interior.

También en ese lugar las angustias de la vida estaban recogidas en celdas; sin embargo, la angustia era menos intensa que en las grandes urbanizaciones. Podría pensarse lo contrario, ya que se trataba de un hospital, pero en realidad no era así. En esos pensamientos se entretenía Ruriko en su vagabundeo.

—Llévalo a Haoka-san, en la tercera planta. Sabes quién es, ¿no? El anciano que no pronuncia una sola palabra.

Esas palabras entraron en el oído de Ruriko.

—Haoka-san. Haoka. Tadazou Haoka.

Ruriko se dio la vuelta al oír la conversación y vio a una enfermera que le entregaba una bolsa de medicamentos a su compañera.

¡Ping! En el interior de Ruriko saltó un muelle. En realidad, no podía decir que Haoka fuera un hombre al que conocía bien, pero había andado en su búsqueda tan insistentemente que se había acabado convirtiendo en un hombre muy cercano.

—Si de verdad se trata de ese Haoka, es un lazo enigmático el que nos ha unido —musitó Ruriko.

Ruriko desconocía si el nombre de este Haoka estaría escrito con los mismos *kanjis* que ella había visto años antes o la grafía sería otra aunque se pronunciara igual. En todo caso decidió ir a la tercera planta y se encaminó al ascensor. Sin embargo, en ese edificio antiguo en el que estaba ingresada Miyako Yasui, no figuraba ese apellido en ninguna de las listas que recogían los nombres de los ingresados. Ruriko se dirigió entonces al edificio nuevo del hospital. Los pacientes vestían pijamas en los que la temperatura corporal impregnada los había acabado manchando. Parecía como si se movieran entre el atrezo inorgánico de un teatro compuesto por techos blancos con huecos para absorber el ruido, paredes lisas de un color crema apacible y suelos totalmente pulidos. Un aroma formado por la tibieza de las almas y la temperatura corporal parecía emanar desde las aberturas descuidadas del cuello y los bajos de sus pijamas.

De pronto Ruriko se detuvo. Había estado caminando por los pasillos de la tercera planta, comprobando los nombres de cada cartel, y ahora, justo ante ella, estaba la inscripción que decía *Tadazou Haoka,* con el nombre escrito tal como lo había visto entonces.

Hacía treinta años de aquello, en el puerto de Busan.

Hacía treinta años había tenido que aguardar en una nave de aquel puerto que hacía las veces de enorme sala de espera en la que la gente se hacinaba aguardando un barco que se retrasaba una semana, dos semanas, tres semanas, y en la que flotaba un cansancio turbio. Había sido en aquella nave demasiado grande, en la que la gente no tenía espacio siquiera para acostarse tendida y tenía que esperar encogida, en la que confluían sentimientos como la ira, la angustia, la esperanza y el miedo con el espantoso olor corporal producido por la

imposibilidad de asearse. Todos habían reducido sus pertenencias al mínimo y tratado de proteger sus equipajes, que parecían más importantes que sus propias vidas, intentando al tiempo dormitar y mantener abiertos los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—¿Adónde regresa? ¿Cuál es su lugar en Japón? —le había preguntado Ruriko con insistencia.

—Ah, ¿el lugar? Casi diría que no existe tal lugar —había contestado el hombre. Era como si su expresión, que había mutado incomprensiblemente hasta parecer alegre, quedara flotando en el aire y encajara con las palabras del hombre «casi diría que no existe tal lugar».

—Pero, por favor, dígame alguna forma de ponerme en contacto con usted —había insistido Ruriko.

Con toda probabilidad, aquel hombre había perdido su posesión más preciada. De no ser así, no se entendía que se hubiera mostrado tan desligado de todo.

—Es un lazo muy enigmático —repitió Ruriko hablando sola ante el cartel con el nombre del paciente.

Abandonó la entrada para ir a comprar flores en la tienda de la planta baja antes de visitarlo.

Ruriko deseaba saber qué era lo que había perdido Tadazou Haoka entonces.

Ese deseo podía ser la razón de que hubiera caminado tanto tiempo en busca de él. Alguna vez llegó a pensar que tal vez guardara en la maleta una reliquia querida como un *ikotsu,* un resto de los huesos remanentes tras la incineración de la persona más importante de su vida. O, al menos, tenía que ser algo a lo que se sintiera apegado con toda su alma. Eso era, sí, apego. Cuanto más vagabundeaba Ruriko en vano, sin encontrar a Tadazou Haoka, más importancia concedía al objeto que éste había perdido. En su imaginación, la importancia de lo perdido se inflamaba hasta alcanzar un tamaño semejante al del planeta Tierra. Y, a pesar de esas cavilaciones, Tadazou Haoka había dicho que no pasaba nada.

Ruriko estaba ante la floristería de la planta baja dudando qué flores llevar. Pensó que sería mejor elegir unas cuyo color evocara la expiación y, al instante, se sorprendió de que se le hubiera ocurrido esa idea, expiación. Las flores no eran para Tadazou Haoka.

—Yoshimura-san, ¿qué haces aquí?

Ruriko oyó esas palabras y, al volverse, se encontró con Miyako Yasui vestida con su bata de hospital.

—Pues… estaba un poco…, estaba pensando —balbuceó Ruriko, decidida a no contarle nada a Miyako Yasui.

—Me han contado una historia espantosa —comenzó a decir Miyako Yasui echando a andar.

—¿Sobre quién y en qué lugar?

Ruriko comenzó a caminar también, pero su atención estaba en otra parte.

—Es una historia sobre alguien que se comió una gallina —siguió Miyako Yasui con voz ronca. A pesar del buen tiempo de esos días, parecía que estaba algo acatarrada.

—No tiene nada de raro, todo el mundo come gallina —contestó Ruriko. Seguía sin prestar demasiada atención, pero comenzó a sentir que ya no iba a ir a la sala de Tadazou Haoka.

—Antes de nada, escúchame. Es algo espantoso. Tú misma me darás la razón. —Miyako Yasui comenzó a toser con violencia.

Ruriko permaneció junto a su amiga mientras ésta tosía. Su pensamiento no había acudido a Tadazou Haoka, sino que había volado muy lejos en su pasado. Y, de nuevo, vio a la niña llamada Ruriko Yoshimura avanzar a saltos sobre la línea interminable trazada por los innumerables días del pasado, trotar sobre un camino empedrado y penetrar en la penumbra previa a su ya lejano nacimiento.

Excepto que se fuera capaz de revivir la vida hacia atrás, de borrarse a uno mismo deshaciendo cada cosa que se había hecho, no habría forma de expiar una vida. Eso era lo que Ruriko había empezado a sentir, aunque desconocía la razón que lo había provocado.

Cuando terminó de toser, Miyako Yasui le contó la historia sin detenerse a tomar aire.

—Es sobre la mujer de la cama de al lado, la que está enamorada de su hijo. Resulta que hace muchos años, cuando aún había guerra, criaba a una gallina en su casa. Le puso de nombre Hanako y la cuidaba con mimo. Bueno, era en esa época; durante la guerra la gente no tenía en casa animales de compañía como perros o gatos, pero sí podía tener una gallina; la mujer era muy muy cariñosa con ella, mimaba todo el rato a la gallina y se dirigía a ella por su nombre: «Hanako, Hanako». Resulta que la gallina era la única alegría de su vida. Ay. ¿Entiendes el sentido de la historia? Piensa en cuándo ocurrió; fue hace muchos años, la mujer era muy joven, fue antes de la otra historia, de que naciera el hijo del que está enamorada. De todas formas, amar a una gallina de esa manera o enamorarse de su propio hijo…, esa mujer es una persona anormalmente afectuosa. Pero bueno, volviendo a la historia que te contaba…, en fin, que se comió a la gallina.

—¿Qué dices? —respondió Ruriko, transportada de pronto a la realidad.

—Hanako se había hecho vieja y ya no se parecía a la joven Hanako. Fue justo después de la guerra, cuando no había comida, y al

final decidió comerse a Hanako.

—¿La mató ella misma?

Ruriko se sintió atraída por la historia cuando una escena cruenta la arrastró a ella.

—No lo sé. Eso no es lo importante. Lo decisivo es que se la comió, eso es lo que me asombra. Es lógico y normal que si crías a una gallina te la comas. Pero esto es algo muy distinto: apreciaba y quería a esa gallina como a una persona y, al final, se la comió.

—¿Te lo ha contado ella de ese modo? —preguntó Ruriko sin entusiasmo.

—No, te estoy contando mi interpretación. Para mí es como si comiera carne humana. ¿No estás de acuerdo? Estaba segura de que tú dirías eso.

—Puede que sí.

—¡Vaya! ¡Qué respuesta más sosa!

—Ve tú primero a la habitación, yo iré enseguida —dijo Ruriko pensando que, finalmente, sí iría a visitar a Tadazou Haoka a su habitación, y se encaminó a la planta baja para volver a la floristería.

«Flores del color de la expiación», seguía pensando. En la floristería había unas flores de tallo largo y de un blanco inmaculado. La dependienta le explicó que eran calas de invernadero. Eran bastante caras, pero Ruriko compró tres unidades. Hacía docenas de años que no sujetaba un ramo de flores en las manos. Las elevó un poco y comenzó a caminar con ellas por el corredor que conducía al pabellón nuevo. Aunque las flores que llevaba en alto eran para visitar a Tadazou Haoka, sentía que ofrendaba el ramo a su larguísimo pasado, ése al que su pensamiento había ido volando momentos antes.

En ese instante percibió el sonido de una sirena; una ambulancia acababa de llegar a la entrada principal. Ruriko se detuvo, se dio la vuelta y miró en la dirección de la que provenía el sonido. La gente acudía a toda prisa y se arremolinaba alrededor, las voces se atropellaban. Enseguida entraron dos enfermeras; tiraban de una camilla que se deslizaba sobre el suelo. La camilla se aproximó al lugar en el que Ruriko se había parado.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha sido un accidente de tráfico.

—Tiene las manos llenas de pequeños cristales.

—¿Lo has presenciado?

—Si se rompe la luna delantera, los cristales no sólo se clavan en las manos, sino que se incrustan hasta en los ojos.

—¿La persona herida era el conductor?

—¿Es un hombre o una mujer?

—No lo sé.

—No sabes nada.

Ruriko escuchaba las conversaciones que sonaban alrededor mientras la camilla, cubierta del todo por una tela blanca, pasaba ante ella. Siguió la escena con los ojos y vio que, en el momento en que una de las enfermeras intentaba levantar la camilla para sortear el desnivel que había en la frontera entre el pabellón antiguo y el nuevo, la mujer perdió el equilibrio y fluctuó, y esa oscilación provocó que la camilla se inclinara. De debajo de la tela blanca que la cubría cayó un bolso de mano azul marino y todo su contenido se esparció por el suelo.

—Señora, por favor, recoja las cosas que se han caído —dijo la otra enfermera, cuya mirada se había cruzado con la de Ruriko. Se dirigió a ella en un tono semejante a una orden, como si depositara toda la responsabilidad en ella, y a continuación las dos se marcharon tirando de la camilla.

Ruriko se movió unos pasos y recogió el maquillaje y la cartera. Cuando fue a meter las cosas en el bolso, vio una carta en su interior; estaba doblada dos veces, y las palabras que podían leerse indicaban que era una nota de suicidio.

«Otra vez lo mismo», se dijo Ruriko.

Entonces siguió a la camilla. Si colocaba el bolso en la camilla, volvería a caerse, así que continuó detrás, en silencio, llevando el bolso como si ella fuera un pariente o una amiga de la persona que yacía cubierta por la tela blanca. Por la forma cuidadosa con que las enfermeras maniobraban con la camilla, a Ruriko le dio la impresión de que la persona no estaba muerta. Pensó que lo más adecuado sería colocar las flores blancas sobre la camilla y las depositó, con delicadeza, cerca de los pies. Las tres flores, blancas y grandes, se balanceaban de un lado para otro, bien con rapidez, bien con lentitud, en concordancia con los movimientos de las enfermeras y los pasos que daban.

Nota de suicidio.

Esas palabras se habían grabado en los ojos del alma de Ruriko.

«Todos, uno a uno, van muriendo».

Hacía mucho tiempo que había muerto su hermana, la única familia que le quedaba. Durante la guerra murieron innumerables personas, entre ellas, su hijo y su marido. Tras la guerra fallecieron miles más, por enfermedades y por hambre. E, incluso, personas desconocidas comenzaron a suicidarse ante ella.

«Lazos enigmáticos», repitió Ruriko para sí.

Las enfermeras detuvieron la camilla en la antesala del quirófano.

—Dentro hay una nota de suicidio —dijo Ruriko cuando le entregó el bolso a una de las enfermeras. Quería haber pronunciado otras palabras: «Hay algo importante dentro del bolso».

La enfermera abrió el bolso y, con delicadeza, miró en su interior.

Luego se dirigió a su compañera:

—Sakiko Yamakawa. *Saki,* florecer; *yama,* montaña; *kawa,* río. Flores que brotan en ríos de montaña. Un nombre hermoso.

La puerta del quirófano se abrió; aparecieron otra enfermera y el cirujano, tiraron de la camilla y la metieron en la sala. La puerta volvió a cerrarse y la persona que yacía bajo la tela desapareció de la vista de Ruriko. Las flores también se perdieron en el interior.

—¿La operarán en ese estado?

—Tienen que comprobar si pueden hacerlo o no es posible.

Las enfermeras que habían llevado la camilla desde la entrada principal hablaban entre ellas, en voz baja.

Ruriko permaneció inmóvil en el umbral del quirófano, al final del corredor, como si no pudiera marcharse.

—¿Qué clase de persona será? —preguntó simplemente Ruriko.

La enfermera que sujetaba el bolso lo cerró con resolución y lo dejó en una silla que había en la antesala.

—Una mujer joven. Más o menos como yo —dijo la enfermera más joven con una sonrisa que salía de sus labios carnosos.

«En definitiva, yo no tenía nada. De modo que así está bien».

Ruriko pensó que la carta de la mujer podría decir algo así. O mejor, pensó de pronto, podría cambiar el contenido de la nota y sustituirlo por esas palabras de consuelo. Así, si la persona despertara, podría leerlas. Aunque probablemente despertaría en el otro mundo y las leería allí. Pero, incluso si sucediera de esa forma, eso le proporcionaría un mejor despertar.

Flores que brotan en ríos de montaña. Las flores del color de la expiación que Ruriko había comprado instantes antes traspasaron la puerta del quirófano, montaron en un coche vacío y viajaron muy muy lejos, más allá del vacío, hasta internarse en una tierra de penumbras, tras un río entre montañas, donde brotan por doquier esas mismas flores, inmaculadamente blancas, en una floración vivazmente silenciosa.